

MARIA VALTORTA



**LIBRO
DE
AZARIAS**

MARIA VALTORTA

LIBRO DE AZARIAS

Traducido del original italiano

por

SANTIAGO SIMON ORTA

Título original de la obra en italiano:

SCRITTI DI MARIA VALTORTA

LIBRO DI AZARIA

I N D I C E

Número		Página
	ADVERTENCIAS PREVIAS.....	5
	INTRODUCCION	7
1	Domingo de Sexagésima	11
2	Domingo de Quincuagésima.....	13
3	Domingo 1º de Cuaresma	16
4	Domingo 2º de Cuaresma	19
5	Domingo 3º de Cuaresma	21
6	Domingo 4º de Cuaresma	27
7	Domingo de Pasión.....	32
8	Domingo de Ramos.....	38
9	Pascua de Resurrección.....	44
10	Dominica in Albis	48
11	Domingo 2º después de Pascua	54
12	Domingo 3º después de Pascua	58
13	Domingo 4º después de Pascua	63
14	Domingo 5º después de Pascua	69
15	Domingo infraoctava de la Ascensión.....	75
16	Domingo de Pentecostés.....	80
17	Santa Misa del primer domingo después de Pentecostés y Fiesta de la Santísima Trinidad	86
18	Corpus Christi	90
19	Octava del Corpus Christi.- Santa Misa dentro de la Octava del Corpus Christi.....	95
20	Domingo dentro de la Octava del Sagrado Corazón y conmemoración de San Pablo.....	100
21	Domingo 4º después de Pentecostés	104
22	Domingo 5º después de Pentecostés	110
23	Domingo 6º después de Pentecostés	114
24	Domingo 7º después de Pentecostés	115
25	Domingo 8º después de Pentecostés	118
26	Domingo 9º después de Pentecostés	121
27	Domingo 10º después de Pentecostés	125
28	Domingo 11º después de Pentecostés	131
29	Domingo 12º después de Pentecostés	134
30	8 de Septiembre: Natividad de María Santísima y Domingo 13º después de Pentecostés	135
31	Domingo 14º después de Pentecostés	138
32	Domingo 15º después de Pentecostés	141
33	Domingo 16º después de Pentecostés	145
34	Domingo 17º después de Pentecostés	147
35	Domingo 18º después de Pentecostés	149
36	Domingo 19º después de Pentecostés	152
37	Ultimo domingo de Octubre.- Festividad de Cristo Rey Domingo 20º después de Pentecostés	155
38	Domingo 21º después de Pentecostés	159
39	Domingo 22º después de Pentecostés	162
40	Domingo 23º después de Pentecostés	165

41	Domingo 24º después de Pentecostés	170
42	Domingo 1º de Adviento	172
43	La Inmaculada Concepción y Domingo 2º de Adviento.....	173
44	Domingo 3º de Adviento	182
45	Domingo 4º de Adviento	184
46	Domingo infraoctava de Navidad	187
47	Santísimo Nombre de Jesús y Vigilia de la Epifanía	191
48	Domingo de la Sagrada Familia e Infraoctava de la Epifanía.....	196
49	Domingo 2º después de la Epifanía	199
50	Domingo 3º después de la Epifanía.....	204
51	Domingo de Septuagésima.....	205

ADVERTENCIAS PREVIAS

Las consigno por considerarlas necesarias para precisar las razones que me han movido a prescindir de determinados aditamentos del libro original.

Este, como el resto de los que integran el conjunto de las obras de María Valtorta, es un regalo del Cielo sin otro fin que el bien espiritual de sus destinatarios. La presente traducción no tiene ni debe de tener fin distinto.

Por tal motivo he prescindido de las NOTAS INTRODUCTORIAS del editor Pisani que hacen referencia a cuestiones relacionadas con los originales autógrafos, etc., etc.

De las anotaciones puestas al pie de las páginas por el P. Berti, tan sólo he recogido aquéllas que, a mi entender, aclaran determinados hechos y circunstancias; pues, de transcribirlas todas, el libro alcanzaría desmesuradas proporciones por lo extenso de las mismas que, si bien importantes, miran únicamente a una subida erudición.

He prescindido, asimismo, de la transcripción de las diversas partes de las misas respectivas: Introito, Oración, Epístola, Gradual, etc., porque, aparte su extensión, dicha transcripción resultaría inútil dado que esas partes no coinciden con las de las misas actuales, pues las aquí comentadas conforman con el Misal de San Pío V y las que ahora se celebran se acomodan a la Liturgia establecida por el Papa Pablo VI.

Los comentarios a las misas dominicales, a las que María Valtorta denomina «Misas angélicas», abarcan un ciclo litúrgico completo que se inicia el 24 de febrero de 1946 con la Misa de «Sexagésima» y se cierra el 2 de febrero de 1947 con la de «Septuagésima».

Pues bien, aunque oficialmente el ciclo litúrgico da comienzo el Primer Domingo de Adviento, he creído conveniente no alterar el orden cronológico de los comentarios, ya que no es óbice para que el lector pueda acomodar su lectura a la festividad correspondiente.

Y, hechas estas advertencias, pongo en tus manos, lector amigo, la presente traducción del LIBRO DE AZARIAS, que no dudo has de recibir como lo que es: una joya del Cielo.

Dando gracias a Dios por todo ello, cantemos, junto con Azarías y María Valtorta:
¡GLORIA AL PADRE, GLORIA AL HIJO, GLORIA AL ESPIRITU SANTO!

EL TRADUCTOR

INTRODUCCION

Publicada la *Autobiografía* de María Valtorta, salida a la luz la tercera edición de *Il poema dell'Uomo-Dio* y su traducción parcial en japonés¹, al tiempo que se hallan en preparación versiones a las principales lenguas europeas, nos place ofrecer al público, cada vez más numeroso, vario e impresionado, un nuevo e importante Escrito salido de la pluma de la propia Enferma.

1. TITULO

María Valtorta puso a este libro un título y un subtítulo: *Messe Angeliche, Direzioni*; mas tales apelativos, si bien dejan traslucir harto claramente el contenido y objeto del libro, resultan, por el contrario, un tanto impropios.

- a) Indudablemente, Jesús, sumo y eterno Sacerdote, María, Madre de Cristo y de la Iglesia, los Angeles y los Santos, entremezclan la Liturgia celeste con la terrestre celebrada por los sacerdotes a los que se asocian los simples fieles que con ellos constituyen la Iglesia universal o local que peregrina por el mundo camino de la Jerusalén eterna. Es más, la antigua Plegaria eucarística sirioantioquena, llamada de Santiago, llega a asegurar que nosotros, al tiempo de celebrarse el Rito sagrado, invocamos a los Santos para que ellos *ofrezcan con nosotros* el Sacrificio incruento. Con todo, el título de *Messe Angeliche* podría hacer pensar que los Angeles fuesen sacerdotes y celebrasen Misa: pensamiento éste que se halla en contraposición con la sana teología y que, por otra parte, no concuerda con la doctrina expuesta en el presente volumen.
- b) Igualmente, el subtítulo *Direzioni*, a la vez que parece indicar que el libro contenga indicaciones teóricas o prácticas, no deja en manera alguna traslucir cuál pueda ser la naturaleza de tales advertencias y consejos y a qué personas o clase de personas vayan dirigidos.
- c) Considerado todo ello, de entre los diversos títulos sugeridos hemos elegido uno, simplicísimo él y de sabor bíblico: LIBRO DE AZARIAS; título que se justifica por sí solo a la luz del siguiente apartado número 2.

2. AUTOR Y ESCRITOR

A fin de respetar la convicción constante de María Valtorta, debemos distinguir entre el Autor y el Escritor.

- a) Autor de este Libro sería, en efecto, según la Enferma, un Angel, su Angel de la Guarda, Azarías, quien se lo habría dictado.
- b) Escritor, o mejor dicho, Escritora es, por el contrario, María Valtorta, que vertió fielmente sobre el papel cuanto el Celestial Mensajero le comunicó.

5. DESTINATARIO

- a) En cuanto que es un comentario teológico al Misal festivo, este Libro va dirigido, se puede decir, a toda clase de personas, y esto tanto más cuanto que, dada la claridad cristalina con que se exponen hasta los puntos doctrinales más excelsos, resulta verdaderamente accesible a todos: doctos e indoctos, grandes y pequeños.
- b) Y en cuanto que, a su vez, es un comentario espiritual, contiene directrices, consejos, etc., que se refieren a la Escritura y a las personas que con ella se relacionaron de un modo especial, así como a dos categorías de ellas bien definidas: a la de los directores espirituales de los carismáticos y a la de los propios carismáticos, esto es, a la de aquéllos que recibieron dones y encargos extraordinarios de Dios.

6. JUICIO CRITICO

María Valtorta —lo tenemos ya dicho— presenta éste su Escrito como dictado por un Angel, por Azarías, su Angel Custodio.

¿Qué pensar de tal aseveración?

- a) No es imposible, sin duda, el que un Angel, apareciendo o no en forma humana o similar, dicte o manifieste, de cualquier modo que sea, su pensamiento. La misma Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, está llena de intervenciones angélicas así para enseñar como para dirigir. Y no se entiende el porqué fenómenos de esta naturaleza no se puedan o no se deban de modo absoluto verificar ya en la Iglesia de hoy que es *idéntica* a la de todos los siglos precedentes.
- b) De todos modos, dadas: la sublimidad, originalidad, exactitud y claridad de tantas enseñanzas y de tantos consejos contenidos en este Libro, si no lo dictó un Angel, no hay duda de que un Angel *iluminó* a la Escritora enferma, llevando a cabo una de aquellas misiones que la Teología católica atribuye de consuno a los Angeles, siervos de Dios y anunciadores a los hombres de los misterios y de la voluntad del Altísimo.

7. CONCLUSION

Terminamos repitiendo cuanto siempre hemos afirmado y llegamos a escribir al final de la Introducción a la tercera edición de *Il poema dell'Uomo-Dio*.

Nuestra misión se reduce a publicar críticamente los Escritos valtortianos y no a pronunciarnos respecto de las varias explicaciones que se dan o hayan de darse del fenómeno.

El juicio canónico lo reservamos para la sola competente Autoridad eclesiástica, y el juicio estrictamente científico para los doctos en cada una de las ramas del saber.

Nosotros, curadores y editores, nos atenemos a cuanto el Papa Pío XII, en una audiencia especial que nos concedió al Padre Migliorini y a mí el 26 de febrero de 1948, con sabia, prudente y plena autoridad, nos sugirió:

«Publicad esta Obra tal como está, pues quien la lea ya entenderá».

Roma, 2 de febrero de 1972.

Festividad de la Presentación del Señor.

P. Conrado M. Berti, O.S.M.

¹ Este libro en japonés, de 381 páginas, publicado en Tokio el año 1971, ha sido preparado por el P. Juan Escobar, O.F.M., y consiste en una Vida de Jesús extractada de los 10 volúmenes valtortianos de *Il poema dell'Uomo-Dio*.

² Presupuesta la finalidad de la presente traducción, sabrá disculpar el indulgente lector de la misma el que haya omitido los índices a los que el P. Conrado Berti hace referencia. (*N. del T.*)

*24/2, a las 11 de la mañana
Domingo de Sexagésima*

Me dice Azarías¹:

«Ven, oigamos juntos la Santa Misa. La liturgia de hoy, si bien se refiere a todos, lo hace propia y particularmente a vosotros, instrumentos extraordinarios de Dios.

Al tiempo que cantan los hombres en la Tierra y los ángeles en el Cielo, consideremos las enseñanzas de la Santa Misa de hoy aplicándolas de un modo especial a vosotros.

¿Oyes? “¡Oh Dios que ves cómo no confiamos en acción alguna nuestra, concédenos propicio vernos defendidos de toda adversidad por la protección del Doctor de las Gentes”.

He aquí, pues, la **humildad**: una de las virtudes esenciales en los instrumentos extraordinarios, expuestos más que ningún otro, confundiendo la Fuente con el cauce, a caer, al ver lo que son, en el pecado de orgullo. Un río no debe gloriarse ni gozarse de su cauce sino de su fuente, ¿no te parece? Sin ella, inexhausta en darse, el río se secaría desapareciendo el cauce. El río debe, pues, reconocer que es la Fuente la merecedora de alabanza y de agradecimiento.

En el espíritu del justo, y especialmente en el del instrumento extraordinario, debe anidar siempre la convicción de que, al ser Dios para él fuente, él es, en consecuencia, cauce. Así pues, lejos siempre de pronunciar la ~~demoníaca frase~~ “Yo soy”, que es la causa perenne de todo mal.

Dios, únicamente es. Sólo El puede decir: “Yo soy. Soy por Mí mismo”. Todos los demás son porque El los hace ser. Los instrumentos son porque El los hace tales. *Por su propia virtud nada son y nada serían jamás.*

Es prudente y santa costumbre no confiar nunca en acción alguna vuestra.

Las acciones del hombre, si tan sólo se hicieran por su propia capacidad, serían siempre limitadas e imperfectas en sumo grado.

El conocimiento de la Ley de Dios, la Gracia, los Sacramentos y sacramentales aumentan la capacidad del hombre para llevar a cabo acciones santas y justas. Los dones gratuitos de Dios hacen, sí, ciertamente, que estas acciones alcancen a ser extraordinarias, sobrepujando las facultades ordinarias del hombre y del creyente para conseguir poderes por cima de lo corriente. Mas el hombre no debe envanecerse de ellos, antes recibirlos con un alma humilde, obediente y adorante, no exigiéndolos ni echándolos a perder con el deseo de aumentar su magnitud con los harapos que ofrece el padre de la Mentira y de la Soberbia, el cual los presenta con arte sutil y sonrisa tentadora. ¡Oh, nunca jamás coloque el instrumento extraordinario sobre el metal precioso que Dios le proporcionó, viles y pobres guñapos para hacerlo aparecer más grandioso! ¿Os podéis imaginar un diamante, diminuto, pero de luz purísima, recubierto de capas de simple cristal? Parecerá y será más abultado, pero el cristal verdoso colocado en capas superpuestas sobre la perla, hará que disminuya la luz haciendo que aparezca ésta como la de un cristal cualquiera.

Es necesaria la sinceridad. Ser lo que se es y nada más. Tú, alma que me has sido confiada, sabes muy bien cuántas veces seduce el Tentador proponiendo hacer comedias, revestirse de oropes para provocar la admiración y aparentar aún más todavía. ¡Este es el gran peligro! *Sólo quien sabe resistir y ser lo que Dios le hizo, y nada más, conserva el don y continúa siendo instrumento.* ¡Con qué temblor te he visto tentada muchas veces! ¡Y con qué alabanzas de gloria he bendecido al Señor y dado gracias a la Corte celestial por haberte ayudado a resistir cuantas veces te vi salir de la prueba, agotada y doliente, si bien más madura y vencedora!

El ángel del Señor es como un jardinero que cuida de una planta preciosa. Desde que ésta nace hasta que madura... siempre vigilante y temblando por los vientos, los hielos, las tempestades, los parásitos y roedores. Su completa paz angélica la llega a reencontrar el ángel cuando retorna al Cielo tras haber recolectado el fruto de la planta arrancándola de la Tierra, yendo acompañado del alma que logró llegar salva hasta el final. Entonces, con una explosión de júbilo, va al encuentro de sus hermanos para decirles: “¡Mi alma se ha salvado! ¡Ya está en la paz con nosotros! ¡Gloria, gloria, gloria al Señor!”.

Así pues, reconocimiento humilde e ininterrumpido de vuestra “nada” y súplica constante a los bienaventurados ciudadanos del Cielo en demanda de su auxilio, lo mismo que la Comunión de los Santos invocada como ayuda por los militantes y, en especial, por aquéllos que, debido a su particular condición, se encuentran, es cierto, más expuestos al Sol Eterno, pero, al mismo tiempo, más expuestos también a las tempestades que desencadenan Satanás y el mundo. Las tempestades descargan sobre las cumbres solitarias...

La segunda enseñanza de la Liturgia de hoy, especialmente dirigida a vosotros, instrumentos extraordinarios, aparece comprendida en las palabras de Pablo, Doctor de las Gentes, el cual “arreatado hasta el tercer cielo... oyó palabras arcanas que no le es lícito al hombre pronunciar”.

Vosotros no habéis sido arrebatados al tercer cielo y, con todo, oís palabras arcanas que, si se os dan, es *para que vosotros, a vuestra vez, las déis*. Estáis, por tanto, muy por debajo de Pablo y, a pesar de ello, oís las palabras de aquél que mereció ser arrebatado a una altura en la que se le comunicaron los secretos y misterios de Dios. El confiesa haber sido abofeteado por un ángel de Satanás y, justificando al Señor de haberlo permitido, aduce las razones de bondad que le movieron a permitir el asalto satánico. “A fin de que la grandeza de las revelaciones no fuesen en mí motivo de soberbia, me fue dado el estímulo de la carne, un ángel de Satanás que me abofetee”. Reconoce ser todavía *hombre*, esto es, sujeto a tentaciones satánicas. No dice: “Yo, que estuve en el tercer cielo, soy un serafín intangible”. No, sino que con humildad confiesa ser un hombre asediado por Satanás y comprende que, a despecho de cuanto él recibió, esto sirve para mantenerle en humildad. Y os indica la medicina con la que podéis veros libres: “Tres veces pedí al Señor que lo alejase de mí”.

Es bueno decir humildemente: “no me induzcas en tentación, sino, antes bien, sálvame del Maligno”. Lo dijo el Santísimo Señor Jesús, el Inocente, el Hijo de Dios. Deben decirlo *todas* las criaturas que creen en el Dios Uno y Trino, Santo, Bueno, Padre de los hombres. No es nada bueno querer hacerlo todo por sí para rechazar a Satanás, pues ello entraña presunción. La presunción es soberbia y la soberbia la maldice Dios.

Invocad, invocad al Señor Bendito, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; invocad a los celestiales coros de los santos y de los ángeles. No hay defensas que valgan contra el odio de Satanás. Y ellos, la Trinidad Bendita y todos los habitantes del Cielo, no pretenden sino ayudaros en esta lucha contra las potencias infernales en la que están enfrentadas: la parte inferior por un lado y la parte superior y las Potencias celestiales por el otro.

Y para consuelo de la comprobación penosa de vuestra impotencia a ser intocables por Satanás que, movido por la ira, os abofetea y lo hace precisamente porque no puede arrastraros a donde él quiere, oíd la respuesta que da el Señor al apóstol desconsolado por las bofetadas del Mal: "Te basta mi gracia, ya que mi poder se deja sentir mejor en la debilidad".

No tenéis que pretenderlo todo, almas elegidas para lo extraordinario. *Tenéis el Cielo* y debéis soportar el Infierno que, si se os presenta, es para aterrorizaros; mas vosotras, ya lo sabéis: *el motivo es porque no os ensoberbecéis*.

Así pues, conociendo que *nada* sois; sabedor el mundo de *la nada que sois* y viendo que cumplís altos ministerios y que, *según la doctrina de que lo que oís es para dar, os remodeláis en perfección* y "mejor se hace sentir (mejor se manifiesta) el poder de Dios que acude en socorro de vuestra debilidad".

¡Arriba, pues, almas carísimas que sabéis convertir en gracia y santificación los dones extraordinarios! Cantad con el apóstol: "Gustoso, pues, me gloriaré de mis enfermedades a fin de que habite en mí la virtud de Cristo".

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Gloria a Jesús por quien todo fue hecho! ¡Gloria eterna por las obras maravillosas de Dios!».

Y mi Azarías, que me ha hablado con una dulzura excepcional, me saluda sonriente y calla...

25/2/46

Al despertar a las 7,25, pues únicamente de mañana he podido dormir, tengo ya presente a San Rafael. A diferencia de ayer, que en el momento de la Comunión estaba junto con Nuestro Señor, esta mañana está solo. Así pues, el primer acto de los sentidos y del pensamiento, al salir del sueño, es la visión y contemplación y saludo al ángel querido que me sonríe e invita a dar comienzo a mi labor sin atender al cansancio que me abate. Y, tras saludar, se ausenta...

¹ El nombre de «Azarías», llevado por más de veinte personajes bíblicos, en hebreo (Azaryáh), significa «Dios socorre».

3/3/46
Domingo de Quincuagésima

Dice Azarías:

«Ven, consideremos juntos la Liturgia de hoy porque, piensa, alma mía, que de modo idéntico lo haría *siempre* el Señor por más que los hombres te excluyeran de lo que es la

vida de la Congregación de los santos sobre la Tierra. El te nutriría con su Palabra que es Absolución y Comunión, que es Crisma y Viático, que lo es todo para quienes viven en El.

Hoy también te la haré gustar a ti, en tu calidad de portavoz, para ésta tu misión. Escucha el Introito. ¡Oh!, en verdad El es la roca y el refugio para aquellos que le aman y lo es mucho más para quienes, por estar a su servicio de una manera especial, se hallan expuestos, como ciudadela y alcázar que son donde habita el Rey con sus leales, a los asaltos de los enemigos del Rey, es decir, de aquéllos a quienes el sentido, la soberbia y otras miserias hácenles enemigos de la Luz. Contra las rocas de Dios está siempre batiendo el oleaje de Satanás y de los carnales. Mas escucha, alma mía, aquello con lo que esas rocas se hallan defendidas: *con el santo Nombre de Dios*. Este Nombre, que quiere decir amor y salvación, será para ti defensa, guía y consuelo. Escribe ese Nombre Santísimo mediante todos tus actos sobre tu yo y no temas.

Cual manada de leones u otras fieras, el Mal, en sus diversas manifestaciones, querrá presentarte batalla y, cual mar encrespado, llegará hasta abofetearte por fuera; mas, a la postre, caerá pulverizado porque donde Dios está no puede prevalecer el Enemigo.

Escribe su Nombre Santísimo en todas tus acciones. La Luz de este nombre te guiará como la estrella que marca el camino a la grey trashumante conduciéndola a los buenos pastos, pastos cada vez mejores, o sea, a aquéllos que, no sólo son ciencia y sabiduría, profecía y generosidad material sino, más bien, caridad, *caridad verdadera*, que no ha de confundirse con la limosna dada de mal talante, con el espíritu profético usado con soberbia hasta el punto de inducir al Señor a retirarlo, ni con la unión, *sólo aparente*, con Dios cuando ésta no es sino un auténtico egoísmo de la carne y de la mente.

¿Oyes?, ¿lo oyes? Las profecías pasarán... mas la caridad permanecerá tras el fin de todas las cosas, bien sean humanas, materiales o morales. Hasta la fe y la esperanza desaparecerán cuando todo lo que había que creer y esperar se haya cumplido. Mas la Caridad, eterna como Dios, permanecerá.

¡Piénsalo, alma mía! Cuanto ves y conoces se te presenta tan hermoso y bello que te sientes aturdida. Pues bien, yo podría hacer, para que aumentase tu gozo entre las tribulaciones de tu inmolación, que tu comprensión fuese más amplia y más extensa tu facultad visual y auditiva. Mas éste sería siempre un conocimiento *relativo*. Sabes tú muy bien que hasta en las cosas humanas no se puede forzar una caldera, un engranaje, el calor y demás hasta sobrepasar ciertos límites, pues el intento acabaría en destrucción. Lo mismo es en las cosas extraordinarias: no se puede conseguir el máximo, *la totalidad*, puesto que el hombre no podría resistir ni un solo instante *el completo conocimiento y la visión perfecta del Cielo con sus misterios divinos*.

Mas – cuando el alma ya no sea una prisionera, limitada y de capacidad infantil, antes nutrida de caridad y alcanzada su edad perfecta – entonces es cuando el espíritu del hombre conocerá cara a cara al Incognoscible.

¡Oh! ¡Hosanna a la visión beatífica de Dios Uno y Trino!

.....

Alma, alma mía, tras haber adorado en un arranque de gozo, yo, contemplando la visión inefable, y tú, presintiéndola, alcemos la frente y yo con júbilo, por ser el ángel testigo del prodigio de Dios, y tú con humildad, al ser sola en el mantenimiento del don, cantemos: “No nos hemos hecho nosotros sino que El nos ha hecho. Somos su pueblo, la grey que El apacienta”.

¿No sabes que entre esplendores de gozo, nosotros, los ángeles de Dios, no cesamos de decirnos con gozoso y perpetuo estupor, con reconocimiento sin término: "¡Nos ha hecho el Señor! ¡Somos su pueblo celeste, la grey que El apacienta con Luz y Caridad!"?

Y lo mismo, lo mismo es para los hombres y, muy particularmente, para aquellos de entre los hombres a los que Dios, habiéndoles puesto a manera de puente entre El y la humanidad, los formó de un modo especial apacentándoles con Luces y Verdades particulares a fin de que ellos hagan a otros mieles suaves de conocimientos eternos.

Ofrezcamos. Yo te ofrezco, tú te ofreces junto con Cristo: la Víctima ofrecida por la salvación de todos. "Enséñame a hacer Tu Voluntad". Esta es la plegaria humilde de la Gran Víctima, la plegaria humilde de las pequeñas víctimas que, aunque débiles, son generosas. "Enséñame a hacer Tu Voluntad. Enséñame a vivir, enséñame a padecer, enséñame a obedecer, enséñame a morir: primero a mí misma y después a todo lo que me podría seducir y hacer resucitar el *yo* humano. Enséñame a fin de que las sentencias de tu boca que yo he repetido para todos, nazcan en primer lugar en el campo limpio de mi corazón, prosperen y den frutos de vida eterna sin que pájaros, espinas, cizañas y vian-dantes destruyan lo que Tú en mí sembraste".

Graneros del Señor podéis ser llamados vosotros, los portavoces. Místicos graneros a los que cuantos tienen hambre acuden a proveerse. ¿Recuerdas a José de Jacob? Previendo la carestía, hizo almacenar en graneros el sobrante de las cosechas, salvaguardándolas con sumo cuidado de los insectos, roedores y ladrones que siempre acuden a donde pueden hacer daño. Llegados los siete años de carestía, los egipcios, al abrirse los graneros de José, no murieron de hambre y hasta muchos otros de diversos países acudieron a proveerse de grano a donde la providencia habíalo almacenado.

¡Cuánta carestía existe ahora también para las almas hambrientas! *He aquí, pues, que ésta crecerá y el hambre de las mismas irá cada vez más en aumento.* Y he aquí que el Señor va acumulando el grano en sus graneros para abastecer a quienes tienen hambre. Mas estad vigilantes, graneros de Dios, a fin de que los insectos, roedores y ladrones no desbaraten el tesoro. Como alertados centinelas, debéis acoger y conservar, incansables, cuanto el Señor derrama en vosotros para sustento vuestro y así se pueda decir: "Comieron y quedaron *sobradamente* saciados, el Señor dio cumplida satisfacción a todos sus deseos y no les defraudó en ninguna de sus santas apetencias".

Ciertamente, si las almas llamadas a una vía extraordinaria permanecen fieles, Dios hará para ellas todo esto. Y ellas, como árbol fértil, crecerán y proporcionarán el alimento del que se nutren, *alimento apetecido, no tanto por ser un don especial cuanto por ser un medio con el que nutrir, salvar y santificar a los hermanos.* Todo cuanto se nutre de Dios debe tener como envoltura natural la Caridad. La Caridad que agradece a Dios su don y lo reparte entre quienes carecen de él diciendo: "¡Venid, hermanos! ¡Venid y comed! Saboreemos juntos el manjar de Dios".

Bendigamos al Señor. Responde: "Demos gracias a Dios".

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

Domingo, 10 de marzo de 1946
Domingo 1.º de Cuaresma

Dice Azarías:

«Alma mía, ésta es nuestra Misa. La Misa vista y considerada por las “voces”. Se inicia con una promesa veraz como todo lo que es de Dios. “Me invocará y Yo le oír. Le libertaré y glorificaré. Le contentaré con larga vida”.

¿No te parece que el que aquí habla es un Dios sólo? Mas nuestro Dios Santísimo es Tres por más que sea Uno. Y cada uno de los Tres Santísimos posee sus atributos especiales que no faltan en los otros sino que refulgen particularmente en Uno y, enlazados por el Amor, atributo común, forman la inconcebible y acabadísima Perfección de Nuestro Señor Dios Uno y Trino.

Y se admiran y completan¹ con amor los tres Santísimos, derramando el río de sus tres unidas perfecciones sobre los hijos, los salvados y adoctrinados. Y he aquí que el Padre hace esta promesa: “Me invocará y Yo le oír”. Es padre y así, ¿puede un padre mostrarse sordo al clamor de auxilio de su hijo? No puede. Y aún puede mucho menos un Padre perfectísimo, *no pudiendo en modo alguno* estar sordo para los hijos que le invocan. Si se vuelve hacia los pecadores que, por un dolor o un arrepentimiento, se acuerdan de El, ¿cómo no lo ha de hacer entonces con quienes le aman como hijos fieles?

Apóyate, alma mía, con un total abandono, en el amor del Padre. No supone ofensa el abandono como tal vez puedan creerlo aquéllos que no conocen a Dios al igual que nosotros. El amor es siempre reverente y respetuoso; tanto más reverente y respetuoso cuanto es más amplio; y perfectamente reverente y respetuoso cuando es absoluto. Porque es el alma la que ama y el alma, una vez entrada por las vías del conocimiento amoroso de Dios, es humilde. Únicamente en los amores humanos, gravados siempre de materialidad, la confianza viene a originar falta de respeto. Mas en los amores espirituales — hablo de *los verdaderos amores*, no de los exaltados, transitorios y superficiales latidos de los sentimentalistas — la confianza no degenera en falta de respeto. El alma, humillando su frente, se apoya en Dios, postrado de rodillas a los pies de Dios, consciente de la infinita distancia que media siempre entre su insignificante perfección y la Perfección infinita. Y allá se está adorando con efusión de hija hasta que Dios le dice: “Así no; como esclava no, sino sobre las rodillas y sobre el Seno del Padre, hija que Yo creé”. Y, ya lo sabes, se produce el éxtasis hasta que Dios se despidе y el alma torna a amar, continuando en adoración a los pies de Dios.

El Hijo, a su vez, promete: “Le libertaré y glorificaré”. Mediante sus méritos infinitos El libera a sus redimidos. Para esto fue Cristo. Para esto dejó el Cielo. Para esto padeció y murió. Y ¿acaso no pidió para vosotros, antes de marchar a la Pasión, que la misma gloria que el Padre habíale dado y El transmitió a sus discípulos, se diera *a todos aquellos que habrían de creer en El a fin de que fuesen una sola cosa con Dios Uno y Trino?* Jesús, Señor Nuestro Santísimo, jamás falta a su palabra. Por tanto, los que viven conforme a sus enseñanzas serán glorificados por El y a El le fue dado todo juicio por ser Dios, por ser el Hijo amado del Padre, el Obediente, el Consolador de su Padre, el Redentor, Aquél que todo lo dio: la unión en el Cielo con el Padre, la paz del Cielo encarnándose, y la Vida muriendo por el hombre.

Por último, el Espíritu Santo promete: “Le contentaré con larga vida”. ¿Puede acaso el espíritu que llegó a comprender la Verdad desear la miseria de dilatados días sobre la

Tierra? No. Pues entonces, ¿de qué vida habla el Espíritu eterno? De la vida eterna que se da a quienes supieron amar. *Porque saber amar equivale a saberlo todo, hacer bien todo, salvarse, santificarse y gozar de conocimiento y sabiduría.* Y así el Amor promete: “A éstos que supieron amar Yo les daré larga vida”. ¡Oh vida que no conoce término! Un discurrir de siglos y más siglos inmersos en un gozar que no cambia, que no cansa, que crece por momentos pareciendo nuevo y cada vez más amplio, más bello... ¡Nuestro gozo de ángeles... Gloria a Dios!

Y he aquí que dice el profeta: “El que descansa en la ayuda del Altísimo vivirá bajo la protección del Dios del Cielo”. No temas, confía en El, tanto como criatura como portavoz. El Cielo te protegerá. Por más que el mundo entero se conjurase contra ti para condenarte, ¿puedes acaso creer que ello haya de influir en el juicio de Dios? A Este en nada le turba la vocinglería humana. Tú sigue firme en tu obediencia. Más que todos es Dios. Sirvele y El, aunque te hiriesen con anatema y te vieses vilipendiada y torturada, derramará sobre ti los ríos de su amor y te sentirás protegida.

Cumple, del modo que Dios te ha propuesto, las abstinencias cuaresmales. Mucho es lo que te hace sufrir lo que acontece. Yo tomo nota de estos tus sufrimientos. Y tú dices al sufrir: “Que se haga tu Voluntad”. Alma mía, eso vale mucho más que los ayunos hechos con mala disposición y procurando únicamente el malestar de la carne. Sufre en paz. *Te digo de parte de mi Señor que no tienes culpa alguna de lo que acontece.* Así pues, está en paz. Has practicado la obediencia y la prudencia. Está en paz.

Y ahora la palabra de Pablo. También él fue una voz desde el momento en que Dios le hizo suyo, una voz incansable y heroica, siendo un maestro para las voces. Escucha a este maestro que habla de un modo especial a los difusores de la Palabra de Dios por más que se dirija a los fieles en general. Por lo demás, ¿no debería cada cristiano predicar a Cristo y al Dios verdadero teniendo como principal objetivo de su instrucción el ilustrarse en la Sabiduría para después hablar de ella y como fin principal de su vida el poner en práctica lo aprendido para así ir predicando a Dios y a su Cristo mediante los actos todos de su vida virtuosa?

Dice Pablo: “Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios”. Mi Señor te ha hablado multitud de veces a fin de formarte y capacitarte debidamente para recibir la gracia extraordinaria. Te tiene dicho que *donde penetran la soberbia y la desobediencia, el don se cambia a castigo* y te ha hecho ver que, *si es don, es igualmente yugo, obligando a una virtud constante para no terminar en condena.* El lo dijo: “A quien mucho se le dio, mucho es lo que se le exige”. Sí. Vosotros no podéis decir: “No lo sabía”. Por eso, sabiéndolo, debéis ser perfectos en la medida de vuestras fuerzas y reconocer que éstas van siempre en aumento porque la Sabiduría proporciona fuerzas a las almas que la acogen con humildad.

Piensas tú: “¿Y si uno recibe con tibieza el don?”. Pues bien, *si uno se comporta así, o lo que es peor, lo corrompe con añadidos humanos o satánicos, entonces las fuerzas no aumentan sino que disminuyen y se desvían, retirándose la Sabiduría tras haber lanzado su condena.*

Recibe, pues, activamente, cada vez más activamente, la gracia de Dios, debiendo llegar hasta el extremo de *ordenar incluso la respiración más mínima con arreglo a una buena voluntad de fomentar la gracia y hacerla fructificar.* El Señor puede exigir de ti esta donación total “tras haberte escuchado en el tiempo propicio y haberte socorrido en el día de la salvación”.

¿Cómo, pues, has de explicar ésta tu donación total? Te lo dice Pablo: “No dando a nadie motivo de escándalo a fin de que tu ministerio no sea vituperado” y así tú te comportes en todo como instrumento de Dios con mucha paciencia en las tribulaciones, necesidades y angustias. Esto es: en cualquier contingencia. Las flagelaciones de los jueces malévolos no son menos dolorosas que los azotes. Las prohibiciones no son menos encarcelantes que las prisiones; y las incomprensiones y torcidas interpretaciones, que os privan de todo consuelo en vuestra función, no son menos penosas que las fatigas, viglias y ayunos.

Mas tú soporta todo con pureza, con sabiduría y longanimidad, con suavidad, con el Espíritu Santo, con caridad no fingida, con palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia a diestro y siniestro, en medio de la gloria, en las horas de gloria lo mismo que en las de ignominia, en las horas amargas, con buena o mala fama.

Como tú ya sabes lo que eres, pueden decir de ti lo que quieran. Pueden acusarte de estar seducida o de seducir; mas tú sabes que eres veraz. Pueden decirte: “¿Y usted quién es? Una desconocida, un cero a la izquierda”. Y bien, ¿qué es la fama de los hombres? Basta que te conozcan en el Cielo. Que tú aparezcas como una pobre enferma, ¿qué importa? *Más grande resplandece así el poder de Dios que, en contra de las leyes naturales, realiza el prodigio de un moribundo que soporta fatigas superiores a las fuerzas de un sano para gloria de Dios y vive así porque Dios le alimenta con su vida a fin de que le sirva hasta que El quiera.*

Podrán castigarte los hombres, mas la muerte, la verdadera muerte no te la darán porque tú *vives* la petición del “Pater” y haces lo que Dios quiere de ti. Melancólica eres, como lo fueron los santos, a partir de Cristo, debido a la miseria humana; mas tú encuentras en el amor recíproco la santa alegría del espíritu en paz.

Parecerás pobre, tanto de medios materiales como sobrenaturales, no pudiendo trabajar ni acudir a la iglesia; mas tú tienes tesoros que has acumulado con tus sufrimientos más que con todo lo demás, y todo lo tienes al tener a Dios que es tu amor y tu consuelo. Eres una pobre que enriqueces a muchos con los tesoros que Dios te ha abierto y con los que has conseguido con tus sufrimientos. Poseyendo el Todo eres propietaria. Canta, canta conmigo el salmo. Yo soy tu ángel custodio. Canta conmigo el salmo de David y no temas, no temas.

Los hombres son peores que los áspides, los basiliscos, los leones y dragones. Muy semejantes a los demonios son muchos hombres; mas quien está con Dios y con sus ángeles no debe temer.

Haz tuyas las palabras del sublime Tentado y a Satanás, a sus servidores y a los hombres que te querrian atemorizar, mortificar y alejar de tu misión con amenazas o con ofrecimientos de inmediatos y tangibles honores y provechos, respóndeles: “No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que procede de Dios. ¡Atrás, Satanás! Yo sirvo al Señor Dios y no a otros”.

Alma mía, no temas. ¡Adelante! El Gloria de los Cielos te apagará la sed de todo deseo santo y te compensará de todo dolor.

Bendigamos al Señor. Demos gracias a Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

¹ Expresión popular que se emplea para indicar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas en un solo Dios.

* * *

Desde hoy comienzo, como me lo ha indicado el ángel, a invocar mentalmente la frase: «In Nomine Domini» antes de escribir en los cuadernos, redactar cartas y emprender cualquier acción. Me lo dijo el domingo, día 3 de marzo, después de la explicación de la Santa Misa: «Cuando se realice esta nueva mutilación y ya sea únicamente Dios a defenderte, pues ni el Padre¹ te podrá asistir ni proteger, antes de escribir cartas, cuadernos, y realizar cualquier otro escrito o acción, debes invocar las palabras: “In Nomini Domini” sin dejar por eso de poner la frase enseñada por Jesús Santísimo: “La paz sea contigo”».

In Nomine Domini
17/3
Domingo 2.º de Cuaresma

Dice Azarías:

«Alma mía, aquí me tienes para nuestra Santa Misa, la hermosa Misa de las “voces”. Al estar frente a ti, no te hablo en plan de maestro sino que te tomo de los hombros para hacerte sentir que el Cielo está contigo y que toda esta paz que te inunda es el Cielo, sí, el Cielo, ya que tú eres la pequeña voz obediente y Dios te ama, te ama tanto y tanto más te ama cuanto dejan de amarte los hombres. ¿Ya ves quiénes están conmigo? Los tres arcángeles para acercarte cada vez más al Cielo. Juana de Francia nunca tuvo tan cerca de sí a Miguel como a la hora de su martirio. Nosotros jamás abandonamos a las “víctimas”. Nos estrechamos a ellas porque en las mismas vemos de nuevo a Cristo y porque ellas son lo que por amor queríamos ser nosotros.

Observa la sonrisa de mis tres hermanos. Ellos están prontos a cantar con nosotros dos las alabanzas de Dios.

He aquí el introito. Es un recordatorio dulce y filial que está expresado sin temor, ya que Dios no puede olvidar ni un solo instante a sus hijos amados. Es como la palabra inocente de los niños a su mamá: “¿Me quieres?”. Bien saben que su mamá les ama; pero es tan dulce oírle decir a la mamá que les ama, que el pequeñín, seguro de la respuesta, se la hace infinidad de veces al día.

También los hijos de Dios, para oír la dulce respuesta que el Padre les da, dicen: “¡Acuérdate, Señor...!”. ¡Oh!, ya está bajando la respuesta. Yo te la traigo. El, el Altísimo, dice: “Aún antes de que tú te acuerdes de decirme: ‘Acuérdate de mí’, Yo me acuerdo de ti”. Sí, se acuerda con sus misericordias sin confines en el tiempo, en su número y en su poder.

El deja hacer a sus enemigos; aunque no más allá de un límite. He dicho “sus” enemigos y no por error, alma mía, pues *quien ofende a la criatura amada por Dios, quien la tortura, a Dios ofende constituyéndose en enemigo suyo. Porque Dios esplende en sus hijos dilectos y quien alza su mano contra ellos lo hace contra la Luz Santísima.*

He dicho también que Dios deja hacer aunque no más allá de un límite. Alma mía, estás a punto de alcanzarlo. Como muro asaltado por desatinados, el amor, hasta el amor

santo que te rodea, se derrumba en torno tuyo. La muerte, el malquerer o la indiferencia tal vez, te han dejado, como a Jesús sobre la cruz, privada de compañía y desnuda. ¡Oh, feliz de ti que ya no tienes otros amigos que los santos! Parientes, amigos, monjas, ¡tus monjas!, compañeras, ¡tus compañeras! ¿Ves qué pobres y limitados son los afectos humanos? O bien la muerte sobre la que no queda sino pronunciar el “fiat”, o el querer y la incomprensión soberbia y mezquina de los hombres, he aquí lo que te ha dejado confinada en la soledad.

Pequeño Juan, ya no tienes sino una² que te preste los cuidados materiales que tú, crucificada, no te puedes proporcionar. Sin embargo, con tus palabras, con tus palabras pronunciadas antes de mi lección, das a entender, al igual del anciano Tobías, que eres “de la estirpe de los santos”, una que “estás esperando aquella vida que dará Dios a aquellos que nunca pierden su fe en el Señor”

¿Ya sabes que tus palabras, leídas con la alegría de quien vive en el Señor, están escritas en el libro del Cielo? Persevera, alma mía, y tú, que confías en el Señor, te verás libre de toda aflicción y no quedarás defraudada.

Roguemos al Señor y hagámoslo juntos para que no prevalezca el mal sobre tu debilidad de criatura, tanto con el desconsuelo como con la soberbia, tal como siempre lo deseaste; y que Dios, únicamente Dios, te conserve pura para su gloria.

Y ahora los tres que han venido del Cielo te dicen, ellos que estuvieron presentes cuando el Apóstol escribía a los de Tesalónica y en ellos, a través de los siglos, a todos los fieles, “cómo debe portarse” una pequeña voz “para agradar a Dios y progresar cada vez más”. Son ciertamente tus guías los ángeles del Cielo y, en primer lugar, el Angel de los Angeles, es decir, Jesús el Señor Santísimo, los ángeles que han venido a traerte los preceptos del Señor a fin de hacerte caminar con seguridad por la senda de Dios. De esto jamás debes dudar, jamás. Y ahora te repiten, te repetimos con el Apóstol, que Dios quiere que te santifiques más y más sin que fornicación alguna llegue a morderte.

¡Cuántas de ellas te presentará Satanás ahora que se te aleja tu asistencia terrenal!³ Su presencia y su vestido hacían alejarse a Satanás y su ánimo le ponía en fuga. Por esto lo querías tener a tu lado en tus agonías. Mas Jesús en el Getsemaní se encontró solo. Como solo estuvo también en el Sanedrín, en el Pretorio y en el Calvario. Alma, alma mía, sé como Cristo. Lucha sola y vence en el Nombre del Señor. Si tú trabajas *siempre* para la gloria de Dios, el Infierno no prevalecerá.

A quien pretenda hacerte fornicar con el pensamiento, el juicio y el espíritu, dile: “¡no!”. Lo mismo que a quien quiera hacer que juzgues a las jerarquías superiores eclesíásticas, a quien quiera hacer que digas de ellas que han obrado mal,⁴ a quien te quiera entibiar en el amor a Dios, a la Iglesia, a la oración y a quien te tienta con procurarte satisfacciones humanas. No, siempre no a las concupiscencias, y sí, siempre sí, un “sí” semejante a estrella purísima y a canto celeste dedicado a Dios para su adorable voluntad.

Sé dueña de tu cuerpo que es templo del alma en la que vive Cristo y, sobre todo, sé dueña de tu inteligencia y de sus posibles debilidades que Satanás podría atizar para vencerte. Nunca, por motivo alguno, imites a los histriones de la religión y del misticismo con supercherías y fraudes. Sé límpida como manantial de montaña y da aquel hilo o aquel río de palabras que Dios te suministra sin acoger otras aguas⁵ con las que aumentar tu chorrillo y seducir. Dios hace justicia inexorable de estos fraudes. Te eligió, no para que te profanases sino para que su don te santifique. *Una palabra sola puede salvar un corazón.* Y a ti, para salvar los corazones dotados con una buena voluntad de salvarse, te da mil y diez mil de ellas que fructificarán porque tú las riegas y abonas con tus tribulaciones cada vez mayores.

Celebremos la bondad del Señor con nada que no sea la perfecta observancia de su Ley. Este es el sacrificio de alabanza que Dios acepta de los corazones y que El lo quiere *total* de aquellos a quienes todo les dio al darse como Amor y Palabra. Proporcióname siempre la alegría, alma que Dios me encomendó en custodia y a la que amo con un amor subido, proporcióname siempre la alegría de verte celebrar tu sacrificio de alabanza.

Alma a la que he visto transfigurarse lentamente, como corresponde a la criatura humana, pero constantemente, hasta el punto de poder decir yo al igual de los tres apóstoles: “¡Qué hermoso resulta, Señor mío, estar aquí con esta alma a la que tu amor ha trabajado y que, cuanto más la has trabajado, tanto más, en fuerza de su amor, ha querido que la trabajes!”. Como pasta blanda en las manos de Dios, déjate siempre, María, trabajar y modelar sin resistencia alguna, secundando cada vez más su pensamiento santísimo.

Prométele al Señor, junto con tu Azarías: “Meditaré tus preceptos, para mí tan queridos, y alzaré mis manos a tus mandatos, por mí tan amados”. En efecto, sólo aquéllos que aman llegan a meditar y saborear las palabras de Aquél a quien aman y, al hacerlo, eliminan las distancias fundiéndose en el amor. Y sólo quien ama con verdadero amor tiende sus manos para acoger lo que el Amado le envía por más que sea gravoso y penoso querer para la criatura, *si bien lo acepte el espíritu que ve y gusta gozoso cuanto viene de Aquél que es la razón de su amor.*

Y el amor salva, siempre salva. Para esto nuestro Señor Santísimo pidió que los suyos, tras su partida, recibiesen el Espíritu Santo, o sea, el Amor, para que Este, con sus fuegos, purificase a aquéllos que, sin malicia obstinada, cayesen en faltas, pero que, con amor, se sumergiesen en el Amor y así recibiesen de El absolución, paz y amaestramiento perfecto, continuado y salvífico. Que es lo que a ti se te ha dado, alma mía.

¡Bendigamos al Señor!

Demos gracias a Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

¹ Se refiere al P. Migliorini, tantas veces nombrado aquí.

² Alude aquí a *Marta Diciotti* como así lo anota María Valtorta, de su puño y letra, en la primera copia mecanografiada.

³ Hace referencia al P. Migliorini que el 21 de marzo de 1946 fue trasladado a Roma, como así lo hace constar María Valtorta de su puño y letra sobre la primera copia mecanografiada.

⁴ Nueva alusión al traslado del P. Migliorini y a las dificultades consiguientes de María Valtorta para encontrar quien le llevase el Santísimo Sacramento.

⁵ Alusión a la posibilidad de adquirir doctrina en libros ajenos, reflexiones propias y coloquios con personas ilustradas, doctas y piadosas.

24/3/46

Domingo 3.º de Cuaresma

¡Si a fuerza de esperarlo con ansia pudiese llegar a percibir la palabra angélica tan dulce, límpida y reconfortante...!

Mas he de decirle que, desde que usted se marchó¹, un ángel, que me parece no ser el mío, lo tengo constante y visiblemente presente. Le digo que no me parece que sea el mío porque, mientras Azarías se me muestra materializándose en belleza, como ya se lo describí a su tiempo, éste es totalmente espiritualizado, de una luz vivísima que sólo un milagro de Dios me permite fijarla en los ojos, posee la belleza incorpórea de los seres espirituales y no se vale de los pies para moverse sino de las luces de sus dos alas, siendo todo en él luz: el rostro, las manos cruzadas sobre el pecho, el vestido candidísimo e inmaterial... Y si digo manos, rostro y vestido es porque nosotros, pobres mortales, no podemos sino expresarnos materialmente para decir lo que vemos. Mas este espíritu bellísimo, que jamás me deja y con el que el alma intercambia continuos coloquios de amor, no tiene sino la incorpórea condensación de su espíritu en forma de rostro, manos y vestido para hacerse presente a mi vista espiritual y así queda reducido al mínimo necesario con que poder alcanzar dicho fin que viene a ser: poder hablar impropia y muy materialmente de su rostro, de sus manos y vestido.

Se me aparece como el Angel del Getsemaní que era «luz en forma de ángel». Me parece uno de tantos que vi en los coros del Paraíso... ¡¡Oh luz, luz cantante en el inmenso azul del Cielo...! Se me figura uno de aquellos del Natalicio... que aparecieron a los pastores..., uno de aquellos que en Cómputo², en una de las últimas noches de exilio, me elevaron al éxtasis con su trasvolar entonando armonías irrepetibles...

Quien sea, no lo sé. Tan sólo puedo decir que su presencia es mi consuelo. Es para mí más dulce que la luz de la luna para el viandante solitario y perdido, dándome la seguridad de que no estoy sola sino con la mejor de las compañías y de los guías, y en el mejor de los caminos: el del ángel de Dios y en el recorrido que hacen los ángeles: el de Dios. Quién es, no lo sé. Me beatifica con su presencia, pero no se identifica. Ayer Marta fue a Camaiore estando ausente durante seis horas... Pues bien yo, *sola* en mi habitación durante tres horas de las seis, estuve tan contenta con esta angélica presencia que me produjo hasta un alivio físico. Estuve absorta en aquella meditación y contemplación que a los extraños puede parecerles casi somnolencia cuando, por el contrario, es hervor de espíritu que me hace feliz... ¡Cuánta paz...!

Mas ahora se me muestra y habla Azarías. Luego el ángel luminoso no es Azarías... y yo escribo.

Dice Azarías:

«Con la humildad del hermano menor ante el mayor, vengo para nuestra Santa Misa. Y el Angel de las Setenta Semanas, el Confortador del Getsemaní, el beatísimo arcángel Gabriel que el Eterno te concede como amigo para que te conforte, porque él es el Arcángel del gozo, de los goces celestiales, aumentará con su luz tu poder de comprensión.

Así pues, él se te aparece para darte una ligera idea de su realidad en el Cielo. A los sentidos del espíritu, purificado más y más tras la última prueba³, se les concede una nueva capacidad de Ver. Cree, alma mía, que *cuanto más una criatura se afianza en la obediencia y en la caridad, tanto más va su espíritu hacia lo que será su vida en el Paraíso a la espera de la resurrección de los cuerpos. A cada acto de obediencia pronta y perfecta desaparecen la pesantez y las limitaciones y, como corroídas por la llama de la caridad – porque la obediencia es caridad –, se exfolian las escamas que todavía limitan las potencias espirituales en su facultad de ver, y el alma se acerca con júbilo inmenso al cono-*

cimiento de la vida del Cielo, de lo de allá arriba..., adoración, bienaventuranza, paz, júbilo de luz...

Mira, alma mía, si hubieses hecho, *siquiera fuese interiormente*, un movimiento de rebeldía, un mínima desobediencia, un compromiso, un simple compromiso, uno de esos pobres compromisos que con harta frecuencia llevan a cabo aún los mejores cristianos, en lugar de hacerse menos pesantes las limitaciones de tu poder visual de criatura, habríanse hecho más *pesantes y espesas*, como nieblas acumuladas, y te habrían llevado lejos, como vehículo que marcha en dirección contraria... Tú no te has dado cuenta de la trampa en la que te quería hacer caer el Enemigo para disgustar al Cielo contra ti. Con argumentos capciosos quería que desobedecieses la orden recibida de relacionar exactamente los libros que tienes⁴. Nada hay censurable en tus libros, *ni de tal naturaleza en ellos que pueda dar ocasión a los incrédulos de lo sobrenatural a decir que tú has disfrutado de ayudas culturales en tu labor*. (Por el contrario hay interés en asegurar esto... 9/12/47). Más él quería atemorizarte diciéndote esto y aquello para hacer que... olvidases *deliberadamente* algún libro.

Olvidar no es pecado mediando un fallo *real* de la mente. Mas *querer olvidar*, para cumplir con la obediencia por entender que ha de resultar humanamente útil su cumplimiento, *es pecado*. Las restricciones mentales, las reservas, el decir, por ejemplo: "He dicho que no tengo más libros, porque en este momento no los tengo en casa", una de las escapatorias tan frecuentes entre los cristianos, lo mismo que el decir: "No los he visto", sólo porque no se ve en *aquel* preciso instante, no son buenas cosas. Son mentiras. Nunca hay que mentir ni aún en los matices.

La verdad no es una cosa vaporosa y vaga como una nubecilla del cielo sino un bloque sólido, bien escuadrado, diamantino, luminoso, transparente, bellissimo pero duro, inatacable a la acción de los vientos, de las lluvias y de las manos. E, igualmente, la verdad viene directamente de lo que es más perfecto que la Tierra, es decir, del Cielo; y por más que el hombre pretenda destruirla y en la Tierra parezca tal vez haberlo conseguido, en realidad, la verdad continúa inalterable en su reino y, antes o después, llega a ser conocida y reconocida junto con los méritos del espíritu que se mantuvo fiel en la misma.

Tan diamantina es la verdad que, lejos de ser rayada, ella raya y quiebra las almas vítreas de los infelices que no la quieren reconocer y, quieras que no, escribe sus palabras de condena para los muertos, los sordos y los ciegos de espíritu; para los apáticos y tibios a los que Dios rechaza y vomita lejos de Sí. Y, por más que se la niegue, escribe su verdad de "*ser ella verdad*" sobre esos pobres cristales ahumados y polvorientos, cubiertos de telarañas inútiles, que se creen superiores al diamante sólo por verse enmarcados en una bella moldura...

¿Ves, alma mía? Si tú hubieses aceptado una restricción mental, una de esas que te proponía Satanás o si hubieses omitido este libro de tu abuelo porque podía hacer sombra a los curas, este otro de tu madre por estar en el Índice o aquél otro tuyo porque habla de Dios en una proporción tan insignificante que no puede en modo alguno explicar lo que afirmas en tus escritos⁵, y todo por aparecer santa hasta en los libros que guardas como recuerdo, al igual que conservas los retratos de familia que, enferma como estás, no puedes contemplar, pero que te produciría dolor destruirlos porque en ellos ves el rostro del padre, de la madre, de los abuelos... De haber tú mentido, no merecerías ahora esta paz de que gozas ni verías al glorioso Gabriel. *Has merecido más con esta perfecta obediencia*, que a los superficiales podrá parecerles cosa ridícula, *que si hubieses desgranado mil oraciones vocales*.

Todo esto para darte a entender el valor de la obediencia que no se mancha con compromiso alguno. Sé así siempre de heroica y crecerán cada vez más en ti la paz y la luz.

Y ahora meditemos nuestra Santa Misa.

¿No parece, pequeña voz, escrito especialmente para ti el introito? Es ciertamente verídico definiendo tu situación actual: “el lazo colocado a tus pies”: y es igualmente verídico describiendo tu estado espiritual: “mis ojos están vueltos siempre hacia el Señor”.

¡Esto, sí! ¡Siempre así! La maldad y la incredulidad de los hombres a los que siempre habrás de perdonar con las palabras de nuestro Santísimo Señor Jesús: “Padre, perdónales porque *no saben* lo que hacen”, podrán ponerte lazos. Pero ¿dónde? En los pies, en la parte más baja y material que pisa las sordideces de los caminos del mundo porque, por ahora, estás aún en el mundo, como lo estuvo el Santísimo Señor Jesús durante sus treinta y tres años de Hombre-Dios en Palestina. Mas no pueden ponértelos en el espíritu, en tu vista contemplativa y en tu caridad que, cuanto más te das cuenta de lo vano y caduco que es todo lo de aquí abajo, tanto más llamea y se condensa hacia el Altísimo y Santísimo Señor Uno y Trino.

Y he aquí que tú, con el lazo en los pies, pero con el espíritu libre, te fijas a ti misma en el Señor: “Vuélvete a mí”, gritas. Y tanto El se vuelve que se da a ti a Sí mismo.

“Me encuentro pobre y sola”, clamás. No. ¡Estás con sus ángeles y con El, con El, con El! ¡Aleluya! ¡Mi alma está con el Señor! ¿Puede darse dicha mayor para un ángel custodio? En manera alguna te encuentras sola pues cuentas con tus infinitas amistades del Cielo. Y tampoco eres pobre, ya que posees esa riqueza que no puede ser robada. No temas. Tu confianza en el Padre Santísimo no quedará frustrada.

Y aquí, para alabar a Dios por su santo Arcángel, enlacemos la Santa Misa de la III dominica de Cuaresma con la luminosa Santa Misa de San Gabriel⁶.

Consideremos juntos nuestra virtud angélica. ¿Qué es lo que nos hace grandes? ¿Nuestra belleza? ¿Nuestra condición? ¿Nuestro origen? No, sino nuestra prontitud en obedecer al simple sonar de las palabras de Dios, al relampaguear de su Pensamiento Santísimo, pues *relámpago de luz beatífica es el sonido que nosotros percibimos* y no voz material de garganta. Nuestra luz se enciende de júbilo al acoger aquel relámpago que aumenta mucho más al ejecutar su mandato. Lo sabes tú muy bien. Si no obedeciésemos se apagaría nuestra luz, acabaría nuestra belleza, cambiaría nuestra condición y nuestro origen terminaría en condena como lo fue para Lucifer y los ángeles rebeldes. De nada podemos gloriarnos nosotros, los ángeles del Señor: ni de la belleza, ni de nuestra condición, ni de nuestro origen, ya que todo nos viene de Dios Santísimo. Mas, al igual de los hombres, que son hechuras del Criador, de lo que podemos gloriarnos es de nuestro servicio obediente al Señor.

El Primogénito de los hombres alcanzó la perfección absoluta al ser “obediente hasta la muerte” haciendo la Voluntad del Señor. ¿Qué méritos habríamos de tener si, siendo espirituales como somos, no hubiésemos de ejercitar las virtudes de caridad, humildad, obediencia y verdad? Porque, al ver la Realidad Santísima de Dios, no podemos tener lujurias carnales ni debemos tampoco de tener fe ni esperanza y, siendo superiores a los hombres al carecer de la pesantez de la materia, no tenemos necesidad de ser temperantes, fuertes, justos y prudentes pues tales nos hace la propia contemplación de Dios. ¡Oh, Dios se compenetra con nosotros! ¡Qué bueno es el Señor que se deja contemplar y de tal manera se infunde en sus espíritus! Pero, al mismo tiempo, nos brinda la posibilidad de ofrecerle honores con la caridad, la humildad, la obediencia y la verdad.

¡Bendigamos al Señor! Nosotros, los ángeles, y tú, alma, con todos nosotros: “Bendigamos al Señor”!

Y tú, alma mía, impetra del santo arcángel su patrocinio perpetuo. Amale, ámale mucho porque es el ángel de los anuncios felices y de los sublimes consuelos.

Leamos las primeras palabras de la Lectura: “*He aquí que Gabriel... volando raudamente, me tocó en el templo del sacrificio vespertino. Me instruyó, me habló y dijo: “He venido ahora a instruirte y a hacerte comprender”. Nada más interesa por ahora.*

“Me tocó en el templo del sacrificio vespertino”. He aquí cuándo se le tocó a Daniel: *A la hora del sacrificio, en el templo y por la tarde.* Tu tarde se acerca; mas antes de que llegue precediendo al amanecer — porque la tarde no es fin sino preanuncio del próximo día —, el arcángel te instruirá. Y ¿por qué tal honor? Porque estás en el templo que la Caridad recíproca entre Dios y tú ha creado y en la hora de tu sacrificio final, el más dulce, aquel que consigue el alejamiento de Satanás en las horas nocturnas.

Tras la tentación tenebrosa, nuestro Señor Jesús fue consolado por Gabriel, y Satanás ya no le turbó más. Para torturar al Moribundo divino quedaron los hombres. Mas ¿qué son los hombres comparados con Satanás? Como demonios es nulo su poder torturador respecto del de Satanás. Eso lo sabes tú; pero, ¡ánimo!, porque el sacrificio de la tarde está hecho precisamente para alejar a Satanás imponiéndole el “¡Basta!” divino y llevar la Fortaleza de Dios⁷ a los hijos sacrificados en holocausto.

Gabriel te comunicará un tremendo secreto⁸ y te transmitirá una orden de parte de Dios, secreto ciertamente tremendo, mas no por ti sino por aquellos que lo provocan y serán éstas las palabras de instrucción de aquél que transmite las más excelsas voluntades de Dios y exige las más altas obediencias.

Tornemos ahora a la epístola paulina. Mas antes respondo a tu pregunta. Así escribirás la respuesta y también lo que te dije hace dos domingos acerca de mi silencio sobre el Evangelio.

¿Por qué San Gabriel y no yo te ha de transmitir órdenes y secretos? Porque el menor no debe intervenir donde hable el mayor y así, lo mismo en lo que se refiere a este secreto como a las explicaciones del Evangelio. Sobre éstas te instruye el Señor Jesús, Sumo Maestro de cuantos moran en la Tierra y en el Cielo. Y, a este respecto, yo callo limitándome a escuchar, no teniendo nada que añadir a lo dicho por El.

Pablo perfila todo el programa del cristiano y, en consecuencia, el de las voces, las cuales, sólo por reconocimiento al Señor que tal don les concedió, *deben ser más perfectas que los demás* tendiendo a esta *perfección* con perfección de pensamiento. ¿Sabes en qué consiste esta “*perfección de pensamiento*”? En querer ser perfectos, *no por la gloria futura que otorgará dicha perfección sino por amor de hijo beneficiado de manera sobrehumana por el Padre* y en una medida que sólo el Infinito puede dar.

Así pues: “Sed imitadores de Dios como hijos dilectos”. ¡Oh!, no os dice Pablo: “Imitad a éste o aquél santo”, sino que os dice: “Imitad a Dios en sus perfecciones”. ¡Imitar a Dios! Esto supone un esfuerzo continuo para alcanzar la perfección, y hacerlo con caridad, mas también *con humildad*; con fe, mas también *con humildad*; con esperanza, mas también *con humildad*.

Sabéis vosotros muy bien que, a despecho de todos vuestros esfuerzos heroicos, os veréis siempre incapaces de poseer la Perfección de Dios. Mas no os descorazonéis porque el Padre Santísimo, por ser perfecto, sabe que la criatura nunca puede ser como el Criador y así, para animaros, para justificar vuestra medida relativa proclamándola con

justicia “perfecta para la criatura”, puso un límite a esta medida: el vuestro. Dijo: “con todo lo que sois”. “Con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” expresa el mandamiento inmutable hasta el fin de los siglos; y es hereje y maldito el que lo muda, altera o sustituye por mandamiento de hombre con otros cultos o ideas que no son de Dios sino mezcolanza de humo infernal y de infernal veneno, con humo y veneno de criatura perversa.

Cuando uno ama con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, *ha amado*, por lo que a él toca, *perfectamente*. Y, por tanto, ha imitado a Dios que es perfecto en el Bien.

Segundo precepto de Pablo: “Vivid en el amor como Cristo que nos amó entregándose a Sí mismo por nosotros a Dios en holocausto como hostia de suave olor”.

¡El amor perfecto! El amor de Jesucristo, Hijo de Dios y Señor nuestro. Amor que llega hasta el sacrificio. Amor al prójimo que alcanza hasta inmolarse por él. Amor a Dios hasta inmolarse sobre el altar de la Reparación.

Otro precepto: “Las fornicaciones, las impurezas, de cualquier clase que sean, y la avaricia no sólo no han de darse en vosotros, pero ni siquiera las debéis recordar vosotros que tenéis que recordar únicamente los dones, las perfecciones y las instrucciones de Dios”. Ya no sois hombres sino “voces”.

La voz carece de pesantez. Es un sonido. No tengáis la pesantez de lo humano. No pervirtáis vuestra condición de “voces” con obscenidades, discursos necios y bufonías. Tened en cuenta que el gesto simbólico de los labios purificados con el fuego tomado del altar no se limita al profeta, pues todos aquellos a quienes Dios elige, las “*v e r d a d e r a s*” voces, ciertamente indubitables, son purificadas, con anterioridad a su misión, con el fuego del Divino Amor. Las palmas de las manos sacerdotales están consagradas por la ordenación recibida, no debiendo esas manos tocar nada impuro o hacer ademanes impúdicos habiendo de tocar el Cuerpo Santísimo de Nuestro Señor. Ahora bien, los labios consagrados por la Palabra Divina y que, por orden suya, han repetido dicha Palabra, *deben conservarse santificados y articularse con sumo respeto por lo que por ellos pasó. Y lo mismo hay que decir de la mente y del corazón*. En caso contrario, llegaríais a ser impúdicos y fornicadores perdiendo vuestro puesto, tanto en la Tierra como en el Cielo. Y no seáis avaros sino *prudentes* para que los hombres no profanen y así el que tenga hambre que tome el don de Dios.

Mantenéos igualmente firmes sin soberbias ni miedos. Los vanos razonamientos de los hombres, si son superficiales, desechadlos a fin de no tener que responder del tiempo perdido en cosas míseras; y si con ellos tienden a atemorizaros, ensoberbeceros o a denigrar y querer rebajar la obra que Dios hace en vosotros, que no os seduzcan. *La ira de Dios cae sobre los incrédulos*. No comulguéis, por tanto, con ellos, antes respondedles: “También nosotros fuimos un día tinieblas; mas ahora somos luz en el Señor y rogamos por vosotros para que podáis llegar a ser luz”.

Basta, María, basta. Vive cada vez más como hija de la Luz, ya que su fruto es todo lo que es bueno, justo y verdadero. *Ni* —esto se lo puedes decir a los incrédulos y racionalistas— *cabe que Belcebú sirva a Dios proporcionando palabras santas para la conversión de los corazones*. (Y, con todo, se me quiere hacer creer que puede ser Belcebú el que me dicta...9/12/47).

Vuela a la casa, al nido, tortolilla de Dios, y haz tu morada en su Amor; y desde allí escucha, pues tienes necesidad de tal defensa para escuchar lo que te dice el Arcángel, cifrando en ese Amor tu paz».

Y Azarías se arrodilla para escuchar a Gabriel que, intensificando su luz, me saluda con el: «¡Ave, María!». Tan sólo esto: «¡Ave, María!». A continuación me comunica una tremenda, ¡oh!, *es verdaderamente una tremenda palabra* y me da una orden. ¡Es tan de condena en sus motivos!!! Pero llevaré conmigo este secreto hasta la tumba. «Es aún más tremendo», dice el Arcángel, «que el secreto de Fátima»⁹ y no se revela porque los hombres, aun éstos por quienes se da, *no merecen conocerlo*.

Y después el Arcángel, junto con Azarías, que se levanta de la genuflexión, canta: «Bendigamos al Señor». Y yo respondo: «Demos gracias a Dios» como me enseñó Azarías, y con ellos digo: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...».

... y ahora gravita sobre mí el peso de este tremendo conocimiento....

¹ Alusión a la partida del P. Romualdo M. Migliorini, O.S.M., director espiritual de María Valtorta, el cual dejó Viareggio en el año 1946 para no volver más allí.

² Localidad en la que María Valtorta, enferma, se refugió evacuada de Viareggio durante la segunda guerra mundial.

³ Nueva alusión a la ausencia del P. Migliorini consignada en la nota n.º 1.

⁴ Alude al fidelísimo inventario de la *pequeña biblioteca* de la casa Valtorta que por aquellos días confeccionó María; inventario del que se desprende que no hubo libro alguno del mismo que pudiese influir eficaz y adecuadamente en la redacción de las quince mil páginas valtortianas.

⁵ Relacionado en la nota precedente.

⁶ En el Misal Romano de San Pio V se encuentra en el día 24 de marzo.

⁷ Este es el significado del nombre "Gabriel".

⁸ M.T.M., madre espiritual de María Valtorta, no asegura que nunca se le permitió a ésta revelar tan tremendo secreto, antes, por el contrario, recibió la orden de quemar la hoja en la que habíalo consignado. Con todo, aun después de destruída, lo tenía tan grabado en su mente, como en un disco, pudiéndolo repetir a sí misma en cualquier momento.

⁹ Alude a la tercera parte del así llamado "Secreto de Fátima" hasta ahora nunca *oficialmente* revelado.

31/3/46
Domingo 4.º de Cuaresma

Dice Azarías:

«¿Por qué y de qué debe regocijarse Jerusalén? ¿Acaso de su dilatada vida? En modo alguno sino de ser vital por su unión con Cristo que la nutre con sus dones y la enoja con sus santos. Si no fuese de naturaleza sobrenatural, carecería de estos dones y de estos santos, pereciendo como todo lo que es obra de los hombres, todo lo que dura un tiempo relativo y después, por ataques enemigos, se debilita y muere.

Mas la Jerusalén terrena no es distinta de la Jerusalén celestial y así los ciudadanos de ésta están con la Jerusalén terrena para confortarla, ayudarla y defenderla del rencor del Mal que se lanza contra ella para abatirla sin que por ello alcance a conseguirlo.

Mas no son únicamente los auxilios celestiales los que la mantienen vital. El Santísimo Señor Jesús prometió que nada prevalecería contra Ella. Bastaría esta promesa para

defenderla, ya que las promesas de Dios son siempre operativas. Mas Dios, aún siendo bastante por Sí a realizar cualquier prodigio, no despoja a sus hijos del derecho a cooperar en los intereses del Padre ni del derecho a contribuir a la prosperidad de la Casa del Padre.

Y la Iglesia es la gran morada del Padre, de Dios en la Tierra. No es ya el espacioso Templo asentado sobre el monte de Jerusalén, amplio, pero nada respecto de la Tierra y una *supernada* comparado con el Universo, la Casa actual del Padre. Esta ha extendido sus tiendas del uno al otro Polo, de oriente a occidente y, a la sazón, se hallan esparcidas por toda la Tierra y así, con amor o con odio, es conocido por doquier el nombre de Dios y de Jesús Salvador. Y por doquier hay también un altar para santificar los continentes y congregarlos cabe el signo santo. Y por doquier se celebra un Sacrificio, no de carneros ni de corderos sino de las Carnes Santísimas del Cordero divino inmolado para lavar con su Sangre los pilares y límites de la Tierra, lugar de exilio, y hacer de ella un pequeño Cielo y así los hombres desterrados lo sean menos de aquel lugar eterno para el que Dios los creó y puedan disponer de ayuda y estímulo en los goces que experimentan a los pies de un altar en la Mesa del pan sobresustancial. ¡De esta suerte se ha dilatado la morada del Padre! La Jerusalén terrena ha prolongado sus muros y esparcido sus ejércitos pacíficos y sus maestros para que sea conocido por doquier el Nombre que sobrepuja a todo otro nombre y ante el cual se postran de hinojos los hijos de Dios cualesquiera que sean su raza, su lengua, su latitud y sus costumbres.

Ahora bien, ¿no son acaso también estos ciudadanos de tan vasta ciudad los que con sus sacrificios y oraciones cooperan con el Padre al triunfo de la misma contra el Infierno y sus secuaces? Sí, son también estos ciudadanos.

Como las místicas aguas que Ezequiel vio surgir bajo la puerta del Templo¹ y que, al principio, sólo alcanzaban al tobillo, después crecieron hasta llegar a la rodilla y, por último, superaron la estatura de un hombre, así son los méritos de los santos en la Tierra. En los comienzos de la Iglesia eran pocos, puesto que pocos eran los ciudadanos de la Iglesia militante y poco el impulso que podían imprimir a la tarea de fecundar las áridas arenas y los amargos cenagales. Mas después, con el paso de los siglos y mediante los mártires, vírgenes, y confesores, conocidos o ignorados en la Tierra, si bien todos ellos perfectamente conocidos de nosotros, los del Cielo, fueron creciendo las aguas que se fueron vertiendo en el cauce inicial que comenzó en el Gólgota con el agua exprimida de un Corazón desgarrado aun después de la muerte y fue aumentando su caudal con las ondas de sus méritos. Y el torrente diminuto llegó a hacerse un gran río, cada vez más caudaloso, capaz de irrumpir y adentrarse con la masa imponente de sus aguas hasta por los desiertos más alejados y los cenagales más pestíferos purificándolos y haciendo fértiles los arenales, de modo que puedan brotar árboles frutales de hojas y frutos perennes, árboles buenos, aptos para nutrir, sanar y legitimar a los hijos bastardos dándoles el Nombre bendito que se deriva del Fundador de la Iglesia: "cristianos de Roma, sede del Papado cimentado por Jesús Santísimo sobre su Piedra".

He aquí, pues, hijos benditos de la Jerusalén terrena de qué habéis de alegraros con Ella que es para vosotros Madre y con Dios que es para vosotros Padre. De ser los que con su fidelidad y heroísmo contribuyen a mantener potente el río de su expansión benefactora haciéndolo activo. Por lo que el invitatorio del introito no es tan sólo palabra sino palabra de verdad, premio y promesa de una recompensa mucho mayor.

El Eterno ve nuestras obras y vuestros corazones; toma nota de los afectos y sentimientos; os ve deseosos del triunfo materno y tristes por el desamor y desconocimiento

culpable de esos hijos que, tras haber sido de la Casa, salen de la Casa paterna; o tristes también por la ignorancia dolorosa, pero no culpable como el desconocimiento, de aquellos que todavía ignoran al verdadero Dios, y os hace decir: “Vosotros, que amáis a la Iglesia, regocijaos con Ella y gozad alegremente; vosotros, que estuvisteis tristes, exultad y saciáos en las fuentes de la consolación porque vosotros que, gracias a Ella, disfrutáis de un amor activo, tenéis derecho a sorber de su seno mientras aquí, en el Cielo, se halla ya dispuesto en la Jerusalén celeste vuestro puesto para el banquete del Cordero, para el banquete de los triunfadores eternos, que os merecisteis con vuestro trabajo espiritual y material en pro de la Madre Iglesia que es la Esposa del Verbo”.

Y si esto se da a todos los fieles que vierten la contribución de sus obras santas en el río de la Comunión de los santos, en mucha mayor medida se os dará a vosotras, “voces” amadas, que a las obras comunes añadís vuestro martirio de ser “voces”. El multiforme martirio de la vigilancia suprasensible para estar siempre prontas para *entender, distinguir y combatir: Entender las voces que os vienen de más allá de la Tierra; distinguir las a fin de no confundir el mendaz y tan seductor hablar de Satanás con el más conciso pero veraz de las voces buenas; y combatir la soberbia que podría insinuarse tras la humildad* diciendo: “Dios habla a su sierva”. Insinuación serpentina como Lucifer de quien procede... para silbar con sordina: “... porque lo he merecido”.

¡Oh, qué martirio de *vigilancia, de obediencia y de esfuerzo continuo* debéis desarrollar, caras “voces”, a las que Dios benefició y crucificó con esta misión! Es martirio de contradicciones dolorosas de parte de los hombres ciegos y soberbios que no quieren ver a Dios ni admitir que El pueda realizar este milagro de amor. Y es martirio de befas, crueldades e inmerecidos castigos.

Martirio de ver la inercia de las almas que no se conmueven ni *con estas palabras que proceden de Dios*. Lo mismo que el *no poder* ir a los verdaderos pobres, los verdaderos “hambrientos” y los verdaderos “ignorantes” para decirles: “Mirad, no seáis ya más pobres, hambrientos e ignorantes, pues aquí tenéis este tesoro, este alimento y esta sabiduría que vienen de Dios. El os lo proporciona para vuestros dolores, vuestras dudas y vuestra soledad. Y esto porque os ama, porque se compadece de *todos* los hombres y porque es Padre. Tomad y santificaos con el don de Dios”.

Vosotros, los “portavoces”, sois los apóstoles encarcelados que no podéis manifestar a los hombres la palabra santa. El tesoro que tenéis en las manos os lleva al Cielo y es para *vosotros mismos*. Cuando, tras haber gozado el éxtasis de recibirlo — hasta el punto de hacer partícipe a la carne del mismo pues tan fuerte es el huracán dulcísimo y llameante que se abate sobre vosotros para despojaros de cuanto es humanidad y haceros comprender que la humanidad es miseria fugaz mientras que sólo lo eterno y espiritual tiene valor y así, conscientes de ello, arrebatados cada vez más a lo alto en las esferas caritativas y contemplativas— cuando, tras haber gozado del éxtasis, bajáis vuestra mirada del Foco, de la Sabiduría y del Poder para mirar a la pobre humanidad que camina a tientas y aterida por las vías de la Tierra y de los Errores — y, sabiendo como *sabéis* vosotros lo que salvaría a esta humanidad proporcionándole sabiduría, riqueza, vida, calor... y no poder dar el tesoro con el que muchos encontrarían el Camino, la Verdad y la Vida en vano buscados por otras partes— entonces sufrís el martirio de la caridad hacia Dios, no conocido ni amado, y hacia el prójimo al que veis morir *sin paz* y al que os es imposible socorrer, encarcelados como estáis por una categoría de hombres a los que la caridad me impide clasificar y por la indiferencia ígnea y hostil de la obra más vasta categoría: la de los necesitados de la Palabra y del Conocimiento que extienden las manos a todos los “manzanos de Sodoma” de *su* desierto, encontrándose sin nada en las manos. Porque

aquellos manzanos, igual que los del desierto de Judea, bajo una mentida apariencia, se encuentran vacíos. Mas, en modo alguno extienden sus manos a los árboles de la Vida que crecen en medio de la plaza de la Ciudad del Cielo y a las orillas del río de agua viva que mana del trono de Dios y del Cordero, tal como lo vio el angélico Juan, apóstol del Señor, que llevan los doce frutos, frutos eternos que suministran cada mes a los bienaventurados habitantes de la Ciudad de la Santidad y del sublime Gozo.

Y entonces Horáis como Cristo y *con* Cristo, pronunciando las palabras que El dirigió a la ciudad hostil: “¡Oh, si al menos conociéseis vosotros lo que es beneficioso para vuestra paz! Mas está oculto a vuestros ojos por la costra de vuestros pecados que vosotros no os la queréis quitar y que os ciega para mirar la Luz!”.

Mas, consolaos, voces. Podéis alegraros porque a vosotros se os dijo: “Andaréis por la casa del Señor”. Andaréis ciertamente si perseverais en las virtudes como se os ha enseñado. Entonces, por “vuestros actos”, purificados y transformados de humanos en santos, podréis “respirar por la consolación de su Gracia” y ser bienaventurados porque su Gracia es beatitud.

Y ahora leamos a San Pablo.

También el eterno Abraham tiene dos clases de hijos: Los de la esclava y los de la libre.

¿Quién es el eterno Abraham? Muchos podrían decirse esto o aquello. Mas yo te digo que aquí se ha de dar el nombre de Abraham eterno al Eterno, Padre de una multitud inmensa y duradera de generación en generación hasta el final de los siglos.

El eterno Abraham se unió con la Humanidad, *metafóricamente hablando*, para engendrar hijos que lleven la imagen y semejanza del Padre y la semejanza natural de la madre, semejanza ésta perfecta como el Padre y Creador de la Humanidad la dio a los primeros progenitores de la Humanidad.

En la proliferación usual de las razas, ya sean éstas humanas o animales, se aprecia que aparecen marcados más fuertemente los caracteres somáticos familiares cuando dos parientes cercanos se unen engendrando hijos que fijan, diré así, *fuertemente* las características de los padres entre sus consanguíneos.

Ahora bien, ¡qué perfección de semejanza divina, siempre en aumento, habríase producido en los hijos nacidos del Padre Creador y de la Humanidad por El creada! ¡Maravillosa semejanza! Mas para poseerla, la Humanidad debía conservar intacta su semejanza con el Padre. Por el contrario, la forma perfecta fue desfigurada por Lucifer y, tanto por fuera como por dentro, no aumentó la semejanza ni se perfeccionó, antes tuvo lagunas, retrocesos y matices de cariz diverso en los hijos de Dios y de la Humanidad de tal manera que de aquel seno que engendró al angelical Abel, en el que era manifiesta la semejanza divina, ya había salido el satánico Caín en el que aparecía patente la prostitución de la Humanidad con el Seductor. Y siempre, siempre así a través de los siglos, incluso aún después del injerto de Cristo en la planta bastardeada de la Humanidad.

Así pues, el Abraham eterno tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre que fueron dos ramas de la Humanidad. El hijo de la esclava –entiende bien– nació *según la carne*, mientras que el de la libre nació *en virtud* de la promesa, esto es, *según el espíritu*.

¿Piensas acaso que esta alegoría se circunscriba únicamente a aquel tiempo? No, sino que es una realidad que todavía se perpetúa en los hijos del Creador, del Abraham eterno –ya que los hijos del Creador son *todos* los hombres al ser El el Dador de la vida– existiendo dos grandes ramas: la de los nacidos del espíritu y la de los nacidos de la carne.

Y estos últimos son enemigos de los primeros y enemigos de Dios y de las dos Jerusalenes, pues no son de la Religión santa ni del Reino Santo sino de la Arabia, es decir, del pueblo pagano y, más que pagano, satánico, que adora a Satanás, a la carne, al mundo y a las concupiscencias en vez de a Dios; que sigue las malas doctrinas en lugar de la Religión de Dios; que se pervierte y baja, baja, va bajando cada vez más profundo y desde esa su profundidad exhala hedores y lanza dardos contra los hijos del espíritu para extravíarlos, herirlos y torturarlos; para dañar, sí, dañar, causar dolor y muerte y despojar al Padre de sus hijos más queridos...

¡Oh profanación que penetras por doquier y, cual máquina de guerra —y guerra es, guerra satánica en la que los hombres se prestan a ser instrumento y milicia— resquebrajas, abates, sumerges y apagas!

Mas ¿a quiénes apagas?

A aquellos que dejaron espacios vacíos en su espíritu y en su mente, a aquellos que se creen completos por estar repletos de fórmulas, de prejuicios, de soberbias y no saben que todo eso es *humo y niebla* que ceden súbito al embate del primer turbión que los dispersa ocupando aquellos espacios que dejaron vacíos las dispersas fórmulas, prejuicios, soberbias, racionalismos, egoísmos, sectarismos y demás; las doctrinas *humanas* en fin, con fórmulas, axiomas, soberbias, con doctrinas mucho más letales, como son las cosas satánicas. Porque es Satanás el que trabaja donde hay espacios vacíos de Dios.

Rogad por estos hijos de la nueva Agar: de la Humanidad esclava de Satanás, y también por vosotros, por vosotros, hijos de la libre, nacidos del espíritu y perseguidos por esto aunque no vencidos eternamente, puesto que toda persecución cae a los pies de las barreras de Dios. Y esas barreras son: la posesión total por parte de Dios de vuestro corazón que le reconoce por único Señor al que tan sólo sirve, y los umbrales del más allá. Yo os lo digo: no temáis.

¡No temáis! El hombre y Satanás podrán herir la carne. El espíritu de los libres es tetrágono para las ponzoñas y dardos de Satanás y de los hombres. Tan sólo si con vuestra libre voluntad quisiérais haceros esclavos podríais dañaros. Mas nunca mientras seáis los “libres” de Dios.

Es Dios mismo quien aleja a los enemigos poniendo límites a sus obras malvadas. Dios: vuestro Padre. Dios que, según dice la Escritura, como eterno Abraham, lanza lejos de sus tiendas a los hijos de la Humanidad, esclava de todo lo que no es Dios, que andará errante, de castigo en castigo, por desiertos cada vez más áridos porque, peor que Agar, no se convierte bajo el castigo merecido sino que se embrutece cada vez más y no llora con el arrepentimiento, antes blasfema alejándose más y más de los pozos del agua de Vida.

Sois hijos de la libre. Recordadlo, cristianos. Sois por excelencia “hijos de la libre”; recordadlo vosotros, “voces”, a quienes Jesús Santísimo libertó hasta de la esclavitud de la relatividad y materialidad humanas dándoos vista y oído sobrenaturales para que conozcáis las más secretas verdades, las doctrinas más perfectas y *vedáis* al Señor conociéndole como criatura alguna lo puede conocer sobre la Tierra y os estremezcáis de gozo, con el gozo que será vuestro —y que es ya nuestro— cuando, finalizado para vosotros el Tiempo, seáis admitidos a la feliz Eternidad.

Grita, grita tú también, tú que desde ayer noche estás fuera de ti por el gozo que te viene del Cielo, grita: “Me he alegrado por lo que me han dicho”. Y ¡con cuánto gozo te lo he dicho, pequeño Juan de mi Señor! ¡Pequeño Juan, al que mi Señor ha ce-

ñido de montes para guardarle y te ha colmado de paz y de abundancia! ¡Alaba a tu Señor! Alabémosle juntos porque “es bueno” y cantemos himnos a su Nombre porque es “suave”. Bendigámosle porque “cuanto quiso hacer, lo ha hecho en el Cielo, en la Tierra” y en el corazón de sus hijos fieles. “Bendigamos al Señor”.

“¡Demos gracias a Dios!”.

“¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!”».

¹ Ezequiel 47, 11-12 (Apocalipsis 22, 1-2).

7/4/46
Domingo de Pasión

Me despiertan de un sueño tranquilo en el que soñaba encontrarme en un prado de hierba corta, nueva y esmeraldina, cercado por un muro muy alto, pero que, no sé por qué razón, me decía yo misma: «Lo han levantado sin duda» y especificaba: «en plan defensivo». Y, efectivamente, el muro se elevaba hasta una altura de 5 metros cuando menos. Y, tan liso y elevado, resultaba ciertamente infranqueable. Tan sólo veía este extenso prado sin huella alguna de pisadas humanas, y este muro altísimo y, allá arriba, un cielo tachonado de diminutas estrellas a las que el alba que despuntaba hacías cada vez más pequeñas y pálidas. Y el que me despierta es mi Señor que me llama y toca en la cabeza. Abro los ojos y le digo: «Señor, aquí me tienes. Estaba durmiendo...» y me veo un tanto confusa pensando en que he imitado a Pedro, Santiago y Juan que, en varias ocasiones y en los trances más solemnes de su Maestro, se durmieron en el Tabor y en el Getsemaní.

Mas Jesús sonrío y me dice: «Yo te velaba, dulce víctima mía, que te consumes por mi amor. He venido a decirte que Yo estoy donde una criatura se encuentra sufriendo su pasión y le hablo, por boca de todos los espíritus celestiales, con las imágenes de toda la Liturgia, además de con mi Amor cada vez más fuerte y presente. Porque Yo sé muy bien qué cosa es la Pasión, tanto en sus precedentes como en su desenlace y guardo una compasión infinita con quien la padece por mi amor y el de las almas. Tengo probadas todas vuestras angustias, almas víctimas del mundo y del amor. Día a día, y cada vez más, te voy desvelando mi trienal Pasión de Maestro incomprendido, de Voz despreciada, de Salvador perseguido que, según tu medida de criatura, reconoces en ti. Y, al igual que tú, todos aquellos a quienes Yo elegí para un servicio extraordinario. Mas, lo mismo que Yo dirigía mi atención al “fin”, al luminoso, sereno y glorioso fin de mi prolongado y múltiple sufrimiento y decía: “Debo pasar por esto, que es doloroso, para alcanzar aquéllo que es glorioso”, así también vosotros, para poder marchar por entre los zarzales punzantes de vuestro camino, lleno de sierpes, de espinas, de trampas y avanzar con vuestro peso auestas hasta alcanzar la meta de la inmolación que es asimismo la consecución de vuestro fin, es decir, la corredención, debéis tener puestos siempre los ojos en este “fin” y en la caridad perfecta para con las almas, objetivo que se cumple con el sacrificio total de sí mismos. No hay amor más grande que el de quien da su propia vida por los hermanos y los amigos. Yo lo dije y lo cumplí. María, mi amada y dilecta María, violeta mía que te consumes por Mí, que soy tu amor, y por tus hermanos, y que tan sólo por

Mí eres correspondida, ven, Consumada mía, ve adelante... Caminemos juntos. El mundo y Satanás podrán odiarte, pero sólo hasta el límite que Yo he puesto, alto e insuperable como el muro que has visto en sueños. Ellos, al otro lado de él, en su alborotado y caótico mundo manchado con todas las concupiscencias y sembrado de las herejías más tóxicas... y tú, en la parte de acá, en el desierto de este prado que rebosa serenidad y pobreza simple y florida yerba exenta de corrupción. Este prado lo hemos formado tú y Yo conjuntamente. Yo con mis palabras y tú con tu obediencia. ¿Ves cuán amplio es? ¡Qué paz emana...! Allá, en lo alto del cielo sereno, están las innumerables estrellas que te aguardan y te esperan. Son, esposa mía querida, tus amigos del Cielo. Mi Luz hace que te aparezcan más diminutas y desvaídas. Pero, cuando Yo te dejo, ellas se te vuelven a presentar con su luz paradisiaca para confortarte. Sola, no; *nunca marchas sola*. Hasta el final. Y después, en un rayo de estrella, de tu Estrella Matinal, serás absorbida, alma consagrada por el dolor, *María consumada por tu Dios y por las almas* —y sea esto lo que únicamente se escriba en tu epitafio, ¡oh pequeña mártir!, esto y nada más con que te recuerden los hombres— será absorbida al Lugar de la eterna Paz y desde allí irradiarás tu luz sobre los hombres, y luz de amor, luz de verdad serán las páginas que tú hayas obedientemente escrito para fijar sobre el papel mis Palabras, y como una luz te recordarán los hombres buenos. ¡Los hombres buenos...! Hasta en esto te asemejas a Mí, ya que pocos en mi tiempo amaron y acogieron mi Luz infinita. Los más, las tinieblas, no quisieron acogerme y... tinieblas continuaron siendo. ¡Para tu consuelo, para tu consuelo, para tu consuelo te bendigo con todo mi amor de predilección!».

Me quedo conmovida y feliz... Y así hasta que mi Azarías da comienzo a su explicación.

Dice Azarías:

«Ven a nuestra Santa Misa de las voces, a “tu” Santa Misa de los que sufren pasión. Habla y ruega con Cristo y como Cristo. Dirígete al Padre con las palabras del Hijo que el Espíritu Santo me concede explicarte.

“¡Sé, oh Dios, mi Juez!”.

Únicamente los rectos de corazón pueden hablar así en lo íntimo de su conciencia. Porque si es cosa fácil halagar a los hombres poniendo a Dios por testigo —y nosotros, los ángeles, no comprendemos cómo puedan hacerlo sin temblar de pavor, o mejor, lo comprendemos tan sólo calibrando cuánto ha hecho Satanás decaer al hombre, criatura de Dios, hasta hacerle tan satánico que le dé fuerzas para atreverse, sin temor, a invocar a Dios sobre sus propios actos malvados— si es fácil engañar a los hombres con esta invocación que resulta sacrilega en ciertas bocas, no es fácil, o mejor, no es posible hacerlo cuando el coloquio es tan íntimo que no tiene más testigo que el ángel de la guarda.

¡Oh!, el hombre culpable e impenitente no osa invocar a Dios cuando el trato con sus semejantes no le proporciona consuelo. Hasta el más avezado al delito, al engaño y al sacrilegio, hasta uno que, si el Santísimo Señor Jesús volviese a la Tierra, sería capaz de clavarle nuevamente al madero, porque Satanás le mostraría a Cristo como un hombre cualquiera y haríale ver como una bagatela el matar a un hombre, ni aún éste es capaz de decir sin pudor alguno cuando se ve a solas consigo mismo frente a su propia conciencia:

“¡Sé, oh Dios, mi Juez!”.

Los culpables, desde Adán y Eva, no saben sino huir o tratar de huir de la presencia de Dios. Hasta aquél que niega su existencia, si por una imprevista reflexión recibe una ráfaga de luz que le indica *la posibilidad de que Dios exista*, no hace sino huir... para olvidar esta Existencia. Esto es lo que hace el asesino, el ladrón, el corruptor y, en fin, todos los culpables; y, tanto más lo hacen, cuanto mayor es su culpa y ésta se reitera. E, incluso, llegan a cometer nuevas culpas para aturdirse a sí mismos con la pseudocerteza de que Dios no existe al dejarles hacer. El poder matar, atormentar, robar y usurpar constituye para ellos una prueba de que son “los superhombres”, los “dioses”, no habiendo quien esté por cima de ellos. En esta razón de *pretender proclamar* que ellos son “dioses”, que Dios no existe y que no hay otra Vida, Juicio ni Castigo, que cada uno es libre de hacer lo que le convenga, a cualquier coste y con cualquier medio, radica la explicación de los reiterados y cada vez más graves pecados de los *grandes* pecadores.

Mas solos y frente al Solo, no aciertan a estar, y huyen. Culpables, no son capaces de erguirse ante el Juez y gritar: “¡Sé, oh Dios, mi Juez!”. Por cuanto lo negaron y se burlaron, sienten hacia El el instintivo miedo que siente la fiera frente al hombre cuando éste marcha valiente hacia ella con audacia y defensa prontas; este mismo miedo instintivo y rabioso de las fieras hacia el domador del que temen el castigo y advierten su poder, es el que sienten los culpables. Tratan de destruir la idea de Dios con un zarpaço traidor, pero con rodeo, ya que no saben ni pueden atacarla de frente. ¡Es por demás alta y poderosa dicha Idea...! Los pulveriza y aplasta como pigmeos sobre los que cae un bloque de mármol o como gusanos bajo el pie de un gigante. Y huyen.

Mas los rectos, sí, los rectos pueden gritar: “¡Sé, oh Dios, mi Juez!”. La rectitud tiene muchas facetas. No es sólo rectitud material en lo que tiene por nombre: dinero, pesas y medidas en relación con los frutos, cosechas y bienes ajenos; no es sólo rectitud moral en las cosas morales que tienen por nombre: buen nombre, sinceridad y amistad en relación con la mujer y posición ajenas; sino que es también rectitud espiritual, o sea, verdad en aparecer lo que realmente uno es en su espíritu y no un átomo más.

En tu caso, en vuestro caso, instrumentos extraordinarios, *propia y principalmente es esto*.

Carecen asimismo de rectitud espiritual todos aquellos que, sólo en apariencia, son cristianos católicos, pero que, de poder retrotraer el tiempo en 20 siglos, serían unos perfectos ejemplares de fariseos, o sea, respetuosos únicamente en apariencia con Dios, con su Ley y con la de la Santa Iglesia Apostólica Católico-Romana, pero que, en realidad, una vez abandonado el proscenio y dentro ya de sus casas, de sus comercios, oficios y ocupaciones, son propiamente auténticos anticristianos, conculcadores de todos los artículos y preceptos del Cristianismo, comenzando por el del amor a Dios, a los allegados, a los dependientes y al prójimo. Y como deshonestos serán juzgados y retribuidos conforme a sus actos engañosos por el Juez que es compasivo con las culpas involuntarias, pero *inexorable*, por el contrario, *con las premeditadas hipocresías impenitentes*.

Mas vosotros, “voces” e instrumentos extraordinarios, sed honestos en ejercitar la rectitud de *nada añadir por vuestra cuenta al tesoro, de no dilapidarlo y de reconocer siempre que el mismo no es obra vuestra sino de Dios*.

Debéis estar de rodillas, siempre con los brazos extendidos para recibir y sostener el peso de lo que se os da y que habéis de tener elevado en un continuo ofertorio al Altísimo del que proviene. Recordad que: *lo que recibís ha de ser ofrecido a Aquél que os lo da*, lo mismo que en la Antigua Ley se ofrecían los sacrificios tomando de lo que Dios había dado: corderos, panales, aceite y manojos de espigas, cosas todas que si existían era por-

que El habíalas creado. Así también en la Nueva Ley se ofrecen sacrificios. Pero ¿con qué? Con el Cuerpo y la Sangre de Aquél que el Padre os dio: el Cordero santísimo que quita los pecados del mundo y que debe ser ofrecido con los honores que a cosa tan sagrada corresponde, es decir: con manos limpias, pulcras vestiduras, mantel primoroso y preciosa patena.

Y ¿cuáles han de ser los vuestros? Vuestra vida sin tacha y vuestro espíritu que, día a día, debe hacerse más precioso en virtud y *vuestro corazón* inmolado con el Inmolado.

¡Oh benditos! ¡No llores en vuestros sufrimientos! ¡No llores, María amada del Señor, en los tuyos! Esto es lo que ha de hacer que seas amada por El: tus sufrimientos.

Oye: ¿qué es lo que ha tenido valor a los ojos de Dios? ¿Tu nacimiento? ¿Tu cultura? ¿La posición social? Nada de eso. Pues qué, ¿no eras acaso hasta ayer únicamente María de José y de Iside, educada cual correspondía a una hija de familia acomodada? Eras un alma corriente como las hay a millares entre los católicos observantes. Tan sólo había un ornamento sobre tu altar. ¿Sabes cuál? Tu amor por Jesús en su Pasión. Lo demás era, ni más ni menos, lo de la gran masa de católicos: lo puramente necesario para no ser unos grandes pecadores.

Después el dolor te condujo hasta el *amor del dolor* y comprendiste, en virtud de tu amor relativo y del infinito amor de Dios por ti, qué es el dolor de Dios y cómo se le consuela... Y te hiciste hostia y Dios te aceptó por tal.

¡El sufrimiento! *El constituye tu gloria.*

Alma mía querida, ¿creías acaso que solamente la carne hubiera de estar destinada a aniquilarse? ¿O a lo sumo llegabas a pensar en la posibilidad del sufrimiento moral? No, María. Cuando un incendio se apodera de una casa, ésta arde desde el sótano al tejado, ¿no te parece? El Fuego del Cielo bajó hasta ti, no para castigarte sino para absorberte en el mismo. Y, al apoderarse de ti totalmente, todo en ti se transformó en dolor. El es tu Crisma. Ya lo ves: hasta el gozo beatífico de oír hablar a Nuestro Señor Santísimo constituye para ti dolor.

Los hombres superficiales dirán tal vez: “Una que se encuentra letificada por la unión con Dios no puede experimentar dolor”. Y bien, ¿el Verbo Divino y Encarnado, mientras fue Jesús de Nazaret, no tuvo de continuo dolor? Pues, con todo, si exceptuamos la hora del supremo rigor y de la total inmolación, El estuvo unido al Padre y al Espíritu.

Y a la Llena de Gracia, a la Sin Mancha, ¿no le acompañó el dolor en su vida de huérfana, de esposa, de madre y de Reina de los Apóstoles? Y, sin embargo, Ella no merecía el dolor al estar sin culpa y tan unida a Dios hasta el punto de tenerlo por Esposo, por Hijo e, incluso, por Padre.

¡No llores, alma mía querida! Alégrate de que todo en ti lleve el crisma del dolor porque ello te identifica con Jesús Santísimo y María Santísima. Confía con el Señor. Tú le puedes llamar y decir: “¡Sé, oh Dios, mi Juez!”.

¡Qué dulce debe ser para vosotras, criaturas de la Tierra, poder decir a Dios: “¡Sé mi Juez!”.

De verdad es confiadamente filial esta petición, este refugiaros en vuestro Dios al que no teméis porque vuestra recta conciencia os da seguridad de no haberlo ofendido y este ponerlos bajo su poderosa protección que se hace cargo de vuestra defensa “contra la gente profana” y os libra “del hombre inicuo y engañador” porque Dios es vuestra fortaleza. ¡Cuánta humildad, cuánto amor, cuánta seguridad y paz se encierran en esta súplica que viene a ser un testimonio de que vosotros sabéis ser una “nada” que se siente amada y justificada por el Todo!

Pero bien, no viertas lágrimas, pues El, tu Dios Santísimo, irradiará su Luz y su Verdad, no sólo sobre ti, ya que esto lo hace en tal medida que te habla como a discípula predilecta, sino también sobre la verdad de tu misión. Se lo has oído, al rayar el día, en su luminosa promesa: “Como una luz te recordarán los hombres buenos”. Si te han de recordar como una luz, es señal de que estás en la Luz. Y los no buenos no creerán. Lo cual servirá para asemejarte más al Verbo, al que las tinieblas no le quisieron reconocer.

Mas, ¿de qué te preocupas? Recuerda aquellas palabras de Jesús: “Con su no creer ellos amontonan las piedras con las que serán lapidados”. Tú marcha por tu camino y vete derecha al monte de Dios, a los eternos tabernáculos de que habla el salmo en el Introito.

Oremos: “Te suplicamos, ¡oh Dios Omnipotente!, que mires por tu familia a fin de que sea gobernada en el cuerpo y custodiada en el alma por tu gracia”. Y esto por los méritos de tu Verbo bendito, encarnado y muerto por los hombres.

¡Tu familia! Todos los fieles son familia de Dios. Mas en toda familia hay quienes son predilectos y se hallan más cerca del cabeza de familia. En la de los fieles, las predilectas sois vosotras, almas víctimas, y las llamadas a una condición extraordinaria. Dios no defraudará tu plegaria y, como Padre, te guardará porque, como dice Pablo, tú eres de la porción escogida que Jesús rescató con su Sacrificio.

Leamos a Pablo meditándolo. ¿Cómo el Santísimo Señor Jesús, que vino como pontífice de los bienes futuros, entró de una vez para siempre en el Santuario?

Los antiguos israelitas, en su gran mayoría —lo que es doblemente culpable precisamente en la mayoría culta—, no comprendieron cómo Cristo era Pontífice eterno y en qué consistía su Reino y su Pontificado. Y le odiaron por su infundado temor, producto de una fe desnaturalizada y envilecida en la materialidad, de verse desposeídos de sus prerrogativas de poder.

Mas Cristo no abrigaba miras humanas, no extendía sus manos a la Tierra ni a la Corona sino que las extendía para recoger a los hijos de su Padre, envilecidos, empobrecidos, degenerados, enfermos, heridos, dispersos; y para sanarlos, instruirlos, guiarlos y consagrarlos de nuevo en su dignidad de hijos del Padre. Por eso, para conseguir esto, no echó mano de medios y lugares comunes “sino atravesando un tabernáculo mayor y más perfecto no hecho por mano del Hombre”, esto es: usando de su Divinísima Naturaleza y Poder eterno y perfecto para redimir la Culpa, no redimible de otra suerte. Se redujo a Sí mismo a la condición de Hombre, constriñendo al Santo de los Santos, que era El, en la tienda mortal de la Carne a fin de inmolarse a Sí mismo en lugar de los chivos y terneros y, mediante su Sangre derramada para la redención de los hombres, poder entrar, de una vez para siempre, a la cabeza de los redimidos, en el Santuario eterno.

He aquí de qué y cómo fuisteis redimidos por Aquél de quien en estos días narra la Iglesia la epopeya supersanta que terminó con el último clamor sobre el Gólgota. He aquí con qué preparó tu conciencia a la pureza que es necesaria para recibir sus Palabras y tu espíritu para las obras de vida que El juzga buenas para los hombres. Sin su Sangre, sin su Inmolación llevada a cabo por el Espíritu Santo, esto es, por el Amor, ni en la Tierra ni en el Cielo hubieras podido servir a Dios vivo.

Por lo que le costaste, *no temas de su amor*. Por la potencia de éste su amor que Le impulsó a morir para hacerte digna de escucharle y de comprenderle, no dudes de su misericordia. El, Pontífice eterno, puede muy bien introducir en el Santuario a los que El elige.

Es ésta la nueva alianza y no el querer de los hombres ni el dinero, las conjuras, las alianzas entre castas sociales que se odian pero que se ayudan para dañar a los que se encuentran solos y, prevaricando, usurpan el puesto a los designados por Dios; *mas Dios mismo es el que elige a sus instrumentos y éstos, llamados, reciben por la promesa de Cristo y por su inmolación, la herencia eterna.*

¡Vamos!, no llores, alma-hostia. O mejor, llora con Cristo que, junto con la naturaleza humana, tomó también la –desconocida en el Cielo– debilidad y amargura del llanto.

Le has visto derramar lágrimas y sangre y fue el dolor el que colocó sobre su Faz bendita la primera máscara sanguinolenta. La corona de espinas y la granizada de la flagelación no hicieron sino mantener aquella máscara sobre el Rostro que los hombres no merecían ver ya más en la perfección de su belleza pacífica. Uniformate, uniformate con tu Maestro, Maestro de doctrina y Maestro de inmolación.

También El derramó, abatido contra la piedra del Getsemaní, prensado por *todo* el dolor del Mundo y por todo el rigor del Cielo, su último llanto de criatura humana. Su carne exhaló entonces su voz con un gemido ante el inminente espasmo: “¡Señor, si es posible, pase de Mí este cáliz!”.

Para aquellos que no llegan a creer que Jesús era verdaderamente Hombre y del Hombre tenía el apego a la vida y la repugnancia a la muerte, este grito es una respuesta que dice: “El era verdadera Carne”.

Pero no se haga Mí voluntad sino la Tuya. *Para aquellos que no aciertan a creer que Jesús era verdadero Dios y que poseía las perfecciones de Dios, este grito es la respuesta que dice: “El era verdadero Dios”.*

Para todos aquellos que no se arriesgan a creer que tú puedas ser la “portavoz”, tu vivir, tu padecer y tu morir tras haber bebido todas las amarguras diciendo: “Hágase Tu Voluntad”, constituye la respuesta que proclama que tú eres la “portavoz” que Dios tomó, por un inescrutable misterio que sólo en el Cielo se conocerá, para hacerte instrumento en una obra de gran misericordia.

Llora con El, con tu Maestro en el dolor: “¡Líbrame de las gentes desatinadas!” y declara: “Sólo Tú me puedes exaltar y salvar por encima de los adversarios y de los inicuos que no te conocen y que me odian a causa de tu Nombre que brilla en todas mis acciones”.

Llora con El tu prolongado abandono: “Mucho es lo que me han atormentado desde mi juventud”. Sí, llegaste a El a través de innumerables luchas y tormentos y has sido mártir a causa de tu fidelidad a su llamada. Mas, “no te han podido vencer” porque, sobre toda otra voz, seguías a la de tu Jesús.

Ahora que estás a sus pies y eres el instrumento, es obvio que los enemigos de la Verdad levantan sobre tus espaldas un edificio de calumnias para aplastarte debajo de él. Mas si los “otros Cristos” tienen en común la Pasión y la Crucifixión, tienen también asimismo en común la Resurrección. Y si los hombres, creyendo sepultarla para siempre, encierran en los sepulcros la Voz de Dios¹, las fuerzas de la naturaleza, obedeciendo a Dios, sacuden las inútiles cerraduras; y las piedras, las mismas piedras proclaman a Dios Triunfador en Sí mismo y en sus siervos, abriéndose y dejando salir perfumes y luz de sus cerradas entrañas en las que no se descomponen el justo sino que reposa para resurgir más fuerte y más bello.

Entre tanto, a la espera de esta hora, a quienes te quieren acusar y amedrentar con dudas, *tú, fuerte, con la sinceridad de tus obras, respóndeles como lo hizo tu Maestro: "¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?"*.

Y a quienes te quisieran exaltar a través de la soberbia o hundirte a través del desaliento, respóndeles: *"Yo no busco mi gloria pues hay quien cuida de mí: mi Padre. La gloria que yo hubiera de darme o la que me hayáis de dar vosotros es nada. Mas la que Dios me ha de dar con su paz eterna, en pago del honor que le he tributado, ésa es la que vale"*.

Queda en paz. Tendrás la Vida por su Palabra, por su Sacramento de Amor, por su Sacrificio y por el tuyo de "víctima".

"Bendigamos al Señor".

"Demos gracias a Dios".

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"».

Mis penas provienen todas ellas de la comprobación diaria de cómo las Palabras que Dios me ha dictado *van pasando por las manos de todos, propagándolas, alterándolas y empleándolas sin aprobación alguna... ¡Cuánto, cuánto dolor me produce esta desobediencia a las terminantes órdenes de Jesús...! Sólo Dios puede calibrar la anchura y profundidad del tormento que estas desobediencias ajenas me producen.*

Pero... es tiempo de Pasión...

¹ De entre tantas dolorosas, aunque providenciales peripecias a las que estuvieron sujetos los escritos valtortianos, merece ser recordado aquí el depósito ordenado en 1949 de los *mecanografiados*, preparados por el Padre Migliorini, el cual entonces, cumpliendo el mandato recibido, cargó en brazos con varias pilas incompletas de ellos y, al depositarlos en el archivo, dijo: «Aquí quedarán como en un sepulcro». Así fue, en efecto, si bien, pasados algunos meses, él bajaba al sepulcro mientras los *Autógrafos* eran sacados a la luz.

14/4/46
Domingo de Ramos

Dice Azarías:

«No forma parte de la Santa Misa, aunque sí de la Liturgia, la lectura que precede a la bendición de las Palmas.

Un día, al comienzo de tu instrucción por parte de nuestro Santísimo Señor Jesús, te dijo El: "En las páginas del Libro, en la Historia de mi Pueblo, se encuentran prefigurados, bajo figuras y hechos, los acontecimientos del futuro.

La gente, de ordinario, a las 70 palmeras del oasis de Elím las pone como figura de las palmas de hoy. Mas mi Señor hace que te instruya acerca de la verdadera figura de la Lectura de hoy.

Los israelitas, pasados los tiempos santos de los patriarcas, que podrían parangonarse con tierras fértiles, ricas de todo bien, llegaron a corromperse transformándose en "de-

sierto estéril” en el que sólo escasos oasis y aún más escasas fuentes daban a entender que no todo había muerto y, a modo de llamada de piedad celeste, atraían a los extraviados, si bien de buena voluntad, en torno a los solitarios espíritus de los Justos de Israel. Los Patriarcas, los Jueces y Profetas, los grandes Reyes de Israel, los Macabeos, Judit, Esther, Joel, Tobías, Nehemías, los santos, he aquí las palmeras y las fuentes que brotaron solitarias en medio de la aridez desolada de la conciencia de Israel que, ingrato, se alejaba de su Benefactor olvidando sus beneficios.

Así es como encontró su Tierra Aquél que dio a su Pueblo aquella Tierra ya prometida, cuya espléndida belleza superaba todas las esperanzas de los Patriarcas. Y así la encontró Cristo cuando bajó a cumplir la segunda parte de las grandes promesas hechas a Abraham, esto es: después de haberle dado a él y a sus descendientes la tierra vista en visión y una posteridad más numerosa que las estrellas, la de darle el Mesías nacido del seno de una hija de Abraham para redimir al mundo.

Y Cristo, al pueblo que languidecía en la aridez del desierto, dióle el oasis con doce fuentes y setenta palmeras para que en él encontrase refrigerio, alimento y pudiese acampar en el oasis suministrado por el Salvador.

Don verdadero de Jesús Santísimo fueron los doce apóstoles dejados para perpetuar su magisterio y proporcionar a las almas el agua viva de las palabras divinas y el Alimento contenido en los Sacramentos. Y don verdadero de Jesús Santísimo fueron también los setenta y dos discípulos, coadjutores de los apóstoles, que constituyeron con ellos el núcleo inicial de la Iglesia Apostólica, el Oasis en torno al cual fueron haciéndose cada vez más numerosas las muchedumbres de fieles, el oasis que se ha dilatado fertilizando el suelo y venciendo al desierto hasta conseguir elevar sus gloriosas palmeras por todos los puntos de la Tierra. El oasis que reconforta, el oasis que salva.

Advierte esta verdad en la 1.^a parte de la lectura de este punto del Exodo y nunca imites al pueblo que, entre las fuentes y palmeras de Elím, murmuró contra esta dádiva de nuestro Señor Jesús.

La segunda figura es el Pan del Cielo: El Maná que el hombre no podía siquiera imaginar ni exigir; el maná que el hombre no podía procurarse a sí mismo sino que es el Señor quien lo da liberalmente a sus hijos para que no mueran de hambre; el maná dulce y blanco que se da en su justa medida a *todos* aquellos que quieren nutrirse de él todos los días. Tan sólo el enfrentamiento a los mandatos de Dios y las infracciones de su Ley hacen que este santo Alimento, dador de Vida, se transforme en corrupción; mas no por sí, pues es incorrupto, incorruptor e incorruptible, como Aquél a quien ni la muerte corrompió y que es El mismo, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, tal como era en los días de su vida sobre la Tierra. Ahora bien, sobreviene la corrupción al recibirlo en pecado, ya que es maldito el que se alimenta con las disposiciones de Judas, enemigo de la obediencia y de la justicia.

Reflexionad sobre la palabra de Dios Santísimo: “Y así compruebe Yo si él camina o no según mi Ley”. *En efecto, aquél que, alimentándose de la Sagrada Eucaristía, alimento que no se concede a los propios ángeles sino que el Infinito Amor lo da a los hombres, no se santifica antes sigue cual era o retrocede a peor*, da a entender que no camina según la Ley y que, puesto que ese Alimento no consigue mudarle, lo toma sin duda con el alma obstinada en culpa más o menos grave.

Eucaristía y buena voluntad – Eucaristía: amor de Dios, y buena voluntad: amor del hombre –, juntas ambas, no pueden producir sino santidad. La buena voluntad escombra el terreno de cuanto pudiera hacer improductiva a la Semilla Santísima que germina

con la Vida eterna. La buena voluntad coloca sobre el altar cuanto sirve para consumir el holocausto, es decir, cuanto el fuego eucarístico puede quemar, abrasando al hombre material para encender el espíritu, purificarlo, hacerlo grácil como la llama, con tendencias al Cielo, y subiendo a él con sus resplandores para juntarse al Fuego que le encendió: Fuego con fuego mediante unión de amor.

Mas cuando la buena voluntad falta y hace acto de presencia la desobediencia, esto es, el estado de pecado, ¿qué es lo que puede hacer la Eucaristía? Nada más de cuanto podía el Maná recogido de forma contraria a la ordenada por Dios. Queda inerte como acción propia y viene a resultar nociva, como efecto, en quien la recibe. Y no me refiero aquí a los verdaderos sacrílegos sino más bien a los tibios y soberbios que, por costumbre, se alimentan de ella como diciendo: “Los que cumplimos con esta costumbre somos quienes tributamos este honor a Dios”.

“El sexto día deben disponer lo que llevaron, o sea, el doble de lo que solían recoger en cada uno de los días”. ¡Qué gran consejo eucarístico!

El sexto día, esto es, la víspera del día del Señor —y cada uno de los días de Mesa Eucarística es día del Señor para el alma—, las almas deben preparar lo que habitualmente tienen: el fervor, el arrepentimiento y los propósitos, para marchar dignamente y con provecho a recibir el Pan del Cielo. Dichosos aquéllos que así lo hacen y dichosos igualmente aquéllos para quienes todos los días son víspera del día del Señor y cuya vida discurre en una constante preparación del encuentro admirable, santificante y vital. Llegados a la vigilia del gran día de su reposo: la muerte en gracia de Dios, sentirán en su agonia el consuelo de estas palabras pronunciadas por los sacerdotes de Dios y dictadas por su propio corazón y por el Angel de su Guarda: “En esta tarde (la muerte es la tarde), conoceréis vosotros que el Señor es Aquél que os sacó de la tierra de Egipto (es decir: de la vida terrena que es destierro y dolor). Y mañana muy temprano (esto es: superada la muerte) contemplaréis la gloria del Señor”, o sea, el Cielo, vuestra morada de santos, para siempre.

Esto es lo que te debe sugerir la lectura de la Bendición de los Ramos. Y ahora meditemos la Santa Misa.

Eleva tus súplicas con tu verdadero y perfecto Maestro. Verdaderamente tú has sido fundida como metal licuado por el calor en el molde de El, de El en su Pasión, habiendo tomado su forma. Tu humanidad se ha desleído por el calor de la caridad, tu espíritu se ha reblandecido para poder ser remodelado y, por momentos, se va imprimiendo en ti la marca de tu amado Jesús en su Pasión. Sus deseos son los tuyos, tuyos son también sus dolores, sus abandonos, sus amargas experiencias de lo que son los hombres y sus desolaciones al verse tan incomprendido, rechazado y despreciado. Y, por último, tuyos son asimismo sus gemidos y sus plegarias al Padre.

Semana Santa, semana dolorosa, si bien hay que señalar que las perlas más bellas se te han dado siempre en esta semana que es la más perfecta de entre sus muchas semanas de Hombre —ni semana alguna de entre las 1.737 que le vieron en el mundo¹ puede equipararse a esta su última de Hombre sujeto al dolor—, debiéndosela tú agradecer como la prueba más hermosa de su amor. No te preguntes: “¿Qué nueva tortura me ha de traer ésta? ¿Qué cáliz tendré que beber del Jueves al Viernes? ¿Qué agonía? ¿Qué muerte? ¿Qué desconsuelo? ¿Qué traición?”.

No te lo preguntes sino abandónate a tu Padre. Una hora es la que se te ha de ahorrar: la del abandono de Dios. La viviste ya cuando fue necesario para socorrer a las almas en trance de desesperación y así devolverles el Cielo y llevarlas al Cielo, pues *no se vive dos veces aquella tortura*.

Por eso el Padre Eterno y Santo ya no rechazará a su pequeña "voz" y así puedes gritarle, segura de ser escuchada: "¡Señor, no alejes de mí tu auxilio, acude en mi defensa, librame de la boca del león y de los cuernos del búfalo a mí que soy tan débil!"

Una plegaria te ha escuchado ya en estos días; mas insiste en ella puesto que aún hay mucho que hacer en aquella alma². Y mucho más aún hay que hacer contigo que realmente ves abierta sobre ti la boca horrenda que querría devorarte como portavoz y ves apuntarte amenazadores los cuernos del búfalo diabólico que querría derribarte para terminar con la obra de Dios. Y tampoco te ves defendida por quien, como prójimo, como fiel y como instrumento, tiene el deber de hacerlo.

Hasta en esto conoces la lección de tu Maestro: la fuga de los apóstoles y de los amigos al encrespase la tempestad contra el Inocente, el pensamiento egoísta del hombre en todos los casos semejantes a éste: "Una por una, que me salve yo" y, de este modo, abandonar sin heroísmo e injustamente al inerme en manos de sus acusadores.

Mas Dios, por más que parezca ausente, está presente. Y así Dios juzga y calibra. Dios defiende y, lo repito una vez más, jamás la injusticia humana podrá incidir sobre la Justicia divina.

"¡Dios mío, vuélvete a mí! ¿Por qué me has abandonado?" . Sí, éste es el grito del alma en sus horas de tinieblas. Mas esto no lo condena Dios, no es ofensivo para El ni expresa desesperación. De otra suerte no lo habría gritado el Verbo Santísimo en el Getsemaní y en la Cruz. En su lamento, que a los superficiales pudiera parecerles un reproche contra Dios, hay fe. Fe en su ayuda, en su presencia y en su justicia, por más que las fuerzas del mal, triunfantes por breve tiempo, parezcan negarlo todo e induzcan al alma con ello a hacerle temblar ante el Juez Perfecto cual si fuera culpable. Son las fuerzas del mal que lanzan su anatema sobre los inocentes acusándoles de delitos a fin de abatirlos hasta en el espíritu y "alejarlos de la salvación".

¡Oh alma mía!, víctima expiatoria y redentora de los pecados de los hombres, víctima que se ofrece para continuar la obra redentora de Jesús, por más que te vieses cargada de pecados y de acusaciones de pecados, como lo estuvo Cristo en aquellas horas tremendas, piensa que todo *ese peso es externo y exterior el ropaje*. No hay culpa en el espíritu ni lepra sobre él, como tampoco el vestido se encuentra manchado, cosas todas ellas que harían que se te lanzara del convite de Dios. Ahora bien, sobre ese espíritu aparecen tan sólo las gloriosas heridas del alma víctima, y tales heridas son ornamento que no desdoro. El apóstol angélico ya especificó quiénes son los que están delante del trono de Dios y del Cordero: "Son los que vienen de la *gran tribulación* y lavaron y blanquearon sus vestidos en la sangre del Cordero".

Esos vestidos blanqueados con el Dolor de los dolores, con la Víctima de las víctimas y con la gran tribulación de los fieles verdaderos, de las "víctimas" y de los martirizados por ser corrededores, se hallan adornados con las perlas de vuestros padecimientos e incluso, con la de las acusaciones injustas.

No temas alma mía, ni te lamentes si te humillan y crucifican. Lo dice la Oración: por humillarse revistiéndose de carne mortal y someterse a la muerte de cruz, el Verbo Santísimo se hizo Salvador. Tú, pequeña voz, hostia voluntaria, únete e incluso, supera la súplica de la Oración y trata, no sólo de merecer la acogida de las enseñanzas y frutos del sacrificio vital y mortal de Cristo, sino también de ser como El y con El humillada y crucificada para salvar gran número de almas.

Salvar es más importante que ser salvado, pues presupone la afirmación de que el pequeño salvador es ya un salvado, ya que sólo donde vive Dios con la plenitud de sus gra-

cias se da la virtud heroica; y es virtud heroica el amor a la cruz, al dolor y al holocausto por amor de aquel amor grande que tiene “aquél que da su vida por los hermanos”. Y porque salvar quiere decir ser “otro Cristo”. Por la Paciencia llegarás a la Gloria y a la resurrección en el Cielo, en Dios, para siempre, tras la muerte que es la vida sobre la Tierra.

Vamos a leer a Pablo: “Tened en vosotros los mismos sentimientos de Jesucristo”. He aquí el modelo. No dice Pablo: de éste o aquél santo sino que os dice: *de Jesucristo*.

Dijo Cristo: “Sed perfectos como mi Padre que está en los Cielos”.

Es obvio, aún por humana y recta reflexión, que, por más que Cristo no hubiese sido sino un gran Profeta, se habría esforzado como ninguno poniendo en práctica lo que enseñaba para alcanzar la perfección de su Padre. Y, en verdad, Jesús es el espejo de la Perfección celeste del Dios triforme. No hubo en Él, durante los treinta y tres años de vida, ni una sola imperfección, tanto es así que la Verdad, viviente en forma mortal, pudo decir: “¿Quién de vosotros me puede convencer de pecado?”; y, próximo a morir, en esa hora en la que ningún hombre miente sino sólo el que es siervo de la Mentira, repitió ante el Pontífice: “Yo he hablado delante de todos y nada he dicho en secreto. ¿A qué me interrogas? Interroga sobre lo que he dicho a los que me han oído”.

¡Oh, dichosos aquéllos que, sin ruborizarse, pueden repetir a sus acusadores estas mismas palabras, seguros de no haber hecho nada reprobable! ¡Dichosos! ¡Dichosísimos! *Muertos, pero no desmentidos por los hechos, suben ellos a Dios ya coronados*. Y si con el tiempo mudan los hombres su juicio sobre los condenados un día por ellos, no son ya ellos los que desde la tenebrosa Tierra alzan la corona para colocarla sobre la cabeza del bienaventurado sino que es la corona la que desciende y con su resplandor, que no es de la Tierra, habla y hace temblar a aquéllos que alzaron su mano y abrieron su boca contra aquél a quien Dios amaba y amaba a Dios y le servía con perfecto servicio.

“Tened en vosotros los sentimientos de Cristo Jesús, el cual, existiendo en la forma de Dios, no consideró por rapiña ésta su igualdad”.

Jesús, por el hecho de haber nacido de María, no era menos Dios que lo fuese como Verbo en el Cielo. La Carne no anuló en Cristo a la Divinidad. Verdadero Dios y verdadero Hombre, tuvo en Sí, no una sino dos perfecciones: la de la Naturaleza Divina, oculta, pero no disminuida por la Carne, y la de la Naturaleza humana, superpuesta y superperfeccionada por aquélla que era la de Adán, porque al don de una naturaleza humana perfecta, don de Dios gratuitamente otorgado a Adán, unió la voluntad capaz de superperfeccionar la Naturaleza humana. El Primogénito de entre los muertos quiso redimir al hombre decaído, no sólo con la Sangre sino también llevando la Humanidad, un día perfecta y después decaída, a una superfección tal que el Infierno y los blasfemadores de la Verdad quedasen vencidos y confusos.

Inclinad vuestra frente, hombres que pretendéis explicar lo inexplicable con la pobre ciencia creada por vosotros, hueca y despojada de luces y directrices sobrenaturales. Anonadaos, vosotros, que no sabéis sino descubrir el Error, sobre todo el Nocivo. Estáis vencidos. Jesucristo-Hombre, con el fulgor de su Humanidad, desbarata vuestros axiomas, anula vuestros cálculos y os hace ver lo que sois: dioses desatinados y soberbios que ponéis medidas a Dios, si es que lo admitís, conforme a vuestra pequeñez y, si no lo admitís, deliráis con imposibles autocreaciones de la materia y con envilecedoras e inverosímiles descendencias.

Jesucristo es Hombre y no un filósofo ni un insensato fundador de religiones sacrilegas que pueda crear un superhombre superior al Hombre no nacido por obra de querer carnal sino por Querer Divino.

Y este Hombre Perfecto en el que estaba la Plenitud de la Divinidad y de la Humanidad, no retuvo para Sí el que, en virtud de la primera, pudiese abusar de su omnipotencia a favor de la segunda, “sino que se aniquiló a Sí mismo tomando forma de siervo y, asemejándose a los hombres, apareció como un simple hombre y se humilló a Sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz”.

He aquí, caras voces y queridas víctimas, a donde debéis llegar para que con mayor fuerza brille Dios en vosotras. El honor comporta gravámenes. El ser instrumentos extraordinarios no debe haceros orgullosas ni despertar en vosotras pretensiones de beneficios materiales, inmunidad en el dolor y carencia de ofensas, calumnias, acusaciones injustas, desprecios, abandonos, todo aquello, en fin, que padeció Jesús, el Hombre-Dios. Así pues, recapacitando debidamente antes de resarcir con toda clase de sacrificios los dones extraordinarios que Dios os concede y la aceptación de vuestro sacrificio — puesto que no cabe honor más grande que el de ser juzgadas dignas de ser “hostias”—, debéis perfeccionaros en la humildad y en la obediencia, en la obediencia heroica hasta la muerte y muerte de cruz.

Mas escuchad lo que en último término dice Pablo: “Por esto, en cambio, Dios ciertamente lo exaltó y le dio un Nombre que está sobre todo otro nombre y tal que al nombre de Jesús ha de doblarse toda rodilla en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno, debiendo toda lengua confesar que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre”.

Guardando las debidas proporciones, ¡oh!, no temáis, queridas almas víctimas y voces, pues Dios os dará un nombre que está por encima del que os dieron los hombres, un nombre que ya está escrito en el Cielo. Y día vendrá en que, por un espacio de tiempo al menos, las rodillas de los hombres que no merecieron estar a la derecha del Señor y Juez, habrán de doblarse ante los triunfadores y vuestro nombre les será dado a conocer; con lo que más de uno de aquellos que, con juicio errado, os juzgaron, empalidecerá ante la verdad. Se postrarán, no para tributaros espontáneo honor, sino abatidos por los fulgores que de Cristo Juez se proyectarán sobre sus santos, formando un deslumbrante mar de luz, todo él escrito con palabras de Verdad, con nombres de verdad. Y la Verdad separará para siempre a los ciegos voluntarios de los regocijados videntes y la Luz se estabilizará en la gloria con sus elegidos mientras que las Tinieblas engullirán a las tinieblas y allá, en el Abismo, será el alarido de angustia y el reconocimiento desesperado de quienes no supieron conocer a Dios, reconocerle en sus siervos ni en las obras de éstos: reverbero del Nombre de Jesús escrito sobre la frente de los santos, de los que ninguno será desconocido. ¡El Nombre de Cristo grabado ciento cuarenta y cuatro mil veces sobre la frente de los santos! ¡Y dardos de luz lanzados para fulminar a los ciento cuarenta y cuatro mil veces culpables que negaron a Dios en sus criaturas predilectas a las que torturaron con sus negaciones.

Merece, alma querida, sufrir la Cruz para aquella hora. Pon tu diestra en la mano del Cordero que sube a su Calvario y déjate conducir a su beneplácito a fin de que después seas conducida con honor a donde los marcados con el Nombre de Jesús aguardan la hora de la revista triunfal.

¡Cuán bueno es el Señor con los rectos de corazón! ¡Qué bueno! Pero vela y vigila para que tus pasos no salgan del camino y no murmure tu corazón contra la justicia viendo el triunfo momentáneo de los pecadores.

También Cristo lo vio y lloró gritando: “Yo me dirijo a Ti clamando y no me escuchas. Pues bien, soy yo ahora gusano que no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe.

Todos cuantos me ven se mofan de mí, murmuran entre dientes y mueven la cabeza diciendo: ¡Pues esperó en el Señor, que le libre y le salve ya que tanto le quiere! Y, tras haberse burlado de mí, me despojan y se reparten mis pertenencias echando-suertes sobre mi Verdad cual si fuese objeto de una apuesta...!”.

¡Oh pudor santo de Cristo, no sólo por el velo de la Carne que quedó sin él sino más bien por la Verdad menoscabada despreciada y alterada para presentarla como ridícula y sacrílega cual si fuese obra de un loco o de un demonio!

Esto constituye vuestra tortura, instrumentos extraordinarios crucificados. ¡Esta es vuestra tortura! Miráis si hay quien tenga respeto y compasión y no dáis con hombre alguno que os consuele. Demandáis caridad y os corresponden con hiel. Suplicáis el refrigerio de una palabra fraterna, de una comprensión santa y os suministran vinagre para agudizar el dolor de vuestras heridas.

Póstrate y ruega con tu Custodio: “¡Padre, si no es posible que se aleje de mí este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu Voluntad!” *Esta es la gran palabra que muchos, que son severos con sus hermanos, no la saben decir por su parte. Mas dila tú a fin de inclinar al Señor a que dé cumplimiento a tus justos deseos.*

¡Bendigamos al Señor!

“Demos gracias a Dios”.

“Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”».

¹ Según este cómputo, Jesús habría peregrinado sobre la Tierra por espacio de 33 años (1.716 semanas) más 21 semanas (en total: 1.737 semanas).

² La publicación del *Epistolario* de María Valtorta podrá aclarar ésta y parecidas alusiones.

21/4 *Pascua de Resurrección*

Dice Azarías:

«Mi Señor me ordena que te transmita estas palabras: “Las palabras del Introito que figuran en la liturgia, cual si Yo se las dijese a mi Padre, te las dirijo a ti para tu consuelo. Cree en mi Palabra. Yo he resucitado y *estoy a la sazón contigo*”.

Tener al Señor consigo es certeza de ayuda, de paz y de no haber desmerecido. Consérvate en esta unión y no temas.

Hace ya más de dos meses que en nuestras Santas Misas te vengo diciendo: “No temas”. Y un ángel no pronuncia vanas lisonjas sino que dice lo que es verdad. Así pues, en el Nombre de Dios, yo, tu custodio, te aseguro que no tienes por qué temer, pues Jesús Santísimo está contigo, su Mano traspasada la tiene sobre ti para defenderte y El, El: la Sabiduría Encarnada, te instruye y te habla con una sabiduría maravillosa que supera todas las sabidurías.

Para conservar estos dones, nada tienes tú que hacer sino conservarte de suerte que puedas siempre decir con verdad ante Aquél a quien no se le puede engañar: “Tú me es-

crutas, Señor, y me conoces. Que esté sentado o de pie, Tú ya lo sabes. Tú sabes, ¡oh Dios omnividente!, si yo me siento, es decir, si me dejo invadir por la desidia espiritual o si me levanto tal vez para dar batalla continua a las fuerzas del Mal que querrian borrarte a Ti en mí y apagar la luz que de Ti me viene para convertirme en 'tinieblas'. Tú conoces la verdad de mis actos y de mis sufrimientos y en nombre y como recuerdo de todas las veces que tu Verbo encarnado fue mal juzgado por haber sido mal conocido, te ruego que me sostengas y me defiendas en los desconuelos que me ocasionan los hombres obtusos que olvidan el 'No juzguéis' que enseñó el Verbo y juzgan hasta de lo que ignoran".

Es el destino de aquéllos que son los "segregados" según la expresión paulina: el de no ser comprendidos. De esto ya te ha hablado desde hace mucho tiempo mi Señor y, por reverencia, no repito sus lecciones. Mas tú las puedes leer para así comprender y compadecer la incapacidad de los hombres en entender a los segregados por Dios. En el Cielo, donde ya no habrá diferencias, pues toda la inteligencia, toda la sabiduría, toda la justicia y toda la caridad se darán en igual medida con idéntica posesión de Dios, se entenderán tanto los que no se vieron comprendidos por seguir una vía extraordinaria, como aquéllos que llegaron al mismo Reino Santo de Dios recorriendo una vía ordinaria.

Por ahora existe y persiste la incapacidad de entenderse, como existió para Cristo con sus contemporáneos y como existió igualmente entre los primeros apóstoles y discípulos por más que les uniera un mismo fin y tendieran a una misma meta. Los Hechos hablan al respecto. Con todo, se amaban; se amaban en un único Cristo cuya gloria promovían. Mas eran grandes espíritus en cuerpos humanos y, por tanto, sujetos aún a las reacciones y miserias del hombre, de este hombre que no muere jamás del todo y que, aún en los más santos, se desatan sobrevientos impensados. Y aquí está la clave de tantas explicaciones dadas a aquellas disensiones e incompatibilidades que, aun permaneciendo en la superficie del bloque magnífico, base de la Iglesia Apostólica, lo rayaron, dando pie a sus enemigos para criticarla y tratar de rebajarla.

Pero el hombre es siempre hombre. Y Dios, hasta en los mejores y bienamados, con el fin de espolearlos a una virtud cada vez más heroica, permite que persistan partículas de humanidad provocadoras de reacciones irreprehensibles a sus Ojos, si bien aptas a procurarles de parte del mundo imperfectísimo, que se tiene por más perfecto que los siervos de Dios, críticas, censuras, burlas, ofensas y juicios malévolos. Estas partículas no impiden el designio de Dios y del alma de tender a la perfección y de arribar a ella, antes ayudan manteniendo al alma baja y podada de la rama ponzoñosa, la más ponzoñosa, salida del árbol maligno de Lucifer, de la soberbia.

La unión de los infinitos méritos de Jesús con la buena voluntad del hombre y con la humildad que vuestras propias debilidades e imperfecciones alimentan, hace que, por la Gracia, inspiradora de santos deseos, y por la Muerte y Resurrección gloriosa del Hijo Unigénito de Dios, podáis ver cumplidas las aspiraciones que Dios puso en vuestro corazón y, por las puertas de la eternidad, de nuevo abiertas por la Víctima inmolada y por el Triunfador eterno, consigáis arribar al Reino feliz que no conoce término.

Mas para ello es preciso, como dice Pablo, "hacer desaparecer el viejo fermento". El fermento de las pasiones se renueva con mayor prontitud que el que produce la levadura en la harina que el ama de casa deslíe teñiéndola al calor. El alma voluntariosa lo aparta de continuo volviéndolo siempre a encontrar. El mundo, los acontecimientos, las desilusiones, las constataciones, los gozos, las penas, todo contribuye a poner en el alma un fermento de malicia, de impureza, de mentira y de rebelión. No, no, almas queridas, uno sólo es el fermento que debe hacer en vosotras: el santo, puro y verdadero de la Palabra

de Dios, del Amor de Dios. Porque la Palabra es Amor. La Palabra se inmoló igualmente para poder instruiros ahora. También para esto. Y así la Palabra se inmoló haciéndose Hombre a fin de poder hablar a los hombres y suministrarles la Palabra verdadera haciendo fermentar el verdadero conocimiento de la Ley que es Amor, en lugar de la levadura ácida, impura, astuta y malvada que a la sazón había, vieja y nociva, entre los hijos de Dios.

La Palabra se inmoló, haciéndose Víctima, para traer al Paráclito, Levadura de Amor, por el cual todas las partículas de la harina del Trigo-Jesús, sus innumerables palabras, se hincharon fermentando en las inteligencias humanas en pureza, verdad, sabiduría, comprensión y santidad.

Mas si la levadura buena viene a mezclarse con la vieja y deteriorada, no mejora ésta sino que, por el contrario, se corrompe la buena y, por ello, de nada sirve haber recibido la Levadura santa que procede de Dios. Por lo que es preciso hacer desaparecer todas las partículas de la levadura mala y hacerse puros, nuevos como niños recién nacidos y hacerlo de continuo para impedir la obra de Satanás y de la carne, y hacerlo con vigilancia asidua, sin pusilanimidades y sin pereza ni presunciones. Hacer, hacer y hacer, puesto que, mientras el hombre está sobre la tierra, Satanás y el mundo no dejan de hacer; y recibir siempre de nuevo en el corazón limpio la Levadura santa y así podáis ser siempre pasta nueva, sin mohos ni corrupciones, modelada según la forma de Dios y digna de El.

Este día, como todo lo que existe, fue hecho por Dios, si bien éste es ciertamente un día perfecto, día que aventaja a cualquier otro día creativo porque en él resplandecen, en todo su poder, la Potencia y Misericordia divinas y eternas.

Sólo un Dios podía forzar a la Misericordia a hacerse víctima por los pecadores y sólo un Dios podía resucitar por sí mismo para acreditar ser verdadero Dios, como con la muerte había acreditado ser verdadero Hombre, expresando con ello que la Vida, es decir, Dios, es más poderoso que la muerte: Satanás; que el Autor del Todo no puede ser muerto por una parte y que Dios, Autor del Todo, no pudo ser muerto por el hombre ni quedar muerto. Porque, si bien es cierto que por amor al hombre gustó la ceniza amarga de la muerte, lo es asimismo que venció a la muerte, y para siempre, y que todas las fuerzas del Mal, así se llamen Satanás o pequeños satanases, jamás podrán dar muerte al Viviente.

María, pequeña María de Jesús, también tú, al igual que la gran María de Lázaro, "has visto", según reza la secuencia pascual, "el sepulcro de Cristo viviente y su gloria de resucitado, lo mismo que a los ángeles testigos, el sudario y los vestidos". Por este don, sean para ti dulces todas las penas que de todos te vengan y *hasta, incluso, de Dios*. Y que cuantos dones se te conceden te sirvan para conseguir el Cielo, no imitando a quienes del don que gratuitamente se les concede, hacen uso de él con soberbia, desobediencia e imprudencia, creyéndose ya seguros por ser beneficiarios sin pensar que *el don es prueba y que, como se da, se puede quitar, pudiendo igualmente – si el mismo, en vez de producir amor a la verdad, a la obediencia y a la justicia, hace fermentar la mentira, la soberbia y la desobediencia – ser privado de la inmediata posesión del premio eterno o si la ingratitud del beneficiado llega a ser grave, verse excluido para siempre de la posesión del premio que es Dios mismo*.

Los judíos, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos contaron con tiempo sobrado para reconocer sus yerros y beneficiarse del Don infinito del Verbo hecho Hombre otorgado a Israel, hasta el momento en que la Justicia dijo: "¡Basta!". Después,

cuando, ni las señales de los elementos, ni el cumplimiento de las profecías; cuando, ni el nuevo sobresalto de la Creación al tornar la respiración al Cuerpo exánime lograron doblegar ante la Verdad las mentes soberbias de Israel; después fue Dios el que se levantó para hacer justicia.

Y justicia fue, paciente justicia, la clara separación entre machos cabríos y cabritos, o sea, entre los que *abiertamente* rechazaron el don y aquéllos que, como Gamaliel y otros que, después de expirar Cristo, fueron golpeándose el pecho y diciendo: “¡Hemos pecado! ¡El era lo que decía ser! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!”. Si bien no eran todavía corderos, pero sí estaban ya predispuestos a serlo, fueron separados justamente con divina justicia de los indómitos e infernales cabrones que del don de Dios hicieron su ruina.

Y de entre aquéllos que, de cabritos supieron cambiarse a corderos, y a los que la Misericordia concedió el perdón por su arrepentimiento, ¡cuántos hay entre los santos que, con la Virgen Madre, con los apóstoles y mártires son enumerados en el Prefacio y recordados e invocados hoy para que ayuden a los que viven en la Tierra a llegar a ser los “*vivientes*” del Cielo, uniéndose a sus oraciones y ofrendas a fin de que sus días de creyentes discurren en la paz espiritual y no sean castigados con la condenación eterna, antes contados en la grey de los elegidos!

¡También éstos que eran cabritos llegaron a conquistar el Reino! Porque todo lo puede Dios sólo con que el hombre ponga de su parte la buena voluntad.

No temáis, por tanto, vosotras, voces carísimas, y no hagáis caso de las insinuaciones del mundo que, con harta frecuencia, se cree docto sólo porque tiene su cabeza atiborrada de teorías y se pregunta: “¿Cómo va a ser posible que una nada llegue a ser *algo* cuando nosotros no logramos serlo?”. •

Esta razón, formada toda ella con la soberbia del yo, es ya una respuesta a esta pregunta. Y responde así por sí misma: “Sí, es posible que así sea; en primer lugar *porque para Dios todo es lícito y posible, y, en segundo lugar, porque, precisamente Dios, para confundir a los soberbios, escoge las nulidades haciendo de ellas lo que quiere.*

La Llena de Gracia expresó ya esta verdad: “Abatió a los poderosos y exaltó a los humildes”.

Y peca de soberbia aquél que querría poner límites a Dios o sugerirle lo que ha de hacer. No soberbia sino caridad es lo que debe haber en vosotros, jueces, lo mismo que en vosotros, juzgados. Porque quien pierde la caridad pierde a Dios. Nada de humanidad de pensamiento sino fe en el poder del Señor. Nada de soberbia sino abdicación del propio juicio en el Juicio perfecto. Caridad en aceptar, caridad en examinar y caridad en soportar. Caridad a fin de no acrecentar el peso que gravita sobre aquéllos que soportan el peso de un don extraordinario capaz de asustarles y atemorizarles con la posibilidad de conocer la muerte de su espíritu a resultas de aquel don. Caridad pensando que quien llama “raca” a su hermano, peca!; y, ante la mirada humana, aparecen con frecuencia por necios y endemoniados aquéllos que únicamente son los “segregados” para el servicio de Dios. Y caridad, por último, pensando en que la condena que dáis a falta de justas pruebas, sería contraria a vosotros en el caso de que os fuese dada.

Y a vosotras, voces crucificadas, os digo: ¡Caridad! Caridad en perdonar a quien habla sin saber lo que dice; a quien juzga careciendo de derecho para ello y, por tanto, sin luz espiritual, lo mismo que a quien os aflige de mil modos. Caridad y silencio. Recluidos dentro de vuestro corazón, como los Apóstoles en el Cenáculo, aumentad vuestra fe. No reneguéis del don por miedo a los hombres, pues váis a tener al Paráclito, que ya se anun-

cia, para ayudaros a convertir a los soberbios y a replicar a quienes os persiguen. El, Jesús, ya lo dijo antes de marchar a la muerte y os lo repite ahora que ha salido de ella. El lo hará porque Jesús, al ser Dios, no miente.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

¹ Cfr. Mateo 5, 21-26. *Raca* proviene del arameo y significa, según los entendidos: *cabeza hueca, sin seso*.

28/4/46
Dominica in Albis

Dice Azarías:

«Apliquemos la cándida frase del gran Apóstol Pedro al gozoso pensamiento de la inocente que hoy se regenera con el Santo Bautismo¹ y, cesando de ser una nacida de hombre que vive de la leche que se le suministra para nutrir su cuerpecito, pasa a otro alimento más perfecto: el del espíritu y succiona de los inexhaustos pechos de los méritos de Cristo su primera mamada que regenera en ella la Vida del alma mediante la Gracia infundida por el Sacramento.

¡Su primera mamada!, esto es lo que le basta en su inocencia para nutrirla y hacerla de Dios; y, posteriormente, con el uso de la razón que, precozmente, le impetraremos del Cielo para que, cuanto antes, pueda tener en sí y gustar de las tres virtudes teologales y alcance con maravillosa solicitud la edad perfecta en Cristo y apetezca cada vez más la leche espiritual creciendo con ella en robustez.

Ahora bien, “niños” no son tan sólo los recién nacidos de un seno de mujer sino que también lo son los nacidos poco ha a la vida de la Gracia; por lo que, en tu familia, alejada pero querida –querida por lo que te costó de plegarias y sacrificios–, más de uno es “niño espiritual” al que se le aplica el pezón divino para que crezca solícito en Cristo durante el tiempo que le resta de vida en el mundo.

Por eso el comienzo de la Santa Misa de la Dominica in Albis les puede ser dedicado a ellos a fin de que gusten de nuevo un sorbo de Sabiduría sobrenatural que es siempre un don de infinito valor, dador de una Vida que no conoce muerte.

Apeteced, vosotros², a quienes la bondad del Señor os acercó al caño del que fluye su Palabra – y si os acercó fue por su infinita Misericordia y por un fin providente y providencial, porque fuísteis Suyos³, y para que fuésteis voces exentas de toda prevención y de toda otra formación precedente que pudiera hablar y así fuesen corazones que mostraran lo que Dios es capaz de obrar en los corazones y pruebas indubitables de la veracidad de la “portavoz”, proclamando de palabra y con los hechos que María es “voz” sincera y “voz” de gracia – apeteced, vosotros que habéis gozado de este don, nutriros del pezón que derrama sobre los hambrientos que a él se pegan, los méritos santificantes de Cristo, los ríos corroborantes de la Gracia y las luces de la Sabiduría. Siempre más católicos para ser cada vez más justos.

Vosotros podéis y debéis proclamar, conocedores como sois de las tinieblas y de las voces de la luz⁴, que los frutos de estas dos voces opuestas son muy distintos y diferentes los estados de alma que tales voces crean. Vosotros podéis sentar la conclusión de que únicamente la voz luminosa, al proceder de la Luz, es la que os hizo hijos de la Luz y amigos de Jesús Santísimo que os demuestra su amor obrando sobre vosotros milagros de protección. Vosotros lo podéis decir. Satanás no sirve a Dios rescatando para El a quienes caminaban por la senda del error. Únicamente Dios y sus siervos sirven a Dios llevando a la Luz y al Camino que termina en el Cielo a las almas que caminaban entre tinieblas y fuera del sendero.

Dios, que si os quiso fue por María, ya que, al igual de muchos curados milagrosamente del Evangelio, podéis decir vosotros a los negadores, a los dubitantes o a los denegadores del milagro qué es vuestra pariente — una “nada” de la que Dios se sirve porque se complace en las miserias para asombrar y humillar a los soberbios— porque vosotros podéis decir: “Quien sea El, no lo sé. Tan sólo sé que era un desgraciado y El me ha curado en el alma y en el cuerpo”. Y, sobre todo, podéis decir la frase luminosa del ciego de nacimiento dirigida a aquellos que le echaron en cara el haber recobrado la vista por obra de un réprobo: “Que sea un pecador, no lo sé; esto sí que sé: que estaba ciego y ahora veo... Desde que el mundo es mundo jamás se ha oído que ninguno haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste que me ha curado no fuese Dios, no habría podido hacerlo”⁵.

Sí, de suerte idéntica podéis responder vosotros a quien insinúa dudas acerca de la portavoz: “Lo que ella sea, no lo sabemos. Únicamente sabemos que ella ha curado nuestro espíritu. Desde que el mundo es mundo jamás se ha oído decir que el demonio haya abierto los ojos a la Luz Divina de quien estaba en pecado. Si ésta que nos ha sanado no fuese instrumento de Dios, sus páginas no nos habrían podido convertir”⁶.

Y ahora, teniendo estrechados con mi abrazo de amor el alma que custodio, la pequeña cristiana, sus padres y todas las almas que anhelan crecer espiritualmente, paso a amaestraros en el espíritu de las palabras litúrgicas. Y estadme bien atentas, queridas voces, ya que, por vuestras misiones, tenéis gran necesidad de estar supernutridas de sabiduría.

¿Cómo recibir la leche espiritual para que sea beneficiosa al espíritu? El apóstol lo dice: “Como niños recién nacidos”. O sea: Sin malicia de ningún género. Sin malicia de compromiso entre lo Alto y lo Bajo, entre el espíritu y la carne, entre lo lícito y lo ilícito; y sin malicia de pensamiento, de actos, de apetitos y de esperanzas.

Debéis purificaros de toda clase de cálculos; desear éste como único alimento, no obstruyendo previamente al espíritu con otros alimentos pesados y nocivos, y si vuestro espíritu se encuentra obstruido por ellos, desembarazarlo, rechazando los alimentos estimulantes, pesados y ácidos, la sensualidad de todo tipo y las mil formas de egoísmo. Debéis desear este alimento por creerlo vital e interiormente operante. Por eso no habéis de acercaros a él, que se distribuye principalmente en las casas de oración y con ocasión de funciones y predicaciones, administración de Sacramentos y demás, sólo porque os vean y así decir: “Practicando de esta suerte tendremos una muerte feliz”.

¡Oh!, no es frecuentando los lugares de oración cómo el hombre se santifica sino con toda la vida. Vosotros llamáis impropriamente “practicar” a lo que tan sólo es “frecuentar”. Frecuenta quien marcha corrientemente a un lugar, y practica el que pone por obra lo que en aquél lugar se le enseñó o aprendió. Mas ¡cuántos escribas y fariseos ven los ángeles desde el altar entre los que van una o más veces al día a los lugares de oración! ¡Cuántos!

Es preciso poner en práctica las enseñanzas y hacer que éstas y los Sacramentos fructifiquen, no por ser alabados en la Tierra y ocupar un buen puesto en el Cielo sino por el superespiritual deseo de honrar de este modo al Señor y de no gozar imperfectamente del alimento que El suministra a vuestro espíritu. Es entonces cuando, verdaderamente, con la sinceridad, humildad y caridad de vuestras intenciones, la leche espiritual, que es sinceridad, puede obrar en vosotros haciéndoos crecer en robustez.

Cualquiera meneará la cabeza diciendo: “El que es asiduo a las prácticas de piedad no puede pecar”.

¡Oh, las fornicaciones de la falsa piedad son más numerosas de lo que se cree! Muchas almas, parecidas a muchos cónyuges libidinosos, hacen una doble vida, cesando una de ellas en el dintel de la iglesia. Una vez fuera de ella, marchan a los amores adúlteros con la carne, el egoísmo y las concupiscencias. Después de alimentarse con el Bondadoso, son crueles con sus hermanos; tras purificarse con la Sangre caritativa derramada por todos, son anticaritativos mostrando sus egoísmos feroces; y, habiéndose instruido con la Palabra, realizan actos contrarios a las enseñanzas de la misma. Y ¿no cabe llamarles adúlteros a estos tales? ¿No se les puede llamar embusteros? Cuando menos: mariposas distraídas o bien ociosos y zumbadores moscones que pierden el tiempo en curiosidades infructuosas y en vagabundeos de sensualidad espiritual; mientras que el verdadero amador de la leche espiritual permanece unido a este alimento no queriendo cosa que le distraiga de él, antes va en su busca y, cual abeja laboriosa, produce después dulces jugos con el mismo.

Y vosotros, verdaderos niños del Señor Santísimo, “cantad con gozo a Dios, vuestro protector; alzad vuestro grito de júbilo al Dios de Jacob”, al Dios vuestro que de Sí os nutre. ¡Aleluya! Y pedidle que “os conceda conservar con su Gracia en la vida y en las obras los frutos de las fiestas pascales”, puesto que, si no los conserváis, sería en vano haber succionado la leche espiritual que no vendría a hacerse jugo nutritivo antes elemento nocivo, lo mismo que todo don de Dios que no se sabe hacer fructificar. Rogad al Señor ya que en el mundo no hay hombre alguno que pueda sentirse tan fuerte en su espíritu como para decir: “Yo me basto a mí mismo”. Si tal dijese, harto débil sería, puesto que la carcoma de la maldita soberbia anidaría en él para podrirle el meollo del alma, y la planta, roída en su raíz, por más que estuviese erguida mirando al Cielo, a punto de ser trasplantada arriba, caería al suelo pereciendo en el fango de la sensualidad. Hasta su último aliento tiene el hombre necesidad de Dios y de los Santos para perseverar en las vías de la Luz y de la Justicia.

Y ahora demos lectura a las palabras del Serafín apostólico, de nuestro Hermano Juan, hermano por su pureza sin mácula y su amor perfecto, compañero en el ministerio junto a la Cruz de Cristo, ángel de cuerpo y alma en la teoría de los espíritus que velaron al sublime Mártir y a la sublime Martirizada, compañero en la asistencia a la Reina de los Angeles y de los hombres, “voz” de los latidos del Corazón divino, poseedor de la Caridad y de la Caridad apostólica, el bendito Juan, luz entre las luces del Cielo.

“Todo lo que nace de Dios triunfa del mundo”.

Sí. La duración de lo que procede de Dios es una respuesta a los silogismos, a las dudas, a los excesivos “porqués” de quienes, hasta las cosas del espíritu quieren tratarlas como cosas materiales — y tanto a la Sabiduría como a la ciencia, la primera sobrenatural y la otra humana, las quieren desentrañar con el mismo sistema de razonamiento limitado, porque lo despojan de la luz que hace comprensible y aceptable la primera, esto es, la Sabiduría a la que únicamente la Fe hace comprensible—. Las obras humanas no sobreviven

a los embates de los acontecimientos ni resisten a las erosiones del tiempo. Mas lo que de Dios viene no perece. Toda la Historia divina es una prueba de ello, tanto la anterior a la venida del Verbo como la posterior a tal acontecimiento hasta nuestros días y la que se desarrollará hasta que el fin del mundo ponga la palabra "fin" a la larga descripción histórica de las relaciones de Dios con la Humanidad.

Desde el primer capítulo de esta multimilenaria historia no desaparece ni queda anulada jamás la verdad de que: *el hombre tiene su origen en Dios, que Este le procura la Salvación y le destina al Cielo*. Y cuando el tiempo ya no exista y a esa larga Historia se le ponga la última palabra, los resucitados verán que, por ser cosa de Dios, la estirpe de los santos triunfó sobre el mundo y del mundo, del tiempo y de las insidias humanas y satánicas, gozando de perpetua vida en el Reino eterno creado en el principio para los hijos de Dios, conservado para esos hijos aun después de la culpa, restituido con el Holocausto de Cristo, abierto con su Muerte y donado a los justos para gozo del Padre al dar lo que creó para ellos.

Mas ¿cuál es la victoria triunfadora del mundo? "Es nuestra fe", asegura Juan. En efecto, sin fe en Dios, en su Premio y en la sabiduría de sus Mandamientos, ¿cómo ha de poder el hombre superar a los ángeles en el mérito de las luchas que tiene que sostener para merecer el Premio prometido? ¿No sucumbiría acaso como el soldado que se sabe aislado de sus compañeros, sin arma y sin esperanza y así se entrega a los enemigos vencido más que por ellos por la desesperación?

Mas el creyente sabe; sí, lo sabe. El creyente ve tras el baluarte hosco, cruel, insidioso que le circunda, le mantiene aislado, le hostiga y acomete por todas partes queriéndole persuadir de que todo acaba aquí abajo, que nada hay arriba, que no existe Dios, que no hay premio ni castigo y que lo prudente es gozar de la hora presente; el creyente ve, cual si ya estuviese en el más allá porque la fe le dota de vista sobrenatural, ve que hay Dios, que la Vida es duradera y que existe el premio. Y que así llega a éste por la fe que se lo hace esperar y amar, luchando y venciendo por él a Satanás, al mundo y a la carne.

Y si bien antes de la venida de Jesús Salvador, en los tiempos del rigor y de la ira en los que el hombre no contaba sino con palabras para fundamentar su fe podía resultar difícil creer, tras la venida del Salvador la fe gozó de toda clase de medios para crecer y triunfar. Fe en el perdón de Dios, en la posibilidad de salvación, en la verdad de la Ley y en el Reino de los Cielos. Jesús, con su Divina Palabra, con su Muerte Santísima y con su gloriosa Resurrección, dio testimonio *para todo, sobre todo y con todo*.

La fe, en los corazones no vendidos a las Tinieblas, se agiganta con estos testimonios y comprende que un Dios que se humilla revistiéndose de carne para salvar al hombre, no cabe duda que haya de perdonar y disponga de un premio y de un Reino que dar a los malvados. Se agiganta igualmente la fe con la certeza de una segunda vida inmortal ya que, de otro modo, si todo hubiese de acabar con la existencia, la Encarnación no hubiera sido necesaria. La fe en Cristo, verdadero Hijo de Dios verdadero, se agiganta finalmente con la prueba de su verdadera Humanidad suministrada por la posibilidad de derramar sangre y morir, y con la prueba asimismo de su Divinidad por el testimonio de la voz del Padre, de los milagros y de la Resurrección.

Por eso, quienes tuvieron un corazón deseoso de creer, fue para ellos más fácil la fe en Jesucristo, creyéndolo verdadero Hombre y verdadero Dios, prueba de amor, de perdón y de poder.

Y quien esto cree, vence al mundo puesto que su fe se apoya en una base inmovible.

“Este es aquél Jesús que vino con el agua y con la Sangre”, dice el Apóstol.

¿Qué agua? ¿Qué sangre? ¿Tan sólo el agua material del Bautismo mudó de naturaleza por sus méritos convirtiéndose de rito purificador en rito regenerador? No, no sólo con el agua material sino con el testimonio del Padre y del Espíritu venidos a presentarlo en su Naturaleza divina al comenzar su misión en el momento de su bautismo con agua, y venidos igualmente a iluminar su figura, a celebrar su humildad y a ordenar que se le venerase como a Aquél en quien el Eterno tenía sus complacencias. No sólo con el agua material sino con el agua salida de su pecho desgarrado para decir a los negadores de entonces, de ahora y de siempre que El tenía Carne verdadera y que había verdaderamente muerto tras haber derramado *toda* su Preciosísima Sangre por los hombres.

¡Oh!, cuando se bendice la Pila bautismal se vierten en ella las sustancias que prescribe la liturgia. Pero ¿no pensáis que en toda pila bautismal, si ha de hacerse válido el instrumento con el que se regenera a la Gracia, se infunda, por prodigio divino, en el agua natural una gotita maravillosa de aquella agua santísima salida del pecho desgarrado del Cordero crucificado? Esta es el agua que regenera al hombre anulando la culpa original. Aquélla que se extrajo del Cordero inmolado para la Redención de los hombres, herido aun después de la muerte y, a fin de que no quedase duda, despojado hasta del último resto vital, hasta del agua después de la Sangre, ya que la magnitud de la Culpa exigía *la totalidad del Sacrificio*.

El Espíritu dio testimonio de la verdad de Cristo. La Sangre dio testimonio de que Cristo es Hombre, y el agua dio testimonio de que la Redención quedó cumplida totalmente, lo mismo que sobre el Jordán y sobre el agua Dios dio testimonio de que la Manifestación habíase iniciado.

Tres son en el Cielo a dar testimonio de la Divinidad: el Padre que lo proclama su Hijo, el Verbo que se manifiesta y el Espíritu que lo circunda con sus fulgores.

Tres son en la Tierra a dar testimonio de su Humanidad: el espíritu entregado tras horrenda agonía, la Sangre derramada en la dolorosa Pasión y el agua, única superviviente en el Desangrado, goteada del costado ya sin palpar en una supergenerosa totalidad de redención. ¡Redentor aún después de la Muerte!

Y como no cabe negar el testimonio prestado por los hombres, tampoco se puede negar el testimonio de Dios, antes, por ser primero y de más valor, se debe aceptar el de Dios, pues Dios siempre dio testimonio de su Hijo, desde su Encarnación por obra del Espíritu Santo hasta su Ascensión en Cuerpo y Alma tras el cumplimiento de su misión sobre la Tierra. Por eso, al que acepta estos testimonios, tanto de la Tierra como del Cielo, cree que Jesucristo es el Redentor, Salvador, Juez e Hijo de Dios y, por tanto, tiene en sí el testimonio de Dios. Mas todos aquellos que dicen creer en Dios y rechazan la fe en la Divinidad y Humanidad Santísima de Cristo, no tienen en sí la Fe y, por ello, están separados de Dios, ofenden a Dios y están muertos para El.

Fue en vano para ellos que el Resucitado les precediese en el Reino de los Cielos. Para ellos resulta inútil el continuo manifestarse de Cristo en las obras de los Siervos de Dios y de la Iglesia por El fundada. Inútiles las palabras de augurio divino. No hay paz en quien no cree. Son inútiles igualmente las manifestaciones de Dios. Las rechazan como un delirio. Perdida la fe o, simplemente, resquebrajada tal vez por los racionalismos de una ciencia árida, no es ya posible admitir que Dios es Omnipotente y, por lo mismo, se niegan igualmente los milagros, sean cualesquiera su forma y naturaleza. ¡Oh, a cuántos podría dirigir Jesús Santísimo las palabras dichas a Tomás: “Ven aquí, compruébalo y no seas incrédulo sino fiel”.

¡El mundo rebosa de Tomases! Pues bien, mi Señor me hace decir a aquéllos que, por soberbia — ésta es la mala planta que extingue la de —, no pueden admitir más de lo que ellos entienden, olvidando que Dios es infinito en todo y ellos en todo limitados. “Bienaventurados aquéllos que saben creer aun sin comprender el porqué de una cosa”. Bienaventurados por su simplicidad, por su humildad y por su abandono.

Bienaventurados siempre, aun en el supuesto de que pudieran ser engañados, porque, en verdad, la trampa recaería sobre quienes la urdieron y no sobre el que cayó en ella. Por lo demás, volviendo a las primeras palabras de la Epístola, *lo que viene de Dios se testimonia por su duración. Los fenómenos falsos caen presto, bien porque cesan o porque degeneran en actos y palabras de error. Por eso, si una cosa dura y persiste con digna seriedad y santa virtud, es que viene de Dios y es preferible aceptarla diciendo: ¡Gloria a Ti, Señor, por ésta tu manifestación!*”, que no decir: “¡Yo no puedo creer que Dios pueda hacer esto!”.

Son dos pecados los que cometéis contra la Caridad: *Para con el Señor Dios al que ofendéis poniéndole limitaciones; y contra sus instrumentos a los que culpáis injustamente. Si no entendéis, callad. En el Cielo lo entenderéis. Pero no juzguéis a fin de que no seáis juzgados. Dejad a Dios el cuidado de hacer brillar la Verdad y la Misericordia.*

María, alma mía, no hay que ofender al Señor acogiendo, ni por un instante, la duda de los hombres y de Satanás. Ruega por quienes no saben ver ni sentir a Dios, antes mantente firme en tu verdad. Rechaza al Enemigo que echa mano de la duda cuando no puede emplear otra tentación para alejar a las almas de Dios, con las palabras siempre victoriosas: “En el Nombre Santo de Dios y por los méritos santísimos de Jesucristo Señor Nuestro: ¡Atrás, Satanás!”.

Te dejo, María. Marcho a estampar tu beso en la inocente que nace a la Gracia⁷. Que el Señor esté contigo y los ángeles, mis hermanos, te acompañen».

(La inocente de la que habla Azarías en esta Santa Misa es la hijita de Paula Belfanti: Marcela, bautizada hoy).

¹ Se refiere al Santo Bautismo administrado aquél mismo día a la recién nacida Marcela, hija de su prima Paula Belfanti, en Cavagnera.

² En este punto, sobre el original autógrafo, añade entre líneas María Valtorta: (*mis primos Belfanti*); y en la copia mecanografiada anota unas líneas más abajo: *mis primos*.

³ *Alude a mis parientes*: así lo anota de nuevo María Valtorta, esta vez únicamente sobre la copia mecanografiada.

⁴ Al margen igualmente de la copia mecanografiada, como antes, anota: *A los parientes espiritistas, que posteriormente abandonaron tales prácticas («tinieblas») para acercarse de corazón a Jesucristo («Luz»*: Juan 8, 12).

⁵ Juan 9.

⁶ Alude a su primo (José Belfanti), el cual se convirtió de la incredulidad y del espiritismo leyendo estos escritos, habiendo hecho su Primera Comunión a la edad de 65 años.

⁷ Véase la nota n.º 1.

Dice Azarías:

«La Tierra está llena de la Misericordia del Señor, y si la acogieran en la medida que ella se derrama sobre todos los vivientes, no habría ya infelices, pecadores ni separados, sino que, unida toda la grey, formando un Unico Rebaño guiado y defendido por el Pastor que dio su Vida por sus ovejas y se ofrece en Vida a todos para darles Vida, la Humanidad marcharía compacta, fuerte en su propia compactibilidad y defendida por ella contra los odios, las divisiones políticas, los egoísmos y las ambiciones entre Estado y Estado, entre Pueblo y Pueblo, defendida contra este mal sobre el que sopla el Adversario para ocasionar males siempre nuevos y cada vez mayores a la Humanidad.

Ahora bien, la Misericordia permanece inerte, no por ella sino por demasiados que rehúsan acogerla. Como el Señor, del que es suave atributo, puede decir: “Yo estoy a la puerta de los corazones y llamo”. Mas ¿cuántas veces el eterno y benéfico Amador no recibe por respuesta la de la Esposa del Cantar: “Me he despojado de la túnica y a qué me la voy a poner de nuevo? Me he lavado los pies y a qué me los voy a ensuciar otra vez?”.

Sí, ésta es la respuesta que la pobre Humanidad da a su Poderoso Amador, al Unico que la ama y la podría salvar; y no considera cuán grande es su Amor y lo mucho que podría esperar de El, coligiéndolo del inmenso amor de un Dios que se humilla ofreciéndose y demandando que se le acoja.

Aquellos que dicen con soberbia: “Tanto hemos querido hacer lo que nos ha dado la gana que El ya no puede amarnos”, e igualmente los que gimen contritos — si bien con una falsa contrición que no supera el punto muerto de la desolación humana que gime por los sufrimientos materiales y se duele de verse torturada por ellos, pero sin pasar al grado luminoso de la contrición, es decir, a aquél que dice: “He pecado y tu castigo es justo. Gracias por la posibilidad que me concedes de expiar con el dolor mi pecado en esta vida. Mas ¡apiádate por tu misericordia!” — se parecen a la desidiosa Sulamitis que aún no conoce debidamente a su Esposo en sus cualidades de infinita Belleza y poder, para poseer las cuales ningún sacrificio es demasiado oneroso, y no acuden a la invitación de quien les perdona antes de que le pidan perdón, yendo hacia ellos diciendo: “¡Acogedme!”.

Con todo, se levanta cuando su desolación es tal que la Humanidad reconoce en sí el zarpazo de la Bestia infernal; mas lo hace cuando El, cansado ya de esperar, se marchó. Y no sabe imitar a la arrepentida esposa que repara su fría desidia yendo incansable en busca del Esposo desafiando tinieblas, guardias, lodazales y peligros, consintiendo en ser despojada de sus vestidos — que son bien pobres por más que parezcan regios, como son los de una Humanidad que fue reina pero que decayó al descarriarse del Rey que le hacía tal — a trueque de volver a encontrarlo. Pues bien, su Palabra colma los cielos creados por El y le testifican, lo mismo que toda la Creación da testimonio de su poder providencial y los acontecimientos confirman las profecías, no habiendo duda de que el Verbo del Padre es el Rey, el Salvador, el Redentor y, por tanto, el Unico Pastor también.

¿Cómo puede el hombre, o mejor, tántos hombres, persistir en una sordera que no la tienen los seres inferiores, los cuales obedecen las órdenes que recibieron en un principio y, si son astros y planetas, dan luz y calor y viven su vida haciendo bien, como no

lo sabéis hacer los habitantes de vuestro planeta; si animales, procreando y dando cada uno lo que debe; si plantas, fructificando o sirviendo con su madera; y si elementos, calentando, rociando, ventilando, transportando y nutriendo? ¿Por qué el hombre, tantos, demasiados hombres, no atienden a la invitación del que los quiere unidos en Una sola Iglesia fundada por Quien murió por los hombres? ¿Por qué las ramas se empeñan en seguir separadas y selváticas cuando, unidas al tronco, se nutrirían de jugos saludables? ¿Cuánto peor es el hombre que las plantas, pues éstas consienten en ser injertadas y trasplantadas para, de este modo, ser más útiles y fecundas!

Sí, el hombre es peor que las plantas, ya que, al obstinarse en su separación, se privan de tanto bien. Y, por más que no falten rectos de corazón entre los separados, viene a resultar que ellos mutilan y esterilizan su rectitud al querer permanecer separados, viene a resultar que ellos mutilan y esterilizan su rectitud al querer permanecer separados del tronco cuyas raíces arraigan en la tierra catacumbal y cuya cima toca al Cielo desde Roma, por lo que se llama Romana a la Unica Iglesia Católica y Apostólica, fundada, no por un pobre hombre, que pobre sería por más que se tratase de un rey poderoso asentado sobre un trono humano, ni por un excomulgado marcado ya con la contraseña del Infierno, sino por el Hombre Dios, Rey eterno y Santo, Santo, Santo.

Sí, el hombre, o mejor, muchos de los hombres que, ciertamente, conocen a Cristo por ser evangélicos o bien ortodoxos, orientales, griegos, cismáticos, maronitas, como asimismo luteranos, calvinistas y valdenses – por citar algunas de las ramas separadas más importantes – menosprecian hasta la prueba de amor que Cristo dio para su salvación: sus humillaciones, y prefieren seguir decaídos cuando podrían ser ennoblecidos; prefieren estar “muertos” cuando podrían estar “vivos”; y todo por su obstinada voluntad de continuar “separados”.

¿Se les ha de condenar? En modo alguno. Son siempre vuestros hermanos, pobres hermanos alejados de la Casa del Padre, que comen un pan que no sacia, que viven dentro de una caligine que les impide ver la Verdad radiante, y que acuden a apagar su sed a fuentes que no proporcionan el Agua que viene del Cielo y al Cielo conducen. La tristeza de sus religiones se transparenta en sus propios ritos. Sus himnos parecen cantos de desterrados y de esclavos. En sus predicaciones se advierte el empeño de quien busca a un padre al que ya no encuentra y en sus ceremonias la necesidad de suplir el vacío de la verdad con las pompas de la coreografía.

Tratan de sentir a Dios y de hacerlo sentir y se expresan en el lenguaje de Cristo y de sus Santos de poder persuadirse de ser sus hermanos por El salvados. Pero la melancolía de la separación está sobre ellos y dentro de ellos. Son los falsos ricos, los falsamente nutridos, los pobres con seguridad de contar con alimentos y riquezas cuando se ven desnutridos y pobres, extremadamente pobres. Los tesoros de la Catolicidad y los infinitos de Cristo, Cabeza de la Catolicidad, se encuentran cerrados para ellos. Roguemos por ellos... Y vosotros, que podéis sufrir, sufrid por ellos.

¡Sufrir! Don otorgado por Dios a los hombres; coparticipación en la misión de Cristo; medio de ser salvadores además de salvados y nobleza en sabiduría y santidad que poseen los mejores de entre los hombres. Porque únicamente aquellos que comprenden y quieren la sabiduría y la santidad aman el sufrimiento. Mas si el hombre cristiano medita el modo de revelarse Cristo y su comportamiento constante, amaría el sufrimiento.

Dice Lucas que los discípulos reconocieron al Señor en la fracción del pan. ¿Acaso porque Jesús tenía algún modo especial de partir el pan? No, pues todos los hombres lo parten igual que lo hizo El. Y lo mismo los cabezas de familia o presidentes de mesa...

Ahora bien, se manifestó lo que era en el ademán simbólico de indicarse a Sí mismo: Pan Divino partido y subdividido para hacerlo llegar a todos los hombres. El Peregrino topado en el camino por los dos de Emaús se reveló como Jesús mediante aquel ademán simbólico. Habíales hablado ya y explicado las Escrituras y, con ser discípulos suyos que le conocían desde hacía años, no le habían reconocido. Bien es verdad que la perfecta belleza del Resucitado podía hacer cambiar los rasgos del Rabi que ellos recordaban, con frecuencia sudoroso, polvoriento, cansado de las fatigas evangélicas, y con los que por última vez le vieron unos instantes en las horas del Viernes, alterado por los sufrimientos y las inmundicias lanzadas contra El, hinchado de golpes y desfigurado con la capa de polvo y de sangre que encostraba el Rostro; mas su palabra era aquella, la misma. Jesús nunca cambió su acento, su tono y su método. Y, con todo, ellos no le reconocieron por el Salvador. Ahora bien, cuando tomó el pan intacto, lo bendijo, lo ofreció y después lo partió y se lo dio, *entonces le reconocieron*.

Jesús era el Pan del Cielo, el Pan Intacto que no conocía manipulación humana. Intacto, santo y suave, bajó del Cielo a la Tierra en una noche de invierno, habiéndose separado en misteriosa medida una primera vez de los Dos que con El formaban la santa Trinidad. El dolor de la separación, de la primera fracción, signó la entrada de la Luz en las Tinieblas y por espacio de treinta y tres años, a ritmo acelerado, la vida de Cristo no fue sino una sucesión de humillaciones parangonables a los del pan amigajado y esparcido en sucesivas fracciones, deshecho en fin para ser utilizado en todas las necesidades. Los tres últimos años ¿no fueron acaso un desmigarse para todas las hombres, todas las almas y todas las necesidades de éstas? ¿Quién más aniquilado que El e incomprendido de los amigos ignorantes, de los duros de mente y de los enemigos rencorosos? ¿Quién más fraccionado para, con sufrimiento e incansable operar, dar salud a los cuerpos y a las almas, y sabiduría, perdón y ejemplo a todos?

Y en la última Cena ¿no condensó en un rito todo el significado de Sí mismo, de su misión y de su holocausto? Los evangelistas están acordes al decir que, llegado un momento de la Cena pascual, en el viejo rito introdujo otro nuevo: tomó un pan, lo bendijo y lo partió dando un trocito de él a cada uno de los Doce, diciendo: “Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros. *Haced esto en memoria de Mí*”.

¡Os lo ruego, cristianos, desligad el pensamiento de vuestras pesadas limitaciones, clarificad vuestra mirada espiritual y *ved y comprended* más allá de lo que soléis!

“Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros”. Entregado, quería decir: “*partido*”, ya que el amor de vuestro bien me impele a Mí, el Intangible, a partirme y a hacerme partir por los hombres...”.

“Haced esto en memoria de Mí”. El rito eucarístico queda establecido con estas palabras. Mas no es sólo esto.

En esas palabras se encierra también este consejo a los elegidos de entre sus redimidos: “Para ser dignos de la elección con que os he escogido, vosotros, mis verdaderos siervos de entre los siervos, *haced en memoria de Mí*, que con esto os enseño lo que y cómo se llega a ser Maestros y Redentores, *haced la fracción de vosotros mismos*; y esto sin repugnancias, sin orgullos, sin miedos ni humanas consideraciones. Troceaos, partíos, aniquilaos y *entregaos* a los hombres, por los hombres y por amor a Mí que, por su amor, me doy a quien me parte, igual que me di a quienes de Mí querían milagros e instrucción”.

No es buen discípulo el que no sabe partirse ni darse. Y la generosidad e inmolación del que sabe partirse para saciar el hambre de sus hermanos es la señal por la que se reconoce a los verdaderos siervos de Dios.

“Y le reconocieron en la fracción del pan”. *Y os reconocerán por vuestro partiros en aras de la caridad y de la justicia.* Os reconocerán por siervos verdaderos.

Amad, por tanto, caras voces e instrumentos de elección, lo que es humillante, dolorosa, onerosa y santa fracción por el bien de los hermanos y gloria de Dios. Entonces hablará por vosotros el buen Pastor y dirá: “Yo soy el buen Pastor y conozco a mis ovejas y ellas me conocen a Mí”. ¿Mis ovejas? Helas aquí. Estas son. Estas que ponen sus pies en donde Yo los puse por más que su camino último sea el del Calvario. Y lo mismo que me conocen de verdad, hacen igualmente cuanto Yo hice, dispuestas a ser partidas con tal de salvar a sus hermanos”.

El bendito apóstol Pedro confirma con su epístola mis palabras. Oíde: “Cristo padeció por nosotros, dejándoos su ejemplo, a fin de que sigáis sus pisadas”.

Las ovejas del verdadero Redil no pertenecerían más a él si abandonasen a su Pastor yendo tras pisadas que no son las suyas en dirección a otros pastos que no son los del Dueño de la Grey. Y sus pisadas no son de gozo material sino de sufrimiento, provechoso para quien lo soporta y para los demás, puesto que padecer con Cristo y en Cristo equivale a continuar la Redención de Cristo.

Ninguno de vosotros, instrumentos elegidos de una manera especial, y asimismo vosotros, los que queréis ser fervorosos cristianos, debéis lamentaros de las pruebas, de las penas y de las tribulaciones, teniéndolas por injustas al creerlas inmerecidas.

“El”, dice el Apóstol, “El, que nunca cometió pecado ni tuvo engaño en su boca; que, aun siendo maldecido, no maldijo, e injuriado, no alzó su mano y se entregó en manos de quien injustamente le juzgaba; El, El mismo, llevó nuestros pecados en su Cuerpo sobre la cruz”.

¿Quién de entre los hombres puede decir esto, seguro de no mentir? ¿Quién puede decir: “Yo nunca he pecado, cometido fraude, maldecido ni abrigado rencor contra quien me ha odiado y, sin oponer resistencia alguna, me he puesto en manos de mis verdugos?”. “No hay quien pueda decirlo. Pues entonces ¿a qué os quejáis si El no se quejó? ¿A qué os resistís cuando El no opuso resistencia?”

¿No poseéis entonces la llave del secreto por el que se puede padecer con gozo y con ánimo esforzado de padecer? Pues bien, el secreto es éste: “A fin de que, muertos al pecado, pudiesen los hombres vivir en la justicia una vez sanados nuevamente de sus llagas por virtud de las llagas de Cristo”.

He aquí el amor, una vez más el amor, siempre es el amor perfecto el que proporciona la llave del gozo en el sufrir. Aquéllos que comprendieron al Maestro y quisieron imitarle del todo, saben morir para que los hombres vivan en la justicia y vuelvan a curar de las heridas de sus pecados.

¡Por *todos* los hermanos, María! ¡Por *todos* los hermanos, vosotros, verdaderos cristianos! Sin fariseismos que invaliden el cristianismo: religión de amor, para así ganar al viejo Israel saturado de rigor.

Es preciso, por tanto, sufrir, no sólo por los hermanos católicos, mas también por los hermanos “separados”, por las ovejas errantes, a fin de que puedan retornar al Pastor y Obispo establecido por Cristo: al Sucesor de Pedro, Cabeza de los corderos y cordero El asimismo del Cordero.

Y a los brazos del buen Pastor te confío, cordera consumida por la caridad de tu sufrimiento de hoy, ese sufrimiento tuyo que depositó en los celestiales turribulos a fin de

que, junto con las oraciones todas de los santos, arda y perfume ante el trono de Dios y obtenga Misericordia para los "separados", a la vez de su retorno al Unico Redil.

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! ¡Aleluya!».

Y el Eterno, por la noche: «¡María! ¡Te bendigo por cuanto haces en pro de las almas...!»».

12/5/1946

Domingo 3.º después de Pascua

Dice Azarías:

«Sería ciertamente justo que la Tierra toda cantase con voces de júbilo alabanzas al Señor. Mas si, con las facultades a ellos concedidas, lo hacen los seres menores de la Tierra, *ya que es cantar las alabanzas al Dios Creador, incluso, el simple cumplimiento del fin para el que fueron creados*, el rey de la Tierra, en cambio, el hombre-rey de las criaturas animales, dueño y disfrutador de los reinos: animal, vegetal, acuoso y mineral, no lo sabe hacer con el orden ni con el amor. El orden, por su naturaleza animal que, reservándole el primer puesto en la escala de los vivientes de la Tierra, le equipara a todas las especies creadas con materia. Y el amor, por su naturaleza espiritual de la que Dios le dotó para hacerle semejante a El, anillo éste de conjunción entre la materialidad de los brutos y la espiritualidad de los ángeles. Este ser al que Dios reservó una vida inmortal, no pudiendo perecer nada que sea partícula de Dios y para quien El creó un Reino de eterna bienaventuranza.

El hombre viola el orden, todo orden, violando por tanto, igualmente, el amor. Porque el desorden es odio que lleva a realizar obras dañinas para los hermanos valiéndose de los reinos sobre los que el hombre es rey para dañar, el que daña a sus hermanos valiéndose para dañar de la superior inteligencia de la que está dotado, el que, creyéndose un pequeño dios de un tiempo breve durante el cual no sabe tributar a Dios el obsequio y obediencia debidos, demuestra que contraviene al orden, siendo por ello un desordenado en el orden y demuestra asimismo que odia a sus semejantes y al mismo Dios, dañando a los primeros y ofendiendo a Este de mil modos.

La Liturgia recuerda este deber del hombre, ser viviente sobre la Tierra, de amar y alabar el Señor, primera de las formas de amor reverencial hacia el Digno de toda alabanza, acto de prudencia por el que, reclamando al entendimiento el pensamiento de Dios, se detiene a todo el ser de realizar obras que sólo los sin fe pueden ejecutar. Mas pocos, muy pocos son los que atienden el consejo e invitación litúrgica y así la Tierra está a falta de voces humanas que se unan al coro que entona la Creación a su Criador. Son escasas las voces más bellas del inmenso coro porque son pocos en número los hombres que se acuerdan de que si ellos existen es porque Dios les mantiene.

En tiempos del Salmista todavía se le reconocían a Dios las obras de la Creación; mas, al presente, aún éstas las niega el hombre. Y este ser que por sí no sabe crear ni un tenue, ni un insignificante y útil tallo de hierba, le niega a Dios su atributo de Creador y,

con frecuencia, coloca en el luminoso puesto de Dios a la torpe y oscura Materia; y, repitiendo la frase maldita del Rebelde: "Yo soy tanto como Tú", acierta a ser creador de muerte y de dolor, tomando al efecto de las cosas creadas por Dios y que "eran buenas", los elementos precisos para crear lo que "no es bueno", lo que es tormento y desamor.

Mas con todo, al igual que en los tiempos del Salmista, mientras con sus obras y su pensamiento van *contra* Dios, *contra* el orden, *contra* la paz y, en fin, *contra* todo, he aquí que van igualmente *contra* la sinceridad y, con hipocresía, cálculo y bellaquería, adulan a Dios con falsas celebraciones utilitarias dirigidas a engañar a los demás hombres con las que ofenden a Dios más que con la ausencia leal de culto.

¡Oh hipócritas que siempre decís: "¡Dios, Dios!" mientras que en vuestro corazón lo que decís es: "¡Yo, yo!", *vuestras* obras cubren la Tierra. Mas ¿de qué? ¿De ruinas, de dolor y de muerte! La sublime terribilidad de Dios, mediante su terrible Poder, procuró "cosas buenas" conforme al antiguo modo de entender lo grandioso y perfecto de un poder. Las dio con su infinito poder conforme a la justa expresión de un reconocimiento para con Dios. Y estas obras de un terrible poder hechas por Dios habían recubierto la Creación de cosas, de seres, de elementos, de ayudas, de leyes naturales y de Leyes sobrenaturales que proporcionaban construcción, contento y vida.

Y he aquí que el hombre, sin Dios, desprovisto de caridad para con Dios y para con sus hermanos, realiza *sus* obras verdaderamente terribles, en el sentido actual de la palabra, espantosas y crueles, que destruyen lo hecho por Dios, pisoteando todo derecho y todo deber, burlando las leyes naturales y sobrenaturales, anulando el amor y sembrando ruinas, dolor y muerte.

¿Puede el hombre frenar esta avalancha de los sin Dios? Lo puede personalmente no cooperando a ella, es decir, llevando una vida verdaderamente cristiana en orden, justicia y amor. Y Dios ayuda a estos voluntariosos proporcionándoles todos los medios con los que vivir en orden, en justicia y amor.

A estos tales les entrega la Gracia por los méritos de Cristo, les sostiene con los Sacramentos y les aumenta la Fe con las pruebas de la Verdad y del Amor de Dios. Y, desde el nacimiento hasta la muerte del hombre, no hace sino continuar con estas ayudas y otras más, todas sobrenaturales, de entre las cuales no es la menor el ministerio angélico para conseguir así que el hombre llegue a la muerte en gracia y en paz y alcance la gloria eterna.

Lo puede asimismo colectivamente uniéndose en buena fraternidad con los demás hermanos. Una sociedad cristiana contra otra anticristiana, una familia de hijos fieles al Padre contra otra familia de hijos degenerados que abandonaron al Padre de las Luces para elegir por su padre al padre de las Tinieblas.

Ahora bien, el hombre es tan débil que no le basta su voluntad para contrarrestar la fuerza del Mal que de mil formas discurre por el mundo corrompiéndolo y corrompiendo las almas definitiva o temporalmente con asaltos imprevistos. El hombre, por sí sólo, no puede resistir a Satanás, pues son Satanás igualmente tanto él como la carne y el mundo.

Así pues, oremos nosotros, los ángeles, con vosotros, los hombres buenos, pidiendo al Omnipotente que concedió a los errantes lo que sirve para tornar a los caminos de la justicia, que conceda a cuantos marchan por este mundo y que podrían verse atacados por cualquier insidia o debilidad de su voluntad, todo aquello que sirve para adquirir fuerza con la que rechazar cuanto es contrario a la vida cristiana y practicar lo que es conforme a ella, siempre con fortaleza y constancia hasta el final. En una palabra, que Dios

les conceda su ayuda. Con la ayuda del Señor el débil se hace fuerte, el tímido heroico y el sensual temperante; se alcanza la Justicia y con Ella se mantiene y vive porque, si bien uno llega a caer por un violento asalto o por somnolencia espiritual de un momento, he aquí que con la ayuda de Dios se levanta enseguida y marcha hacia su meta que es el Cielo.

Y ahora meditemos las enseñanzas de Pedro que puede hablar como maestro, tanto por su experiencia humana como por haber sido instruido por el Verbo e iluminado por el Espíritu Paráclito a fin de que fuese capaz de ser el perpetuo docente de la Iglesia apostólica.

Simón de Jonás de Cafarnaún, Cefas de Jesús Nuestro Señor, puede hablar a los hombres como hombre que *quiso y supo* llegar a ser Apóstol y un Apóstol sobre el cual bajó la Llama Pentecostal consagrándole para la enseñanza perfecta.

¿Has pensado alguna vez, alma mía, en el simbolismo de aquellas lenguas de fuego que tú llegaste a ver, que se posaron sobre la cabeza de cada uno de los miembros del Colegio Apostólico mientras que a la Toda Santa la nimbó con una corona? Yo te lo voy a hacer comprender. Generalmente se dice que si se manifestaron en forma de llama fue para hacerse sensibles a los apóstoles con el significado de amor y de luz. Sí, también esto; mas no esto sólo.

Podía y hubiera bastado con que el Paráclito hubiese venido en el “gran viento impetuoso” y penetrase en el Cenáculo – donde habíase ya realizado el rito Eucarístico: donación del Dios hecho Carne a sus fieles para que así El estuviese en ellos aun después de la separación y no se sintiesen desolados por la ausencia del Maestro amado – podía penetrar y estar bajo la forma de un globo de maravilloso esplendor para iluminar las mentes de los que debían hablar al mundo del Dios Verdadero y de su Cristo.

Mas el Paráclito no se limitó a esto sino que El, como el Verbo Encarnado, *se fraccionó y se entregó*, en una Comunión, con la efusión y donación de sus dones de Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Ciencia, Fortaleza, Piedad y Temor de Dios, lo mismo que Jesús se dio en Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad. Y puesto que, no obstante el lavacro sanguíneo y santísimo de la Sangre del Cordero que purificó sus almas pero sin destruir su humanidad – la cual debía luchar por sí misma y evolucionar hacia una espiritualidad perfecta – ésta persistía, aún después de la Resurrección, gravosa y opaca; el Amor Inefable, Creador junto con el Padre y el Hijo – ya que es irrompible la Unión y el Querer de los Tres que se aman divinamente – quiso *crear* el nuevo hombre apostólico el que ya el Padre había creado oportunamente a la vida y el Hijo a la Gracia. El Paráclito, actuando sobre estas dos creaciones, las quiso completar y perfeccionar quemando en el hombre apostólico las escorias más torpes de la humanidad supérstite, las más venenosas, alojadas en la cabeza en la que se encuentran agrupados los cinco sentidos al servicio de la sensualidad material en la que se encierra el órgano que preside las sensaciones transmitiéndolas a los órganos más alejados y en la que está el agente del pensamiento.

La cabeza: la cumbre del hombre, único animal de posición erecta, como dando a entender con ella su realeza y que, por su erección, parece simbolizar que, así como el sol domina sobre las cimas más prolongadamente y sobre ellas descienden los dardos de la electricidad natural, así también él, cima de la creación, recoge sobre sí el Sol divino y recibe los sobrenaturales y maravillosos mandatos y consuelos de su Padre que está en los Cielos.

Mas en la cabeza, enrejada tal vez harto frecuentemente con los tres opresores de la triple sensualidad, no pueden penetrar el Sol divino ni los mensajes paternos, mientras que del corazón se expanden los vapores mefíticos de una humanidad putrefacta.

Ya lo dijo el Maestro Santísimo: “Es del corazón del que salen los malos pensamientos, los homicidios, hurtos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios, envidias y blasfemias”, subiendo, como el humo de un brasero maloliente, a la cabeza en la que hacen germinar pensamientos turbadores que después son transmitidos a los órganos ejecutores.

Y si bien no se daban en los apóstoles homicidios, hurtos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios ni blasfemias, ¡qué cantidad, en pequeña escala, de miserias menores, pero siempre indignas de maestros espirituales, beneficiados, por otra parte, de modo admirable, con dones extraordinarios de Dios! ¡Cuántos caen en demérito por esto! ¡En cuántos los dones extraordinarios son para su ruina! Se dice con verdad que la selección de los espíritus se realiza, es cierto, mediante el pecado; mas puede igualmente decirse que no sólo por este medio tenebroso se separan los corderos de los machos cabríos, sino también por el medio luminoso de los dones extraordinarios. Multitud de veces se ofende a Dios con estos dones y así son pocos los que perseveran porque lo ponen en fuga mediante la soberbia, hipocresía y sensualidad espiritual de la criatura beneficiada con el don extraordinario.

Esto no debía acontecer en los Apóstoles. En el hijo de la Tinieblas, en Judas, miserable y deicida, el don del milagro fue el que inició la ruina del Apóstol. Mas en los doce, destinados a evangelizar al mundo, no debía ser para su ruina. Y así el Espíritu, en su Comunión pentecostal, abrasó y purificó la sede del sentido y del pensamiento: la cabeza de los hombres apostólicos, al tiempo que coronó amorosamente la frente de la Virgen y Esposa suya, estrechándose a Ella para besarla con el único beso digno de la Beatísima Madre Virgen, de la Toda Gracia, Hija, Esposa y Madre de la Gracia, María, Reina de los Apóstoles y de la Iglesia en la Tierra, y Reina de los Angeles en los Cielos. ¡Aleluya!

Y, una vez que te he explicado el simbolismo de la fracción del Fuego Paráclito en otras tantas lenguas y del ardor de las mismas sobre la cabeza de los Apóstoles, volvamos al apóstol Pedro, el cual, habiendo alcanzado a ser espiritual tras la Comunión del Espíritu, recordaba de cuando fue hombre y, con caridad, conocimiento y verdad, dictaba y dicta a los hombres, sus discípulos y hermanos, las reglas mediante las que llegar a la espiritualidad que hace santos.

Dice: “Os conjuro, como extranjeros y peregrinos que sois, a que os guardéis de los deseos carnales”.

En efecto, el cristiano es un extranjero y peregrino entre las turbas paganas. El mundo, pagano en sus costumbres, y la misma humanidad latente incluso con mayor o menor violencia en el cristiano, hace efectivamente que su espíritu marche como un peregrino y extranjero por regiones extrañas, ignotas y erizadas de peligros.

Y por eso advierte Pedro: “Guardaos de los deseos carnales” como miembros de otra nación que sois, pues podrían prenderos y haceros sus esclavos.

Conducíos con cautela ya que desconocéis el cariz auténtico de las cosas que os rodean. Pueden tener buen aspecto y ser realmente abyectas; puede ser uno, al parecer, inocente cuando es malandrín. Estad sobre aviso. No concertéis fáciles compromisos. Caridad, pero sin dejaros penetrar de lo de otros y menos no siendo de vuestra estirpe escogida.

Caridad que ruega, compadece y amaestra más con el ejemplo que con las palabras, y mucha discreción. Pensad siempre que el espíritu es más delicado que una virgen y que, una vez desflorado, ya no tiene la bella frescura de la inocencia. El perdón desciende sobre el espíritu arrepentido y la penitencia vuelve a hacerlo acepto al Señor; mas queda el recuerdo, el recuerdo de la caída. Y el recuerdo es mortificante, pudiendo servirle a Satanás para agitar fantasmas en las horas crepusculares que a todo hombre le sobrevienen,

sobre todo a la hora de la muerte, tratando entonces de infundirle pavor y hacerle desconfiar de Dios.

¡Oh seguridad magnífica del espíritu virgen de culpas mortales y de culpas voluntarias! ¡Cómo debieras ser buscada y tutelada, seguridad preciosa, para que el hombre se sintiera feliz contigo!

Sed, pues, precavidos mientras dura vuestra condición de extranjeros y peregrinos, tanto por vosotros como por el honor de Dios. ¿No queréis trabajar para su gloria? Pues bien, procurad convertir a los paganos, esclavos de los sentidos y del mundo. Mas ¿cómo habríais de hacerlo si los sensuales y mundanos pudieran responder a vuestras palabras diciendo que sois como ellos? Cuidad, pues, de no provocar murmuraciones con vuestra conducta, antes, por medio de vuestras obras realmente santas, suscitar reflexiones buenas que preparen la venida del Señor en los paganos del mundo, los cuales, el día de su conversión debida a vosotros, os glorificarán como a sus salvadores a la vez que al Grande y tres veces Santo Dios y Salvador.

Pues qué, ¿acaso protege Dios a ciertas autoridades nefandas? ¡Oh, no lo penséis! Mas lo que acumula méritos a vuestro favor — vuestra obediencia a toda autoridad humana para que no se pueda decir que sois rebeldes, turbulentos y causa de escándalo para los demás —, acumula al mismo tiempo condenas contra el que, gozando de autoridad, hace uso de ella de modo funesto. Por tanto, sed sumisos. Pero ¿hasta dónde? Hasta donde alcanza el derecho humano. Mas cuando una autoridad humana tratase de penetrar en los dominios de Dios imponiéndoles leyes opuestas a la Ley divina, entonces sed *libres* y sabed morir sin traicionar a Dios ni a su Ley por miedo a un hombre o a más de un hombre.

Y esto no lo hagáis por cálculo para tener de vuestra parte a los hombres sino con espíritu sobrenatural que sabe practicar y distinguir el orden bueno del malo y hacer aquello que no lesiona su derecho a la Vida que las persecuciones no destruyen, antes conducen a ella a quienes permanecen fieles a la Santa Ley.

Respetad a todos. Dios deja en libertad el albedrío del hombre. El hombre no tiene derecho a violentar el albedrío de sus hermanos. Y son malditos eternamente aquéllos que, con violencia, esclavizan el pensamiento humano para contar con turbas de esclavos ligados a sus ideas heréticas y perniciosas.

Sed adversarios leales de vuestros enemigos ideológicos. Tratad de atraerlos a vuestra idea, que es santa, con vuestra santidad de vida antes que con la elocuencia de vuestra palabra. Mas nunca os rebajéis a sus propios sistemas de delación y violencia, de menosprecio y calumnia. Por más que sean pobres hermanos envueltos en ideas heréticas que les mantienen extraviados, son siempre vuestros hermanos. También por ellos vino, rogó, sufrió y murió el Salvador, y del mismo modo, a imitación de Cristo Señor Nuestro, debéis vosotros rogar y sufrir por su conversión.

No déis al rey ni a los jefes de Estado un honor superior del que tributáis a Dios. Llorad por haberlo así hecho vosotros. Habéis cambiado a un hombre, a un mísero hombre, por otro puesto por Dios¹, olvidando que son las obras de los hombres las que hablan de su pertenencia a Dios o a Satanás. Y esta vuestra necia idolatría la estáis purgando amargamente. Pensadlo. Por eso, honrad a los jefes; mas la adoración dádsela únicamente a Dios.

Y, sin rencores ni envidias, sin prevaricaciones ni traiciones, sed respetuosos con la excepcional dependencia que es la del ciudadano con sus jefes, la de los hijos con sus padres y la de los siervos con sus amos. Aprended a ver a Dios más allá de los hombres y,

al tiempo que obedecéis a los magistrados, padres o amos, los cuales pueden no ser dignos de amor, mirad más allá de ellos y decid: “Padre, a *Ti es a quien sirvo* y te sirvo cumpliendo tu mandato de ser sumisos y obedientes”. ¡Oh!, entonces veréis qué fácil es obedecer si creéis firmemente que esta obediencia la ve y bendice Dios como la más grande de las obras meritorias del hombre, el cual – como dice el Santo en el que tan visiblemente aparece Cristo, tu San Francisco de Asís – dice que la perfecta alegría no está en la ciencia ni en otras más cosas, sino en hacer la Voluntad de Dios y en saber sufrir con paciencia penas y dolores por su amor.

Ya ves, alma mía, cómo las palabras del Apóstol tienen su eco en las del Seráfico que proclama como gracia, y *gracia excelsa*, la de saber soportar por Dios molestias, y sufrir injustamente, puesto que, cuando se sufre en castigo de culpas cometidas, es únicamente expiación, deuda que se salda y nada más. Pero cuando, sin haber cometido culpas, antes obrado bien, se os concede sufrir, es gracia insigne que brilla a los ojos de Dios y tesoro que se acumula para vuestro provecho en el Reino de los Cielos.

Y ahora te dejo, alma mía, bajo el manto de la Coronada Esposa del Espíritu Santo y Reina de los Apóstoles y, por ello, de las “Voces”, de las grandes “Voces”; y por la misión que se perpetúa a través de los siglos de todas las “voces” que meritoriamente cumplen su misión para gloria de Dios y salvación de las almas. Por eso, ¡oh voz!, es también tu Reina.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

¹ *Alude a Mussolini*: como así lo hace notar de su puño y letra María Valtorta en una copia mecanografiada.

19/5/46
Domingo 4.º después de Pascua

Dice Azarías:

«Los hombres, que ya no quieren ni pueden leer ni entender las palabras que los acontecimientos van escribiendo sobre las páginas del Tiempo, no pronuncian ciertamente las palabras del Introito antes, alzando los puños en odio a Dios, blasfeman así: “¡Nada de maravillas ni de justicia! O Dios no existe o, si existe, es un Dios ídolo que es incapaz de oponerse a los hombres. Un Dios ídolo. Mucho más dios es el hombre porque éste hace lo que quiere sin que haya quien le castigue”.

Así se expresan los hombres, esa parte de entre los hombres que es la más numerosa, pero en la que la realeza sobrenatural del hombre queda anulada habiendo en ellos un espíritu muerto sobre el que se asienta el Mal con sus diferentes formas de ateísmo, odio a Dios, a los hombres, ferocidad y corrupción.

Mas yo no me dirijo a ellos sino que te hablo a ti, pequeña voz, les hablo a todas las “voces” y después a aquéllos que aún son hombres hechos a imagen y semejanza de Dios: esto es, una mezcla de cuerpo y alma en cuya mezcla es rey el espíritu que recuerda

a Dios, que sirve a Dios, que obedece a Dios y que tendrá la posesión de Dios, la beatífica posesión que hace de los hombres otros tantos dioses, eternos y beatísimos.

A vosotros, pues, es a quienes os voy a hacer considerar la verdad de las palabras del Introito. Verdad a la que parece desmentir una observación superficial, pero que resulta luminosa tras la pantalla brumosa y opaca de las ruinas, estragos, miserias y otros castigos que azotan y seguirán azotando a la Humanidad.

Dios ha obrado maravillas. Si, como os ocurre cuando, con uno de vuestros aparatos aéreos, contempláis desde lo alto allá abajo los continentes que sobrevoláis, pudiendo observar arriba, muy arriba, es decir, desde las esferas en las que la espiritualidad reina y donde la Verdad y la Luz, que allí son reinas, compenetran a los habitantes de aquel mundo sobrenatural; si con una única mirada de inteligente observación pudiéseris ver todo cuanto ha sucedido en estos últimos años sobre vuestro planeta, veríais, cómo en un mosaico grandioso, ir recomponiéndose las fragmentarias maravillas obradas por Dios y aparecer una obra maestra vastísima y maravillosa testificadora de la justicia del Señor.

Porque, amados hijos que sois fieles al Señor, no hay ni uno sólo de entre vosotros que no pueda decir: “El Señor me ha protegido, ha provisto a mis *justas* necesidades y he visto su Mano en aquella hora de guerra o en esta otra de persecución”. Muchos de vosotros lloran porque su familia ya no es lo que era antes de la guerra¹ ni tampoco su bienestar. Hijos del Señor, vosotros lloráis, es cierto, mas ¿acaso no sería mayor vuestro llanto si aquél por el que lloráis estuviese ahora entre los vivos? ¡Para cuántos no ha sido la muerte una misericordia!

Vosotros no lo sabéis. Misericordia en el tiempo y misericordia en la eternidad. De haber vivido ahora hubiera peligrado como antes no peligró y, viviendo ahora, se habría encontrado con la justicia de los hombres, la cual, en sus diversas formas, es siempre más cruel que la de Dios, hecha más de odio que de ecuanimidad y transmitiendo odio al culpable y hacia el culpable. Ved, en cambio, cuánta piedad no ha tenido Dios en ciertas muertes que han sido expiación, saldo del *gran delito* que aquél o aquéllos a quienes lloráis tenían para con Dios. Y aun en el caso de que ni un solo pensamiento de arrepentimiento hubiese aflorado de aquel espíritu perverso en la hora de la muerte,² —habría bastado *un solo* grito de invocación al Padre, al Salvador, para salvar a aquél espíritu de la muerte y volverlo a la Vida en la hora en que la pequeña vida cesaba—, siempre hubiera sido justicia misericordiosa *aquella* muerte porque os impidió avergonzaros y estremeceiros de horror, ¡madres, esposas, hijos!, ante la nueva situación moral de aquél a quien ahora lloráis.

Y justicia han sido y son los acontecimientos generales. ¿Pretenderíais tal vez que el Divino Ofendido fuese y se mostrase inerte ante las continuas provocaciones del hombre que pisotea y destruye de mil modos el precepto capital? ¡Creéis que sea lícito burlarse de Dios y obrar cual si El no existiera? Mucho es lo que podéis; pero abusáis de este poder y, aquí tenéis la respuesta de Dios: su no intervención en vuestro favor, no con cada uno sino con las masas.

“No hay Criador”, gritan. “Dios no existe”, blasfeman. Y el Criador os manifiesta su existencia con inexplicables azotes meteóricos y animales.

No digáis: “Luego no es bueno”. La bondad es virtud y la necedad defecto. Dios no puede ser defectuoso, imperfecto ni sufrir menoscabo en ninguno de sus poderes. Y al hombre que destruyó, violó y pisoteó los derechos de sus semejantes —y esta criminalidad ha sido de toda la Tierra— le corresponde con el suyo de destruir lo que creó. Al hombre, que no vuelve en sí con la guerra antes se hace cada vez más demonio, Dios le cas-

tiga con el hambre tratándoos cual brutos animales que no entienden sino de las necesidades brutales, tratando a la Humanidad por lo que es.

Ahora bien vosotros, para quienes hablo, diréis: “¿Y nosotros?” Por los pecados de un pueblo, es verdad, perecen también los justos del mismo. Mas, al tiempo que lloráis por los castigos actuales, levantad vuestros corazones, como enseña la Oración, poniéndolos “donde están los goces *verdaderos*”, esto es, en las cosas espirituales, en la promesa de una vida futura y de un premio para quienes perseveran, en Dios vuestro Padre y vuestro Premio.

Para contrarrestar todo residuo de duda acerca de la providencial presencia de Dios hasta en los acontecimientos que, al parecer, no tienen su origen en Dios, esto es, un origen bueno porque hacen llorar, he aquí las palabras del apóstol Santiago: “Toda cosa óptima que se recibe, todo don perfecto viene de lo Alto”.

Es preciso saber ver. Esto es lo esencial: Ver para creer. No ver para creer en la existencia de Dios, ya que por ella es bienaventurado el que, aun sin ver, sabe creer, habiéndole de proporcionar su acto continuo de fe una gloria grande en el Cielo. Ahora bien, ver más allá de la materialidad del hecho la justicia sobrenatural que en el mismo se encierra: cuando uno *sabe ver así*, he aquí que, por una metamorfosis que en el hecho material se opera, éste se cambia a hecho sobrenatural y benéfico, ennobleciéndose en moneda de poder adquisitivo de mérito inmortal.

Fijaos en la crisálida oculta en el capullo: un bicho feo que se achica de buen grado por la repugnancia que produce. Mas si la crisálida ha de esquivar su destrucción por parte del hombre, del hielo, de las aves, de las lluvias y sobrevivir, ha de permanecer pegada a su capullo allá donde el cuidado providente de quien la depositó la puso y, he aquí que entonces, en el momento fijado por leyes inmutables y sabias, se abre el capullo y el hombre contempla estupefacto cómo aquel gusano inerte y repugnante se convirtió en una grácil y bella mariposa.

Lo mismo hace Dios con sus fieles a favor de ellos. Toma los nefandos, crueles y repelentes hechos humanos, queridos por el egoísmo, el odio y la aridez de la mayor parte de los hombres, hechos que golpean como el granizo y hieren como flagelos a la parte mejor, a la vez que a aquella que merece torturarse mutuamente al perder la fraternidad humana, transformada como está en una ingente turba de fieras y de demonios, y — sólo con que los fieles de Dios sepan estar donde el providente cuidado de Dios los puso: en el radio de su Luz — los transforma en cosas óptimas y en dones perfectos. Por donde se ve que, de una común desventura, se deriva una selección y así los hijos de la Luz, porque *saben ver*, se hacen más luminosos y elegidos, al tiempo que los hijos de las tinieblas se hacen cada vez más tenebrosos y réprobos, ya que ni la constatación de tanto mal provocado por su malvado querer, les hace arrepentirse o recapacitar al menos para, de este modo, iniciar el camino del retorno a Dios.

Por eso, hijos buenos de mi Señor, *sabed ver: ver sobrenaturalmente.* Ver cómo de las torturas mundiales que sufrís, que son obra de los hombres, podéis obtener un aumento de méritos y de gloria. Ver, por tanto, más allá de la mano garruda del Mal y de los malvados que os apresa y atormenta, la Mano Santísima del Padre que os proporciona el medio de poseer un don excelso y eterno por vuestra paciencia, vuestra fe y vuestra aceptación de lo que no se puede rechazar, atribuyéndolo todo a Dios.

He aquí por qué puede sabiamente decirse que toda cosa óptima y todo don perfecto vienen de lo Alto, mientras que las cosas malas e imperfectas salen de allá Abajo, aflorando como esporas malélicas que las recogen aquellos que son siervos del Bajísimo, esparciéndolas como lluvia tormentosa sobre toda la Humanidad.

“Todo don perfecto procede de lo Alto y *desciende* del Padre de las luces”.

Ved cuánta seguridad proporciona esta frase: “Desciende del Padre de las luces”. Si es Padre de las luces, ¿cómo ha de poder ser jamás como el que bracea entre tinieblas y escoge al azar lo que en la oscuridad le viene a la mano desconociendo, por tanto, su naturaleza y efectos? No, no puede ser tal. Así pues, estad confiados, queridos hijos de este Padre de las luces, estad confiados. El sabe qué, cuándo y cómo daros los dones perfectos para haceros perfectos. No los rechazéis, no uséis mal de ellos y no los corrompáis. Aceptadlos con humildad, con tanta mayor humildad cuanto los dones sean más extraordinarios. Y esto lo digo por vosotras, queridas voces: con inmenso amor a la verdad, sin añadir ni quitar una letra de lo que Dios os confía, y sin ocultar parte alguna ni poner una tilde por falsa vergüenza o temor infundado.

Sed tal como Dios os hizo. ¿Que os creen? Benditos aquéllos que *saben ver* a Dios en el instrumento. ¿Que no os creen? Rogad por ellos. ¿Que os escarnecen y tratan de induciros a que os desdigiáis de lo que sois? Sed dulces en la reacción perdonando la ofensa; pero *inamovibles y tenaces cual montaña de granito en vuestra certeza*. Sólo Dios tiene el derecho de hacer que no seáis lo que sois. Y no debéis lamentaros si, tras haberse servido de vosotros, os deja de lado sobre la Tierra para suscitar otros. Creedme, voces: si de igual manera sois obedientes, tanto a la llamada como a la orden de descanso, por más que vuestra voz hubiera servido para transmitir *una palabra tan sólo*, vuestro mérito será grande en el Cielo por vuestra obediencia, tanto al hacer como al descansar tras haber hecho.

Lo dice Santiago: “del Padre de las luces en el cual no hay variación ni sombra de mutación”.

¿No os dais cuenta de lo estable que, de por Sí, es Dios en sus decretos? Sólo la criatura es inestable y tal vez por eso huye del querer estable de Dios, fabricándose por su cuenta su triste suerte. Mas Dios no varía ni se muda. Y si tanto os amó que os ha atraído hasta Sí para encargaros una misión entre los hombres, no puede después abandonaros y mudar su decreto.

Nuestro Santísimo Señor Jesús, por ser igual al Padre, no mudó su corazón para con los apóstoles. Aun no ignorando quién era Judas, el voluble por excelencia, no cambió Jesús. Hasta los postreros instantes trató a Judas como apóstol y amigo. En la Cena le purificó como a los otros, se dio a él en comunión como a los demás y en el Getsemaní le saludó una vez más como “amigo”. Y si, por un suponer, Judas, en vez de ahorcarse, hubiese corrido al pie de la Cruz, el Moribundo hubiese hecho acopio de sus fuerzas para decirle de nuevo: “Amigo, ¿a qué has venido? ¿Para conseguir el perdón? Ahí lo tienes, y completo. Vete y no peques más. Amame y haz que me amen”. Y habríale dicho a su Madre: “Mujer, ahí tienes a *tus* hijos”, acumulando el inocente al deicida arrepentido. Y ni siquiera la Mujer Santísima, la Criatura más grande después de Dios, habríale rechazado por cuanto Ella es la Santa, segunda tan sólo en perfección respecto de Dios. El llanto de Judas al pie de la Cruz habría sido para el mundo la plegaria superperfecta de Jesús en favor del pecador. Mas el mundo no era merecedor de contar con la exacta medida de lo que es el amor misericordioso. Y así tal plegaria no se pronunció...

Ahora bien, Jesús, Dios como el Padre, jamás mudó su Corazón ni su Pensamiento respecto de sus elegidos. El no, sino Judas fue el que mudó de corazón y de pensamiento, condenándose libremente. “El”, dice Santiago, “de su voluntad nos engendró con la palabra de verdad a fin de que seamos cual las primicias de sus criaturas”.

Esto que ahora te digo va para los verdaderos fieles de Dios y, en especial, para los elegidos de entre la grey selecta. Mas las primicias, para ser tales, o sea, de gran valor, han de ser sin taras. Responder con la buena voluntad a la Voluntad de Dios, esto es: ser “prontos para escuchar, lentos para hablar y lentos para la ira”.

Alma que yo tengo encomendada, he aquí ahora un consejo importante que mi Señor me encarga transmitirle. Acógelo porque viene de la Luz y es todo luz, viene de la Sabiduría y es todo él sapiente, viene de la Justicia y es todo él justicia. Acógelo como acogiste los precedentes, con la misma docilidad con que un girón de niebla se deja llevar por el viento. Dios es tu viento y te conduce por vías prácticas y justas. No hay ni un solo acto suyo sobre ti que no sea de infinita benevolencia. Mi Señor te dice por conducto de tu “buen compañero”, por mí, Azarías: “Sé lenta en el hablar”.

Hasta ahora tú has hablado, respondiendo con sinceridad hasta a aquellas preguntas que eran de simple curiosidad. Basta ya. Recuerda que no tienes ante ti intenciones rectas ni caridad verdadera. Te preguntan con mucha humanidad y no siembre *conbuena* humanidad. ¿Para qué? ¿Para ayudarte? No, sino los mejores por simple curiosidad y los demás por sorprenderte en fallo. También a Jesús le interrogaban los fariseos, escribas y saduceos por estos dos motivos: curiosidad o perversa intención, ociosidad de discursos inútiles o esperanza de sorprenderle en culpa.

Quiénes son tus testigos ya te lo dije cuando mi Señor, que lo es también tuyo, me ordenó que te lo dijese. A cualquier otro, fuera de éstos, míralo y trátalo como a un extraño al que *no ha de admitírsele* en los dominios del Rey, ya que es dudoso, cuando menos dudoso, el espíritu con que pretende filtrarse, como indagador, “en el huerto cerrado”. Sé lenta, lentísima, avara, avarísima de palabras con todos, a excepción de tus testigos. Ya ves tú cómo los demás no cambian de actitud. Parece al pronto como si remontasen de nuevo la pendiente que lleva a la Luz; mas, después, recargados de excesivas teorías y sin aligerarse con el aura espiritual que podría contrarrestar el peso de sus teorías, tornan a caer al punto de partida. Y a veces, ya de intento o por incapacidad de comprensión, desfiguran sus razonamientos incitando al mal en contra de la prudencia y de la caridad. Has tenido entornada la puerta por mandato de Dios a fin de que no tuviesen la excusa de no saber. Mas ahora, *ciérrala* por mandato de Dios. Reclúyete en ti misma con tu gran Tesoro y tu tesoro menor que son: Dios y la Obra³, abundando en una exquisita caridad de plegarias y de perdón con aquellos que no la han tenido contigo, como lo han demostrado de mil maneras. Mas, con todo, has de guardar una obligada prudencia, pues si bien está dicho todo aquello que podría convencerles pero que ellos rechazan sin querer convencerse, resulta inútil intercambiar palabras vanas en cosas que vanas no son. Imita al Santísimo Señor Jesús el cual, tras haber hablado incansablemente por espacio de tres años ante quienes ni sus palabras ni sus obras ni su ejemplo lograron hacerles cambiar en su favor antes, al contrario, se concitaron para condenarle, les opuso, por fin, el silencio. Tú y ellos, a la sazón, os expresáis en dos lenguas diferentes. Y, dado que a una de las dos partes le falta la caridad, esa parte carece de luz para comprenderte.

Llegó, pues, el tiempo de los “grandes silencios” que la beatísima Teresa del Niño Jesús te profetizó durante tu exilio entre montañas en el verano de 1944⁴. Abísmate en ellos. Identifícate cada vez más con Dios apartándote en igual medida de los hombres. Como aconteció cuando Nuestro Señor Jesús te preparaba a ser “voz”, sea Dios nuevamente tu único Director y Confidente⁵. De cuando en cuando te indicará cómo has de obrar. Porque si es verdad que los hombres se creen con derecho a muchas cosas, no es menos cierto que Dios opone su “basta” cuando se falta a la caridad.

Da a conocer una sola vez estas palabras y después... ¡silencio! Silencio tanto de respuestas como de preguntas inútiles; y silencio asimismo de inútiles referencias a quien no puede ni quiere cambiar las cosas.

Y ahora volvamos al hilo de la epístola: “Tardo para la ira porque la ira del hombre no impide el cumplimiento de la justicia de Dios”.

Aún para esto conviene que tú calles. Hay quienes no tienen en cuenta que frente a ellos hay otras personas y, trastocando el mandato, hacen a los demás lo que no querían que a ellos se les hiciese y así exigen de otros lo que ellos, con mucho menor motivo, no saben hacer. Por tanto: ¡silencio, silencio, silencio! No decir nada. Y si te preguntan y provocan hasta el punto de causar turbación en lo que muere con el hombre y sobresaltar tu espíritu, da esta breve respuesta: “Le ruego en el nombre del Señor que se abstenga de preguntar lo que no es necesario que yo le diga”. Respeta el justo mandato de Dios, mandato de callar, para así no pecar de resentimiento ni admitir a gente extraña en los dominios del Rey.

De este modo, alma mía, te librarás hasta del polvo que levanta el viento del rencor, del fango que el conocimiento profundo del alma humana saca a la superficie de los corazones: lagos de humanidad, impidiendo que se refleje en ellos con nitidez el Cielo; te olvidarás cada vez más de la malicia, señal inequívoca de la ponzoña satánica depositada en la sangre del hombre para hacerlo rencoroso e incrédulo; de todo te librarás y, “con mansedumbre”, abrazarás tu gran tesoro: Dios y su Palabra, “la palabra en ti depositada que puede salvar tu alma”. Salvar, sí, tanto por la enseñanza que en cada palabra se encierra como por la paz que te comunica.

Está dicho: “Cristo resucitado de la muerte ya no muere. La muerte no reinará más sobre El”.

Mas también a los pequeños “Cristos” sucederá esto mismo después de la prueba. Ahora estás en el sepulcro⁶. En el sepulcro hay soledad y silencio y tan sólo penetran en él los testigos del sacrificio y de la gloria subsiguiente. A ellos puedes contarles “las cosas que el Señor ha hecho a tu alma”. Para los demás... ¡Silencio!

“Cuando venga el Consolador convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”.

En tu caso, si bien en medida proporcionada a la criatura respecto del Salvador Santísimo, el Consolador, al igual que en Jesús Señor nuestro, les hará ver a quienes te rechazan no teniendo piedad del instrumento al formar juicios contra Dios que lo escogió, les hará presente su pecado, su error de obstinación y de sordera, el desprecio hecho a la Palabra que, una vez más, ha hablado con fines de amor, y la anticaridad para con una hermana. Les hará ver la justicia de cuanto ha obrado en ti y a través de ti y de todas las órdenes que te ha dado. Y, por último, les mostrará *su* juicio implacable referente a la pequeña “voz”, a la que el mundo, los grandes del mundo, de tu pequeño mundo de cristiana no han querido aceptar. Porque, una vez más, los hombres rechazan la Luz que se manifiesta cuando y donde quiere, con los medios más humildes y con los fines más santos para contrarrestar las sombras de una falsa sabiduría que sabe mucho de lo humano, pero bien poco de la Sabiduría verdadera, de aquella que siempre habló a los humildes para alzarlos sobre los poderosos y fluyó de los labios de los sencillos más que de los doctos, ya que el Espíritu del Señor no busca cátedras pomposamente preparadas sino corazones ardientes de amor de los que irradiar sus enseñanzas.

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!».

¹ Alusión a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y a la propia familia de María Valtorta.

² Entre los escritos valtortianos, todavía inéditos, hay un opúsculo titulado: *La muerte grande y la pequeña muerte* (esto es, la muerte eterna o del espíritu, y la muerte temporal o del cuerpo). Servirá para proyectar luz sobre cuanto aquí se afirma.

³ Esto es: los escritos valtortianos integrados por «El poema dell'Uomo-Dio» principalmente y por otras obras que se han ido publicando y se publicarán en lo sucesivo.

⁴ Hace referencia al período de su evacuación (24 abril - 23 de diciembre de 1944) debida a motivos bélicos que transcurrió en el collado de San Andrés de Cómpto, municipio de Capánori, provincia de Lucca.

⁵ Se refiere a la situación de soledad en que María Valtorta llegó a quedar por el traslado del P. Migliorini de Viareggio a Roma.

⁶ Tal sepultura espiritual la constituía su prolongada enfermedad agravada en este caso por la ausencia de su Director espiritual y la oposición promovida contra la propia María Valtorta y sus escritos.

26/5/46

Domingo 5.º después de Pascua

La explicación de Azarías, que seguramente se producirá, viene precedida este domingo por la sonrisa de la Virgen Inmaculada puesto que aparece como tal vestida de blanco igual que en las apariciones de Lourdes y Fátima aunque sin cinta azul o cordón dorado sino con un simple cordón blanco lo mismo que el vestido al que ciñe por la cintura; y, al no llevar velo ni manto, se hace visible el dorado suave de sus cabellos. Es la Dulce vestida de blanco como estaba frecuentemente en Nazaret por el verano, con la diferencia de que ahora su vestido supera en esplendidez a todos los tejidos de la tierra, siendo, al parecer, de un lino verdaderamente ultraterreno.

Está desde ayer noche confortando y sonriéndome y, en mis dolores que me impiden por completo conciliar el sueño que podría ser la evasión por algún tiempo de las numerosas cruces que me oprimen, la vuelvo a encontrar siempre presente a la salida de cada duermevela intermitente que es el único descanso para mi cuerpo postrado y acabado que no puede reposar con un sueño *de verdad*. Su candor, la blanca emanación de su Cuerpo glorificado y la inexplicable expresión de su Rostro irradian como una estrella en la oscuridad de mi estancia y en mi corazón afligido. Así transcurre la noche y la dulce Madre ahí está todavía al amanecer y después, durante las horas que preceden al día. A solas con Ella, la venero con las mudas palabras del espíritu y nada le pregunto porque sé que lo sabe todo, pues comprendo que se encuentra aquí para consolarme, no siendo necesario que yo le pregunte porque la Madre se adelanta a las preguntas de quienes sabe son sus hijos... Así, en estos pensamientos, paso las horas. Muchos dirán: «Yo le habría preguntado esto o aquello». Pues yo, de tener algo que preguntar, le diría tan sólo. «Haz Tú lo que sea mejor». Yo, por mi parte, no pregunto nada de nada. Dios sabe qué es lo mejor; María sabe qué es lo mejor. Por eso digo yo: «Haced vosotros lo que juzguéis mejor...» y esto es para mí la paz completa. Una paz que sobrenada por encima de todo cuanto los hombres desencadenan con sus maldades, egoísmos, vilezas, mentiras y otras infamias semejantes, insuflando todo esto sobre el reducido reflejar el Cielo. Y pienso yo: «¿Qué castigo tendrán aquellos que turban los espíritus entregados por completo al servicio del Señor?».

Y la Madre Purísima me contesta:

«El que Jesús te ha explicado en numerosos dictados y que, en tu caso, has visto verificarse muchas veces. Porque es en vano atribuir otros nombres a lo que sucede a éste o a aquél que faltó a la misión que tenía a tu lado o te causó dolor y turbación. Su nombre es el que sabes.

Hija mía, ¿te acuerdas de aquella ocasión de melancólica paz en que me aparecí a ti en hábito de Servita y te atraje a Mí bajo el manto negro para protegerte al tiempo que lloraba mirando al septentrión? Ahora te voy a explicar el significado de aquella visión profética.

Mi Hijo —y por ahora no puedo aclararte las razones de ello— te había puesto bajo la tutela de los Siervos de María porque, hija mía, no puedes estar sola con tu gran Tesoro. También a Mí dióme el Eterno la tutela de un esposo que, si bien resultaba inútil para el acto de engendrar, era necesario para tutelar cuanto estaba a punto de descender a Mí: el Tesoro del Cielo y del Mundo. Mi Divina Maternidad podía muy bien haberse llevado a efecto sin José. Mas, debido al escándalo de una no desposada que engendra un hijo, por el indicio que tal maternidad en una inocente habría proporcionado a ese incansable escrutador de almas que es Satanás y, finalmente por la necesidad que el párvulo tiene de un padre que le proteja, la Sabiduría Santísima me impuso el esposo. Todas estas razones se me aclararon a partir del momento en que se me infundió el Espíritu Santo haciéndome Madre. Entonces comprendí la justicia de mi matrimonio que hasta entonces, sólo por obediencia, había aceptado.

Pues bien, hija mía, también a ti Jesús te proporcionó una tutela. *Esa* tutela. No pretendas indagar por qué fue ésa y no otra. A tanto equivaldría asimismo querer indagar, por ejemplo, por qué Judas de Keriot fue el duodécimo apóstol y no uno de aquellos santos y humildes pastores. Así pues, *Yo* te acogí bajo el negro manto de Servita, *Yo* que, con aquel hábito, lloraba porque veía —y puedes comprender a donde miraba— porque veía de qué manera se contravenía a los decretos de mi Jesús sobre la Obra, sobre el instrumento y sobre el trato que se daba a aquélla y a éste¹. Para que tú no sintieses demasiado el vacío allí donde mi Jesús, por un especial y siempre adorable motivo suyo, te había colocado, *Yo*, para hacerte sentir toda la protección de la Reina de esa Orden y de los hijos de la misma que, por su vida perfecta, están conmigo en el Cielo, te atraje a Mí, junto a mi Corazón, protegiéndote con mi manto a la vez que lloraba por aquellos que faltaban a su deber.

Mas no te aflijas, hija mía. Ten presente a tu Madre, aun en esta coyuntura, pues te asemejas a Ella cuando, forastera en Belén y cargada con la Palabra encarnada, llamó en vano a las puertas en demanda de ayuda, de hospedaje y piedad. Piedad, más para la Palabra que llevaba que no para Sí, pobre mujer gravada con la maternidad y cansada del largo camino.

Nuestro Juan expresa una gran verdad acerca de estas repulsas, de esta sordera en comprender y de esta tibieza, o mejor, hielo en acoger la Palabra: “El Verbo —la Luz— brilló en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. El Verbo —la verdadera Luz— estaba en el mundo; mas el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no le recibieron”.

Y, al no recibirle a El, rechazaron también a Aquélla que lo llevaba y que, a los ojos de Israel, era tan sólo una pobre mujer a la que “era imposible que Dios hubiérale confiado”. Era, por tanto, una estafadora, una mentirosa que buscaba artemente protecciones y honores inmerecidos. Y... siempre así, hija querida. Somos, pues, mal vistas, perseguidas, despreciadas e incomprensidas porque llevamos la Palabra que el mundo no

quiere acoger. Y vamos, cansadas y doloridas, de corazón en corazón, pidiendo: “¡Acogednos, por piedad! Por piedad, no tanto de nosotras cuanto de *vosotros*. Porque nosotras, en este don que llevamos, tenemos, es cierto, nuestro peso y nuestra cruz de criaturas, mas también nuestra paz y nuestra gloria de espíritu, no ambicionando nada más. Ahora bien, nuestra solicitud y nuestro afán son tan sólo por la Palabra, por la Palabra que os llevamos *a fin de que*, al ser Vida, *sea dada a aquellos por quienes fue depositada en nosotras*.”

¡Cuántos en Belén, tras haberse manifestado la gloria del Señor con su Resurrección y se difundía su Doctrina por el mundo, no habrían querido haber acogido a la Portadora de la Palabra en aquella gélida noche de Casleu² para poder decir: “¡Nosotros la reconocimos!” Mas, ¡era ya tarde! El momento de Dios llega y pasa, no reparando los lamentos tardíos el error. Esto debiera hacerse presente a quien se debe.

Mas tú no te aflijas. Estás justificada a los ojos de Dios, lo mismo que Yo lo estuve de dar a luz al Rey de los reyes en una cueva fétida. No es nuestra la culpa de no honrar dignamente al Verbo que se derrama sino de quienes nos impiden honrarlo públicamente. El incienso de nuestra amorosa y secreta adoración es bastante a sustituir a todo otro honor que se nos niega tributar al Verbo depositado en nosotras.

Alégrate, hija mía, y espera, recordando que el Omnipotente hasta de las piedras puede suscitar hijos de Abraham y no te dejará sin el consuelo y ayuda de guías sacerdotales³, suscitando a quien, por obligación, se encargue de ese cometido, lo mismo que ahora, en el momento preciso, te ha concedido el maestro angélico para acrecentar tu consuelo».

Y María resplandece gloriosa y dulce más que nunca mientras recibe el saludo de Azarías cuya luminosa presencia parece tenue respecto de la luminosidad de la Virgen.

Y Azarías habla estando arrodillado con los brazos cruzados sobre el pecho, inclina la cabeza y de frente a María cual si estuviese delante de un altar.

Dice Azarías:

«Tú, alma mía, eres uno de aquellos espíritus que el Señor redimió de su pueblo. Porque si Cristo se encarnó, vivió, evangelizó, padeció y murió para redimir a toda la Humanidad; si, más particularmente, lo hizo para los que eran de Israel y aún más para aquellos que en Israel acogieron al Maestro, no todos éstos ni sus descendientes, o sea, no todos los católicos han sido igualmente redimidos, ya que no todos responden igualmente con generosidad a la generosidad de la Gran Víctima Salvadora. El nombre de cristianos católicos ha sido y es llevado por millones y millones de almas, mas no todas estas almas sobre las que cayó la Gracia para tornar a hacerlas hijas de Dios, han sabido ser redimidas para siempre, serlo eternamente e inmediatamente después de la muerte, porque su “buena voluntad” fue más o menos defectuosa en ellos.

La generosidad exige correspondencia de generosidad. Nosotros, espíritus, que vemos a los hombres desde lo alto de los Cielos y les seguimos con la luz divina que nos sirve de guía, contemplamos los maravillosos prodigios provocados por esta porfía de generosidad establecida entre el alma que se entrega a Aquél que se le entregó y Dios que se entrega en mayor medida aún para recompensar al generoso que a El se da. Y con verdad podemos decir, respondiendo al porqué de las ascensiones y descensos de muchos, que está ligado y es consiguiente al grado de generosidad con que un alma se adhiere al Señor. La cultura y la posición en el mundo tienen tan sólo un peso relativo. Lo que cuenta es la generosidad porque generosidad es al mismo tiempo caridad. Por lo que quien es

más generoso es más caritativo. Y a mayor grado de caridad se corresponde una unión más grande con Dios. Y así, donde Dios se halla grandemente unido a un espíritu, éste, prescindiendo de otros agentes externos, se cambia de espíritu común a espíritu elegido, capaz de llevar a cabo lo que, de suyo, sería incapaz porque en la unión es Dios el que obra con sus perfecciones y con arreglo a sus fines.

Cuando, por tanto, una criatura se ve arrebatada a especiales altezas, debe cantar humildemente, tributando alabanzas a aquél que las merece: "El Señor ha redimido a Jacob su siervo".

¡Ay, ay de aquéllos que dicen: "Yo he llegado a esto porque lo he querido! ¡El mérito es mío!". El hombre no tiene otro mérito que el de su buena voluntad que debe ser activa y humilde hasta la muerte de la criatura. Ahora bien, el mérito es de Dios que os proporciona auxilios para cambiaros de hombres en dioses. La soberbia de proclamaros autores *únicos* de vuestra elección es suficiente para hacer de un elegido un réprobo porque la soberbia es aborrecible a Dios, el cual se retira con sus dones mientras el soberbio, en vez de inclinar su cabeza diciendo "he pecado", persiste tercamente en querer aparecer como no es, cayendo así en mentira y sacrilegio y terminando por mudarse de lo que era en futuro réprobo.

Estoy hablando delante de la Llena de Gracia, de la Sin Mancha Original y de la que mereció ser Madre de Dios. ¿Qué glorias mayores que éstas? ¿Qué garantías más grandes de gloria? Aquí está Ella y lo sabe. Pues bien, si, por un supuesto, en un momento cualquiera de su vida, toda ella sembrada de sucesos aptos a despertar la soberbia en cualquier persona, Ella hubiese tenido un movimiento de soberbia, de nada le habría servido ser sin Mancha, Llena de Gracia y Madre de Dios. Lo mismo que cualquier otro ser creado hubiera decaído de su espléndida naturaleza puesto que la soberbia *todo* lo destruye.

Y resulta ocioso pedir a Dios, como dice la Oración, que nos dé buenas inspiraciones para ponerlas en práctica si antes no se tiene descombrado el terreno del corazón de toda planta de soberbia. Donde no hay humildad no pueden las buenas inspiraciones traducirse en obras ya que éstas se apoyan siempre en una base de humildad que las sustenta.

Continuando la epístola del domingo pasado, escribe el apóstol Santiago: "Poned en práctica la palabra del Señor y no os limitéis a escucharla engañándoos a vosotros mismos".

Mas ¿cómo la habéis de poner en práctica si antes no cercenáis para siempre el orgullo del yo? Obedecer es humillar el propio juicio al de otro al que, obedeciéndole, confesamos superior al nuestro. Por eso un primer acto de humildad es reconocer a otros una mayor capacidad de dirigir y de juzgar.

El orgullo y el egoísmo, como dos astas afiladas siempre renacientes, tratan de destruir esta humildad. Mas el hombre debe hacerla renacer de continuo si quiere ser capaz de poner en práctica las enseñanzas, órdenes o consejos e inspiraciones de Dios.

La Palabra del Señor es palabra que extirpa cuanto de bajo hay en el hombre para hacer crecer con vigor todo lo que en él hay de alto, espiritualmente alto. Mas si queda apoyada a duras penas sobre el corazón, convertido en granito por el egoísmo o la soberbia, o muerto tal vez por la pereza, no puede fructificar.

Fructifica cuando penetra, echa raíces, lanza el tallo, da las hojas, las flores y, por fin, el fruto, o sea, cuando se la acoge, se la atiende con amor y constancia y con el mayor esfuerzo posible se la ayuda a crecer y a adornarse con todas las virtudes que son el resultado de la unión de la Palabra docente con la voluntad operante.

Dice Santiago: "Engañándoos a vosotros mismos".

¡Cuántos se engañan de esta suerte! Creen hallarse debidamente situados sólo porque van a escuchar la palabra de Dios. Mas escuchar y no practicar, creerse a salvo por ir a escuchar es engañarse a sí mismos.

La palabra debe ser asimilada y hecha una sola cosa con el *yo*, lo mismo que el jugo de los alimentos se hace una misma cosa con la sangre en la cual se vierte. Si alguien contrajese una enfermedad por la que dejara de asimilar los alimentos, por más que se comiera entero un cordero al día, moriría de consunción. Otro tanto ocurre con aquellos que escuchan, escuchan y escuchan la divina Palabra y después no la convierten en jugo para su espíritu. Creen nutrirse cuando simplemente no hacen sino atiborrarse de materias inertes.

Dice Santiago: "El que así hace, es como quien después de haber visto su propio rostro en un espejo, se aparta de él y lo olvida".

Yo diría más. Diría: es como quien se pone delante de un espejo; mas, por no abrir los ojos o por querer hacerlo a oscuras, no ve los detalles de lo que tiene delante y, por eso, no puede recordarlo.

La Ley santa, hecha dulcísima en el Evangelio de Cristo, si ha de ser recordada y practicada, debe ser conocida con plenitud de luz y de voluntad. Y en vano se proclama religioso y siervo de Dios el que la conculca por pereza, por necedad o por odio a la caridad.

¿Cuál es, por tanto, la verdadera religión, cuál la práctica verdadera de la Palabra hecha Doctrina? Aquélla que se resuelve en obras buenas. Y Santiago no cita la frecuente asistencia a las funciones, la ostentación en los ritos y cosas semejantes sino que se limita a nombrar la prudencia y la caridad.

¡Oh, cuántos huellan una y otra! ¡Cuántos hacen llorar a sus propios hermanos por no saber refrenar la lengua maldiciendo, alabando fuera de tiempo y lugar o no sabiendo guardar un secreto cuya divulgación puede rodear de una pequeña aureola mundana a su pobre cabeza que va buscando guirnaldas de paja y no las auténticas frondas de las palmas celestiales, cuando pueden lesionar el derecho de Dios, la obediencia a Dios y la paz de los hermanos!

La prudencia es ciertamente una de las virtudes cardinales. Mas el número de los que la practican de un modo heroico es muy, excesivamente raro e innumerables las lágrimas que se derraman por las imprudencias, tanto más culpables cuanto proceden de quienes, por su misión, se hallan propuestos para servir de ayuda, guía, freno y consuelo a los hermanos, siendo los daños causados muy grandes. Daños, no a una cosa humana sino a las cosas más sublimes que son manejadas sin prudencia alguna y, por tanto, despojadas de aquel velo santo y suave con que Dios envuelve sus luces más santas para ser lanzadas al desnudo como pasto de los mortales.

Estos tales deberían tener presente al gran Moisés que se retraía tanto de mostrar al público el reflejo divino, que permanecía con el rostro cubierto con un velo porque no todos los israelitas eran dignos de conocer el reflejo de Dios.

La segunda manifestación de la religión pura e inmaculada, según Santiago y según los verdaderos justos, es la de la caridad con el prójimo, de la que cita Santiago los dos casos más piadosos, que son: visitar en sus tribulaciones a los huérfanos y a las viudas a fin de que no se sientan abandonados ni les atropelle el mundo que desconoce la caridad.

Mas viudas y huérfanos no son únicamente quienes perdieron un esposo o a sus padres. Hay duelos, soledades y desamparos mayores que los de un afecto y una tutela que

terminan en una carne y un corazón. Son los abandonos de quienes, siendo “voces de Dios”, no se sienten ya sostenidos ni protegidos por quien está obligado a ello. Y esto clama a Dios con el grito de quien gime en un desierto y ya no cuenta sino con la Estrella en el Cielo para guía de sus pasos.

¡Sacerdotes!, ¿cuál es vuestro ministerio sino el de ser todo para todos y, en especial, para éstos, para estos mártires del querer de Dios? ¿No sois ya, pues, los descendientes de aquellos sacerdotes, de aquellos diáconos, de aquellos obispos y pontífices que, en tiempos de persecución y, saliendo de las catacumbas, bajaban a las cárceles y penetraban en las arenas dispuestos a morir caso de ser descubiertos en su gestión de amor de llevar un socorro fraterno y espiritual a los martirizados por el nombre de Cristo? Vuestros peligros son pajuelas comparados con los de ellos. Con todo, nada les detenía para afrontarlos porque el Sacerdocio es milicia, milicia que debe saber combatir al flanco de los laicos y ser la protección de los instrumentos de Dios, desempeñando para los mismos el cometido de los Arcángeles que ponen en fuga al Adversario en las distintas formas con que se presenta. Dispuestos a morir en la tranquilidad de una vida sencilla y prontos a salir de ella momentáneamente menoscabados, ¿pero en qué? En el concepto mísero de los humanos, si bien aureolados con la guirnalda fúlgida de una justicia heroica por haber sido los “padres”, los “cireneos” de los instrumentos crucificados.

Y así, por más que no se os achaque impureza alguna, ésta de temer los juicios del mundo y, por ello, ser impuros en vuestro comportamiento con los instrumentos, pesa sobre vosotros. Por tanto, no os véis libres de la mancha del mundo ya que pensáis al modo de este vuestro mundo en el que se valora el respeto humano y no el sacrificio que supone ser fieles a la justicia y a la caridad.

Mucho es lo que se sufre en el Cielo por nuestro sufrimiento de amor, viendo los sufrimientos de las almas elegidas por Dios y despreciadas por el mundo. El Cielo se inclina sobre ellas multiplicando sus luces para enjugar sus lágrimas y recoger sus gemidos. Mas la caridad del Cielo no excluye la que los hermanos *deben a sus hermanos*, ya que éstos son, al pronto, carne además de espíritu.

Y si, procedentes del Padre que los suscitó por motivos de bondad que sólo en el Cielo se conocerán, han de volver al Padre cargados con sus coronas de espinas, ellos, los instrumentos aflictos y atormentados, seguirán rogando por sus atormentadores. Con todo, no está dicho que el Padre haya de perdonarles todo a aquéllos que tan injustamente les atormentaron gravándoles con cargas no aprobadas por Dios.

Apagáis ciertamente las “voces” y así vuestro cielo se oscurece por momentos a falta de estrellas. No os lamentéis por tanto, si vuestro legendario no se satura de flores. Una flor, para brotar y desarrollarse, se la ha de cultivar y no aplastarla con pesos de indiferencia ni apañuscarla con durezas injustas.

¡Ay de aquéllos que, con el paso de este pensamiento, hacen que se doble el tallo que tendía al Cielo!: “¿Soy yo, por ventura, un satanás?”. Pensamiento molesto que obliga a bajar hacia la tierra los ojos que miraban con seguridad a su Dios, almas heridas, vueltas dubitantes, cansadas... ¡Pobres almas! Mas no ellas sino quienes las envilecieron serán llamados a justificarse ante el Señor. Y tú, alma mía, recuerda esto: “Cuando, debido a un trabajo, se malogra alguna perla humana y, con todo, se continúa aquel trabajo con sólo el espíritu sobrenatural de dar gloria a Dios y ayuda a los hermanos, entonces dicho trabajo se supersantifica y sobrenaturaliza haciéndose provechoso”.

Recuerda esto. Y que lo que te oprime te sirva al mismo tiempo de sostén. Sube, sube con tu santo peso del Tesoro de Dios hasta la última cima. Escribe, escribe hasta la

última palabra por más que cada palabra te arranque una lágrima que sabes ha de quedar ignorada, siendo inútil por ello para tantos que, por el contrario, tienen necesidad de ella. Tu caridad, alma víctima, hacia Dios que te habla y hacia los hermanos que esperan, ha de ser siempre activa por más que la tibieza humana no haya de sacudirse ni hacer activo el don de Dios.

Queda en paz. No llores más. Y saludemos a la Bendita con su mismo canto que es el de los grandes humildes».

Y Azarías canta el Magnificat tan celestialmente que el raudal de mis lágrimas se corta para seguir esta armonía celestial...

¹ Aquí el Servita P. Conrado M. Berti, anotador insigne de ésta y de las demás obras de María Valtorta, que vivió activamente los incidentes, desagradables por cierto, surgidos en relación con la persona de María Valtorta y su Obra, consigna una extensísima y detallada nota de lo ocurrido que, precisamente, por su gran extensión, no la transcribo. (*N. del T.*)

² Casleu o Kisleu es el noveno mes del año hebreo que corresponde a nuestro noviembre-diciembre.

³ Cuando el P. Migliorini, O.S.M., hubo de abandonar por orden superior Viareggio y la Toscana, le sustituyó el P. Luis M. de Jesús Crucificado, Pasionista. Este santo y apostólico sacerdote, no obstante, fue tan sólo director espiritual de María Valtorta con alguna que otra visita y numerosas cartas. El P. Migliorini, en cambio, fue y continuó siendo, el mecanógrafo de las quince mil páginas valtortianas y el que siguió luchando (primero solo, después con el P. Berti y, por fin, este último, a la muerte del P. Migliorini) para solucionar todas las dificultades y publicar todos los escritos de la Enferma.

2/6

Domingo infraoctava de la Ascensión

Dice Azarías:

«Esta Santa Misa, alma mía, es propiamente toda para ti. Para ti en la hora presente, para iluminar tu corazón con los rayos de la esperanza, de la confidente esperanza en el Señor tu Padre, tu Hermano y tu Esposo.

Mira, da comienzo con las palabras de tu plegaria interior: “Escucha, Señor, la voz de mi plegaria; a Ti te habla mi corazón”.

Sí, verdaderamente tu corazón habla al Señor tu Dios y con palabras que no se pronuncian por necesidades terrenas, por alivios físicos ni por cosa alguna de las que los hombres acostumbran a dirigirse al Altísimo pidiéndole cosas del todo terrenas. No es pecado pedir las. Jesucristo, Señor Santísimo, enseñó a los hombres a pedir el pan de cada día. Mas, si acertáseis a meditarla, veríais que esta petición, de una necesidad totalmente humana, la pone a seguido de estas tres sublimes peticiones: que al Nombre Santísimo de Dios se le tributen los honores debidos al mismo; que venga su Reino; y que se haga su Voluntad así en la Tierra como en el Cielo. La oración, perfecta al ser enseñada por el Verbo, tras haber planeado en las alturas, desciende cual golondrina de luz amorosa, en raudo vuelo, a suplicar: “danos hoy nuestro pan de cada día”; mas he aquí que, de pronto, torna a subir de la necesidad animal del alimento a la necesidad espiritual del alma y vuela, aligerada de nuevo por el deseo de perdón de la criatura, “como nosotros perdo-

namos sus débitos a nuestros deudores”, pidiendo ser perdonada y, después de haber desarrollado un ciclo de oración perfecta, termina posándose nuevamente a los pies de Aquél a quien, adorándole, llamó al principio “Padre”, pidiéndole lo que un Padre amoroso puede hacer: defender a sus hijos de la tentación.

Esta oración enseña al hombre, sin laguna ni defecto alguno, *cómo, por qué y para qué se debe orar*. Mas, generalmente, el hombre no hace sino pedir por la acuciante necesidad material. ¡Y si tan sólo fuese por la necesidad de pan...! Mas ¡cuántas, cuántas necias, cuando no ofensivas peticiones desgranar las afanosas plegarias de los hombres!

Uno que tan sólo ruegue por cosas espirituales y por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos, viene a ser como una estrella encendida en el gris uniforme de la Humanidad. Así es como ve el Cielo a estos orantes solitarios y su súplica resuena con voz de oro entre la cantinela de las desentonadas, roncas y pobres súplicas del 90 por 100 de las criaturas.

Verdaderamente, si por un instante el Perfecto accediese a las demandas de la imperfección, esto es, de la Humanidad que ama voluntariamente la imperfección; si se hubiera de dar cumplimiento a cuanto habría de entrañar pecado — porque rara vez los hombres se abstienen de suplicar porque se vean secundados sus instintos y saciados sus deseos viciosos — o si tal vez no se llegara hasta el pecado, siempre sería un envilecimiento de la criatura que, olvidándose de que tiene un alma, se ocupa y preocupa tan sólo de dar satisfacción a su cuerpo.

Mas, bienaventurados aquéllos que saben pedir por su espíritu y por las cosas espirituales. Y más bienaventurados aún quienes ni cosas santas saben pedir sino que se limitan a decir: “Tú que sabes qué es lo mejor para mí, dame lo mejor”. Y, bienaventurados en sumo grado son aquéllos que, llegando hasta olvidarse de sí mismos y de pedir a Dios que les dé lo mejor, se limitan a formularle esta petición: “Te ruego que se cumpla lo que es de tu gloria y sirve para la santificación de los hermanos”.

Entonces es cuando el que ora se eleva hasta la oración perfecta, hasta aquélla que, olvidando los *propios* martirios, suplica por los demás. La súplica de Jesús Santísimo sobre la cruz sobrepujo en elevación a la de obediencia del Getsemaní. Fue más elevada por ser de perfecta caridad: “¡Padre, perdónales!”.

Cuando dices: “Padre, no por mí sino por el bien del que tantos hermanos pueden estar necesitados y para que este bien contribuya al aumento de tu gloria”, entonces es cuando llegas a la perfección en la oración, perfección por la que la criatura de tal manera se adhiere a su Dios que llega a fundirse con El y a compartir sus mismos deseos que son: el bien, la santificación y la gloria de los hombres para glorificar al Señor. Esta es la voz de tu plegaria. Así habla tu corazón a Dios y Dios por esto te ama como a hija muy querida.

“Busqué tu Faz y la hallaré”. ¡Esto! ¡Así es! Y no imitar jamás a aquéllos que, tras haber buscado la Faz de Dios en la hora de la necesidad, ya no la buscan, una vez obtenida la gracia, como tampoco a aquéllos que, no habiendo recibido la gracia, dejan de buscar la Faz de Dios, cual si El fuese un enemigo invisible a sus ojos.

No. La vida de un alma amante debe ser desde la Tierra lo que ha de ser en el Cielo: un mirar fijamente de continuo a la Divinidad para adorarla, honrarla, amarla, gozarse en Ella y captar sus Palabras de luz, como hacemos nosotros, los ángeles. Y ¿en la necesidad? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En la satisfacción por la gracia obtenida? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En el gozo? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En

el dolor? Levantar la mirada espiritual a Dios. ¿En los abandonos? Levantar la mirada espiritual a Dios: para recibir ayuda, para darle gracias, para hacerle partícipe de vuestro gozo, para que se compadezca de vuestro dolor y para no estar solos.

¡Qué gozo poder tener prendida la mirada en la Divinidad! Esta es, María, la bienaventuranza del Cielo. Como tú ya lo ves, al completarse el último detalle de la desgarradora y completa Pasión del Redentor, fue permitido que se ocultase a su espíritu la Divinidad. Y entonces el Voluntarioso, el Heroico y Silencioso en el dolor lanzó el grito de su completo dolor: “¡Padre!, ¿por qué me has abandonado?”.

¡Oh, si se profundizase en la inmensidad, en lo acabado del dolor que aquel grito encierra! El Cielo se estremeció por El y la Divinidad hubo de violentarse a Sí misma para resistir y no tener compasión a fin de que todo quedase reparado y cumplido para la expiación de la Humanidad *que había abandonado a Dios por seguir al Tentador*. Los Angeles temblaron ante el desconocido aspecto de la Divinidad, por primera vez inmisericorde, y lloraron al meditar y comprender plenamente el abismo del pecado perpetrado por Lucifer y los otros rebeldes, instaurando el Mal y provocando los sufrimientos consiguientes que culminaron en los de la Gran Víctima. Superaron al obedientísimo y dulcísimo Verbo poniéndole en parangón con lo que era, es y será la creación. Y hasta en el reino de las Tinieblas aquel grito provocó un bramido, apagando hasta el último y tenaz pensamiento de poder ser un día perdonados.

No. La Tierra se estremeció, se rasgó el velo del Templo y se abrieron los sepulcros con el grito imponente con que el Mártir entregó su espíritu. Mas lo que hizo estremecerse a la Tierra, rasgarse el Velo y salir de los sepulcros a los justos fue el deicidio consumado, la señal dada a los incrédulos y odiadores, y la alegría de los justos expectantes. ¡Oh!, y esto aconteció al tiempo que el grito de abandono completo sacudió los espíritus, a *todos* los espíritus, triturándolos con una angustia como jamás fue ni será, porque el abandono de Dios, el no poder ya verle, es la prueba más atroz para los vivientes y el castigo mayor para los que pasan a la otra vida. Y aquí no se trataba de la prueba impuesta a una criatura, ni únicamente del Hombre que se encontraba separado de Dios sino que era que el Verbo ya no estaba en contacto con el Pensamiento, que el Hijo se hallaba separado del Padre y que el Hijo de Dios pasaba del amor perfecto a no sentir ya el amor perfecto del Padre-Dios, quedando amando desoladamente en solitario.

Ahora bien, tú, alma mía, eres víctima; mas no la Gran Víctima. Por eso no se te da esta desolación. La conociste para comprenderla; la apuraste para aliviar a tantos hermanos de las desesperaciones provocadas por la ferocidad humana y la tuviste durante el tiempo preciso!. Ahora ya no. Alza la mirada de tu alma. Mira. Bienaventurados... y canta conmigo el aleluya. La Divinidad te tiene bajo su mirada como la clueca a sus polluelos. Recógete bajo este fulgor feliz..., paremos, tú de escribir, yo de hablar, y adoremos...

Y ahora, saliendo del Fuego Santísimo totalmente recobrada, purificada, encendida y voluntariosa, di las palabras de la oración: “¡Oh Dios!, haz que yo tenga siempre una voluntad de continuo a Ti sumisa y que sirva a tu Majestad con un corazón sincero”. Sí, que nunca sea tu voluntad la que prevalezca; que jamás conozca desfallecimiento ni se malee con compromisos o se rebaje con reflexiones tendentes a juzgar conforme al criterio humano si la Voluntad Santísima te da órdenes que no te parecen las más acertadas.

Ten siempre esta fe realista: que Dios no hace sino cosas buenas. Hace. Y aunque, al pronto, no comprendas el porqué de una orden, cúmplela. Y por más que la orden te parezca arriesgada, cúmplela. Sirve con corazón sincero y basta. Los siervos buenos, devotos y fieles jamás critican las órdenes de sus señores sino que se remiten al juicio de los mismos que, para los buenos siervos, es siempre el óptimo. Ahora tú sirves, no ya a

un rey, a un príncipe o a un señor cualquiera de la Tierra que, por muy bueno que sea, se halla siempre sujeto a error, sino que sirves al Señor Dios Omnipotente, Sapiente y Bueno. Por eso, con la tranquilidad de quien se sabe mandado por uno que no yerra, escucha y obra conforme a su querer. ¿Que es orden que te letifica? No te ensorberbezcas antes haz y adora alabando al Señor. ¿Que, por el contrario, es orden que te acongoja? No te desanimes sino cúmplela y ama obedeciendo al Señor.

Escuchemos ahora al Apóstol Pedro, el grande y buen Simón de Jonás que se formó con una constante y penosa labor de buena voluntad para llegar a ser digno de su Maestro, sin cálculo para el futuro y con el único estímulo de dar gusto a su Rabí y Dios. Escuchemos al hombre que, de todo cuanto él vivió humanamente, supo hacer dote para su futuro ministerio, cambiando, a fuerza de amar, lo humano en espiritual. Y, de padre de las gentes, llegó a ser pastor, maestro y nauta de la Iglesia, pero, sobre todo, padre, padre de dulcísima y firme paternidad para todos los hijos que su Jesús habíale confiado con sus tres recomendaciones a seguido de las tres profesiones de amor: “Apacienta mis corderos y apacienta mis ovejas”. Y Pedro, apóstol y pastor, es el que a ti te habla, corderita del rebaño de Cristo. Escucha: “Sed prudentes y velad en la oración. Pero, sobre todo, tened siempre entre vosotros la caridad mutua porque la caridad cubre la multitud de los pecados”.

¡Qué bien comprendió la lección de su Señor siendo ya israelita adulto! Lección que la transmite a sus hijos y hermanos que no son perfectos, que tienen necesidad de continuas absoluciones para sus faltas y que no siempre tienen a mano al absolutor. Porque la muerte acecha de mil formas y en cada momento puede sonar la llamada para comparecer ante el Juez eterno. Y para entonces, ahí está el absolutor: el amor. Cada pecado, cada omisión, cada imperfección, ¿qué son sino un momentáneo o, tal vez, un pertinaz colapso del amor en el hombre?

El pecado mortal, obstinado e impenitente es el pertinaz colapso del amor, el coma, la agonía mortal que termina en la muerte eterna. El pecado venial es un colapso menos profundo pero que mantiene en torpor al alma. La imperfección es aún menos. Si es involuntaria, apenas si viene a constituir una momentánea relajación en la vigilancia amorosa. Con todo, un hombre llegaría a morir de asfixia si repitiese con frecuencia una parada en la respiración e, igualmente moriría también un hombre mediante alfilerazos indefinidamente repetidos. Moriría, no desangrado sino agotado por los espasmos. Y lo mismo ocurre con el espíritu. Se le debe corroborar aun cuando se encuentre herido con leves punzadas. Y el absolutor que siempre le tiene dispuesto para la llamada de modo que no abrigue temor, es el amor.

Reparar con el amor el colapso más o menos grave producido en el amor. Reconquistar con el amor a Dios para que El incinere vuestras culpas con su Amor y para que recubra con su Misericordia a favor del humilde que reconoce al amor y con el medio adecuado repara la miseria de la criatura tan proclive a manchar su alma.

Tanto en ésta como en la otra vida, las culpas que no merecen condenación se reparan con el amor. Cuando el espíritu aprendió a amar de modo que ya no ofende al Amor, entonces es bienaventurado.

No hay que temer la muerte imprevista ni el juicio de Dios. No son cosas que deban aterrorizar. Teme, sí, en cambio, faltar a la Caridad. Las faltas contra la Caridad provocan el rigor de Dios y sólo el que ha de enfrentarse a ese rigor debe abrigar miedo a la muerte. Los demás, no. Sea que venga lentamente o veloz como un rayo, ella no causa mal alguno al espíritu que se halla purificado de continuo por la caridad.

Tanta debiera ser en vosotros la caridad, que hasta una simple mirada debería constituir una caricia para vuestros hermanos por el amor que la saturase. Y, verdaderamente, cuando Dios habita así en el espíritu hasta el punto de formar un todo con la criatura, el ojo humano se transforma en ese manantial de paz y de afecto, de suerte que todo aquél que sufre, se siente consolado, el que está solo, se siente junto a un hermano, y el que duda, alcanza la fe; porque, como en tiempos de los primeros cristianos, el que convierte es el amor.

“¿Ya veis cómo se aman?”, se decían unos a otros los paganos. Y con este medio tan simple y sublime los cristianos hacían prosélitos más numerosos y convencidos que si hubiesen estado hablando doctamente de la mañana a la noche, sostenido disputas y ejercido presiones.

“Practicad la hospitalidad... sin murmuraciones”. Aquí Pedro indica *una* de las formas materiales de amor al prójimo, si bien sirve para todas el mismo consejo. La caridad debe ser silenciosa, púdica, comprensiva y prudente. Ya lo dijo Nuestro Santísimo Señor Jesús: “Que no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha”. Y esto, no sólo cuando se trata de la limosna, mas también de otras ayudas en otras mayores desventuras, como son las morales y espirituales en las que, si ha de estar purificada de toda escoria, *debe saber obrar y callar*, ya que hasta la simple admiración y el pensamiento íntimo de: “¿Puede haber algo mayor que esto en el hermano?”, aunque levemente, lesiona la caridad. No juzguéis jamás ni aún en vuestro corazón porque hasta vuestro corazón llega el Ojo divino y lee en él. No os hinchéis de soberbia diciendo: “Yo soy más santo porque no tengo estas cosas que rebajan al hermano”. Nada de más santos sino de más afortunados y protegidos. Y eso ¿por qué? ¿Sólo por vuestros méritos? ¿No sería, por el contrario, mucho más meritorio pensar humildemente que Dios os perdona porque sois los más imperfectos de todos y El no quiere vuestra ruina?

Y ahora, dirigidas exclusivamente a las voces, he aquí las palabras de Pedro: “Cada uno, según el don recibido, lo ponga al servicio de todos los demás como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios”.

Vosotras, voces, habéis tenido el don de recibir las palabras santísimas para transmitir las a los hermanos. Ahora bien, hacedlo con alegría, con humildad, con diligencia y generosidad.

Y vosotros, directores de las voces, habéis tenido el don de dirigir a estos instrumentos. Hacedlo con alegría, con diligencia, con caridad, paciencia y heroísmo. No os sentéis diciendo: “Ya lo hará el Señor”. Está dicho que no hay que tentar al Señor ni ser siervos inútiles. Vosotros, al estar quietos esperando a que el Señor haga, tentáis a Dios y sois siervos inútiles, desposeyendo de sabor vuestra sal, no sirviendo ni para conservar lo que Dios os confió y que debe ser tutelado de continuo ya que Dios habla al espíritu de las “voces”, pero teniendo en cuenta que las voces no son únicamente espíritu sino también carne e inteligencia. Velad y vigilad para que ni a la carne ni a la inteligencia las seduzca el Enemigo que acecha para tentarlas, vencerlas y hacerlas caer. No arrastréis las “voces” a la soberbia exaltándolas, ni las llevéis al decaimiento dejándolas sin ayuda. No contribuyáis a su decaimiento dejándolas solas. No faltéis a la caridad con las “voces”. *Su cruz es pesada como el plomo y todo contribuye a aumentar su peso*. Sin el amor no la podrían soportar. ¿Queréis vosotros agravarla con pedruscos de indiferencia, de incomprensión, de dejadez y de excesiva espera en las ayudas sobrenaturales? *También de éstas* os hizo Dios pastores. *También de éstas* os hizo Dios hermanos.

¿Oís a Pedro? Entonces era el tiempo en que, por decreto justo de Dios y por el fervor de los primeros cristianos que de verdad amaban con heroísmo, abundaban las “vo-

3. LUGAR Y TIEMPO DE LA COMPOSICION

- a) María Valtorta escribió este volumen, al igual que los demás de índole religiosa, en Vía Antonio Fratti, en la casita que ahora lleva el número 257, y lo escribió estando en el lecho con el cuaderno apoyado sobre las rodillas, de su puño y letra, con una de las plumas que actualmente se guardan archivadas, de un tirón, sin tener a mano ni consultar libros apropiados, sin correcciones y sin esquemas previos o revisión de ningún género.
- b) Lo escribió entre los años 1946 y 1947, en un tiempo asaz triste y difícil para ella, como aparece y se manifiesta aquí y allá en este volumen y se transparentará más claro aún seguidamente en la publicación que se proyecta de su múltiple y amplio Epistolario.

4. CONTENIDO

- a) El presente Libro viene a ser principalmente un comentario teológico y espiritual basado en 58 Misas festivas que figuran en el Misal reformado por orden del Concilio Ecuménico Tridentino promulgado por San Pío V en el año 1570 y actualizado por los Pontífices subsiguientes; Misal que ahora ha cedido su puesto al restaurado por voluntad del Concilio Ecuménico Vaticano II y promulgado por Pablo VI en el año 1970.
- b) Ambos Misales, como es notorio, son sustancialmente idénticos; empero este último ha añadido, transferido, retocado y rehecho numerosas oraciones; ha introducido gran número de lecturas bíblicas y otras las ha cambiado de lugar, etc., etc.
- c) No es posible, por tanto, ofrecer aquí la tabla comparativa pues ello supondría meterse en un berenjenal intrincado, inaccesible e inútil para gran parte de nuestros lectores. Por lo demás, los mejor preparados y exigentes encontrarán indicaciones de toda clase sobre innovaciones y transferencias en algunos números de la revista «Noticias» y en diversos artículos y libros científicos que seguramente no tardarán en publicarse más adelante.
- d) Eso, no obstante, como, con el tiempo, resultará cada vez más difícil encontrar en casa o en el comercio Misales de San Pío V; en el Índice final
 - suministraremos *la indicación de los respectivos fragmentos bíblicos* del introito, epístola, gradual, tractus o versículo del aleluya, evangelio, ofertorio, comunión;
 - y acompañaremos el texto respectivo *de la oración, de la secreta y del postcomunio.*
- e) Por último, al final del Libro, presentaremos un cuadro debidamente ordenado de los antedichos fragmentos de la Sagrada Escritura a fin de que el lector, que se sirva del nuevo, dé con ellos inmediatamente en el anterior Misal y en este comentario teológico-espiritual. Y con el Índice final reproduciremos asimismo *el título* de cada una de las Misas².

ces". He aquí, pues, que dice Pedro: "Si uno habla, que lo haga como quien expone los oráculos de Dios; si uno ejercita un ministerio, que lo haga por virtud comunicada de Dios a fin de que en todo sea glorificado Dios por Jesucristo de quien es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos".

Las voces no pueden apropiarse las palabras que reciben. Constituiría un hurto sacrilego. Los sacerdotes directores de las voces o de cualquier otra alma, no pueden en manera alguna negarse ni ejercer indolentemente su ministerio puesto que sería menospreciar la virtud comunicada por Dios a sus ministros. Y bien sea que abusasen o dejasen inerte el propio don, cometerían pecado a los ojos de Dios.

El fin de todo aquél que quiera ser justo es dar gloria al Señor. Y al Señor debéis dársela porque todo lo que sois en las vías del Bien es porque El os lo da para que podáis serlo.

Y tú, alma mía, descansa en la promesa de Jesús Nuestro Santísimo: "No os dejaré huérfanos. Me voy, pero volveré y vuestro corazón se llenará de alegría". Descansa en la oración de Cristo: "Padre... al venir a Ti, no te pido que los saques del mundo sino que los salves del Mal". El Consolador, María, está al llegar. Viene precedido por la oración y la promesa de Jesús Santísimo. ¡Viene! ¡Aleluya, aleluya, aleluya!».

Y después de adorar y alabar a su Señor, me dice Azarías: «Dile a Mariano² que comprenda sobrenaturalmente las palabras». Nada más...

¹ M. T. M. y Marta Diciotti suponen que el "tiempo preciso" que aquí se indica, coincide con el período de la guerra mundial 1939-1945 y, en particular, con el de la ya indicada evacuación (cfr. nota n.º 4 del capítulo 13 precedente), período de agudísimos sufrimientos, privaciones y desamparos.

² Esto es: al Padre Mariano de Sanctis, de la Orden de los Siervos de María que durante tantos años llevó fiel y respetuosamente el Santísimo Sacramento a la enferma María Valtorta. El fue uno de los primeros lectores y admiradores de los escritos valtortianos mecanografiados (por él incluso los conocí yo —habla el P. Berti— creo que hacia el año 1945) que su hermano en religión P. Migliorini iba pasando a máquina conforme recibía los autógrafos de manos de María Valtorta. Y siempre continuó leyendo y admirándolos aun en los largos años de apostolado transcurridos más tarde en el Canadá. Hace algún tiempo que volvió a Italia, a Firenze concretamente, alojándose en el archicenobio de la SS. Anunciata. Mas ahora (año 1971) ha tornado a Canadá.

9/6/46

Domingo de Pentecostés

Dice Azarías:

«¡Gloria al Paráclito Divino! ¡Gloria! ¡Aleluya! Celebremos juntos sus alabanzas en esta su Epifanía de amor considerándola en su preparación, en su forma y en sus efectos.

Generalmente la limitación humana considera una sola Epifanía del (...)¹ y una sola de Dios, que es la de Cristo. Verdaderamente el hombre no sabe ver, reflexionar ni comprender. Si el hombre supiese amar, entonces vería, comprendería y reflexionaría conforme al grado de amor alcanzado por su alma.

Cuanto más el hombre se da y abandona al amor para ser envuelto abrasado y destruido a fin de ser construido con nueva forma, encendido para arder y con ello honrar y santificar llevando entre los hermanos el ardor del horno inmenso en el que la criatura se transforma en serafín porque *penetra* verdaderamente en Dios, en el Tabernáculo ardiente que es Dios – el Operador del que todo procede, el incansable que realiza todo, el Perfecto, el Completo, el Santo, el Poder, la Sabiduría, la Luz, el Pensamiento, la Palabra, el Amor, la Vida, la Gracia, el Confirmador de la Gracia – y así el hombre tiene más capacidad de ver, de reflexionar y comprender porque posee la sabiduría. El amor es sabiduría. La sabiduría es fuente de virtud. Nunca el amor, esto es, la sabiduría, se halla separado de la santidad, antes, al contrario, es siempre promotor de la perfección porque mueve al hombre a realizar obras fecundas, y las obras fecundas y constructivas son siempre obras de amor. Como peldaños de una escalera áurea, tales obras lo elevan cada vez más hacia el Cielo y, cual alas que se robustecen con el vuelo, toda obra de amor es vuelo que tiende al Cielo, y dichas obras se hacen cada vez más amplias, santas y gozosas, superando a la propia complacencia que experimenta Dios al obrar.

El hombre, compenetrado con el Amor, se apropia, diré así, los sentimientos del Amor y, con el Amor Trino y Uno, vuelve a crearse a sí mismo, redime a los otros además de a sí mismo, gozándose en crear y redimir; y, aun siendo activo sobre toda medida su obrar en las dos formas de la caridad: adoración a Dios y amor al prójimo, adquiere, mediante el éxtasis dulce, continuo y continuamente percipiente, con las luces sapienciales de Dios en el que se halla inmerso, una majestad profunda, equilibrada, tranquila y solemne que se trasluce de la unión sobrehumana con lo Divino.

En una palabra: estando el hombre amando y viviendo con su espíritu en la Santísima Trinidad, toma del Lugar donde habita los modos y los afectos y, por tanto, el amor activo, contemplativo y gozoso, y asimismo: Luz y Sabiduría junto con la facultad de ver, recapacitar y comprender.

Ahora, por lo que te digo, por la Luz que te traigo, por el ardor que te infundo, quiero que te fijes conmigo en los conocimientos superiores que el hombre, de ordinario, no contempla y que tú *veas* cómo es Dios, el Multiforme e Igual, el que se completa en Sí mismo pero que no se supera por prevalecer Una de sus partes sobre cualquiera de las otras porque el prevalecer y el deseo de prevalecer es ya egoísmo y Dios no conoce egoísmo porque en Dios hay Obediencia en el Hijo, adhesión en el Espíritu a brillar junto al Poder del Padre, mas nunca espíritu de querer aventajar Uno con ánimo de desvalorizar las acciones de los Otros Dos.

Ver a Dios quiere decir fijarse en sus acciones aún en aquellas que los pecados no advierten. Y *ver* quiere decir asimismo darse cuenta de que a las Epifanías de Cristo que el Santísimo Señor Jesús ya te explicó, se corresponden las precedentes Epifanías del Padre y las también subsiguientes del Espíritu.

La primera vez que el Padre se manifiesta es en la Creación. Epifanía inmensa del Poder que, de la nada, lo hizo todo porque el Todo puede hacer las cosas de la nada mientras que la nada, el no ser, no puede por sí formarse ni formar.

Respuesta para los soberbios negadores de Dios es lo que mis ojos ven, lo que innegablemente ven, así como la impotencia que su soberbia no puede menos de constatar, de no poder crear de la nada ni una hebra, ni una sola hebra de hierba. No es en modo alguno crear lo que ellos hacen con instrumentos, fármacos, nuevos cruces de metales, plantas y animales. Eso es trabajar sobre materias preexistentes. Crear es cuando de la nada se obtiene este todo que os circunda, este firmamento con sus planetas, estos mares

con sus aguas, esta tierra con las plantas y los animales que la pueblan, estos hombres salidos primero del polvo transformado por Dios en hombre, este *hombre* creado que se halla vivificado por una vida limitada, mas también por otra vida eterna, con un espíritu provisto no sólo de instinto sino también de inteligencia. Esto es crear. Y el Creador se manifestó en el crear. Esta fue la primera Epifanía de Dios puesta como un radiante sol al inicio de los tiempos para no ofuscarse más, nunca más.

¿Qué organismo hay que, una vez formado, dure eternamente? ¿Qué cosa que no conozca dispersión, ofuscamiento, disgregación, descuido y muerte? Los astros, y hasta el supremo sol, día llegará en que ya no existirán. Los continentes no son ahora como lo eran cuando la Tierra fue creada por Dios. Las dinastías perecen. De los grandes que existieron, muchas veces se ignoran sus nombres al recubrirlos el paso de los siglos con el polvo olvidadizo del tiempo. En cambio la Epifanía del Creador y Padre es y será porque con los resucitados del Ultimo Día quedará la parte superperfecta de la perfecta, esto es: los Vivientes, los Hombres, los eternos.

¿Te asombras, alma mía? ¿No te parece exacto llamar superperfectos a los condenados? Ellos serán la perfección del Mal y allá abajo, en el reino del Rebelde que no quiso doblegar su espíritu en adoración ante el Perfectísimo pretendiendo ser dios en el puesto de Dios, serán un testimonio del poder de Aquél a quien él quiso tratar como a un igual y de lo que puede como Creador y como Juez: hacer de la nada, no sólo vivientes sino eternos, no sólo animales sino dotados de espíritu y juzgarlos con *todo* lo que son, dando a ese todo que fue rebelde lo que mereció y manteniéndolos vivos por los siglos de los siglos, mientras que todo lo que fue creado conocerá la muerte, y teniéndolos apartados en el reino que ellos libremente *para sí* eligieron.

Como tú misma ves, la primera Epifanía del Creador y Padre permanecerá, aún más allá del tiempo, en esos dos Reinos que no conocerán término: el Paraíso y el Infierno, para recordar siempre a cada uno, según sea su condición, que Dios existe y que se manifestó como tal desde el primer día creativo. Recuerdo luminoso y feliz para los ciudadanos del Cielo y recuerdo de castigo para los del Infierno; mas para ambos, incancelable aún después de que todo haya sido cancelado, a excepción de ambos reinos.

A las manifestaciones creadoras siguieron las otras manifestaciones de la Primera Persona a los patriarcas de los primeros tiempos hasta la segunda en potencia que fue la manifestación del Sinaí y hasta la tercera, la del Jordán, que fue completa al estar presentes en ella las Tres Personas y hasta otra más, destinada a conmovier a los Gentiles y Judíos, mejores aquéllos que éstos, para que tuviesen el ánimo dispuesto a creer en El, beneficiándose de sus méritos.

Y a las Epifanías del Padre aparecen unidas las del Amor, del Amor siempre presente en todas las acciones del Padre y, por tanto, manifestándose con El y con la Palabra del "Fiat" desde la primera Epifanía de la Primera Persona, porque, como dice el Introito: "El Espíritu del Señor abarca todo el mundo", pero, particularmente, manifestándose en las lecciones sapienciales y en las operaciones redentoras.

¡Oh sublime manifestación del Amor en el recinto virginal de María! ¡El Amor que se manifiesta en la plenitud de su amor derramándose sobre la Amorosa para engendrar al Salvador! "Llenándolo todo sabe lo que os dice", expresa el Introito. Colmando el corazón de la Virgen era consciente de lo que hacía: hacía que la Virgen concibiese al Hombre para que así se cumpliesen las promesas y el hombre volviese a ser amigo e hijo de Dios a través de sucesivas operaciones de amor.

¡Contempla! ¡Medita! Aquél que presidió las acciones todas del Creador y, por tanto, también el Pensamiento de crear a la Inmaculada, futura Madre del Redentor, he aquí

que desciende ahora a desposarse con Ella, encontrándola más bella que el mismo Paraíso por ser su belleza de justicia por propia voluntad además de por voluntad del Señor del Paraíso.

¿Qué Epifanía del Amor Divino más dulce que ésta? Y en virtud de esta dulce Epifanía he aquí que se forma en el seno de la Virgen la Carne del Verbo Santísimo y se inicia la formación del Corazón de Cristo, de ese Corazón que, desde su primer latido, no tuvo ni tendrá un solo movimiento que no sea de obediencia y de amor y que se os propone por modelo para llegar a la gloria del Cielo.

Mas a aquella Epifanía del marzo galileo y a la otra de las orillas del Jordán se une ahora la luminosa y coronante Epifanía Pentecostal, la prometida epifanía de que habló Cristo a sus Apóstoles para consolarles en la noche pascual y en la mañana de la Ascensión. Y ahora es cuando se cumple, yendo precedida por una preparación de obediencia y de oración para hacer de *pobres* apóstoles *grandes* Apóstoles, “para bautizarles con el fuego”, como Jesús habíaselo predicho a fin de que fueran purificados de sus pesadeces y, más espíritu que carne, supieran sumergirse en el Fuego, esparciéndolo por doquier e incendiando con El a todo el mundo. Sabía muy bien el Espíritu lo que operaba en aquel momento. Operaba la transformación de los corazones, haciendo de corazones humanos “voces” de Dios.

He aquí cómo el Espíritu lleva a cabo estas operaciones: toma la nada que sabe amar, que es obediente y fiel, que habla con Dios en su confidente oración y la reviste de Sí, transformándola y haciéndola instrumento de Dios.

Está dicho: “Obrarás una nueva creación”. Sí. Opera la nueva creación del Hombre en instrumento, puesto que después la buena voluntad del instrumento, unida al Amor, supercrea al santo.

Y observa esto: surgió la Primera Persona y ordenó: “Sea la Luz”. La Tercera dice: “Sea el Amor”. La Primera dispuso: “Sea el hombre” y la Tercera: “Sea el santo”. La Primera gritó a Lucifer: “Seas maldito” y la Tercera pone en fuga al Odio con el fulgor del Amor.

El Señor se levanta y dispersa a sus enemigos y los de sus hijos y los odiadores del Amor huyen de su presencia y de la proximidad de sus hijos.

Te he dicho antes que María era bella y amada porque su belleza era de justicia por voluntad propia además de por voluntad de Dios, habiendo sido por ellos merecedora del matrimonio divino. Y también te he dicho que los apóstoles merecieron el Crisma Pentecostal por su obediencia y por su oración preparatoria para el acontecimiento.

Las almas, si han de ser merecedoras del Amor, han de apetecerlo con voluntad propia y, con obediencia y oración incansables, mantenerse dignas de El. Si así no lo hacen, vana resultará en ellas la bajada del Espíritu Santo porque, al bajar, no podrá hacer su morada en ellas y volverá a subir rápidamente al Cielo, dejando aridez, hielo, tinieblas y silencio donde podría haber habido fecundidad, calor, luz y lecciones divinas.

Mas si esto es así para todos los fieles, para los instrumentos lo es mucho más. Los Apóstoles, de hombres fueron transformados en voces de Dios por obra del Paráclito y con la propia preparación en obediencia y oración. Los llamados a una especial misión – y toda llamada es prueba, que no elección segura e inmutable – son transformados en “voces” por obra del Amor y por la propia preparación en obediencia y oración. No apliquéis otros nombres que no sean estos dos a las “hados” que alcanzan a ser instrumentos. Es su obediencia, su conservación con Dios, su obediencia a los mandatos de Dios lo que

les hace ser lo que son. Y no déis otro nombre que el de desobediencia y orgullo a las caídas de aquéllos que aparentaban ser justos pero que de tales tan sólo tenían el barniz exterior.

Nunca cesaré, alma mía, aún a costa de parecerte reiterativo, de exhortarte a esas virtudes — necesarias a todos, mas de un modo absolutamente indispensable y en medida plena, para quienes son elegidos a una vía extraordinaria— que son: una perfecta obediencia y una perfecta humildad, un espíritu de unión con Dios, o sea, *oración vivida* y no ya un murmurio maquinal de oraciones a determinadas horas.

El otro día, en un último amaestramiento, te expliqué cómo aún aquello que tu mente no comprende, *porque no posee nociones de teología*, opera en ti espirituales transformaciones porque el alma, sin saberlo tu propio entendimiento que no la puede seguir por carecer de conocimientos teológicos, absorbe el jugo de las lecciones recibidas y te nutres de ellas. Deja, pues, que, como tú dices, tu cerebro no perciba sino el sonido exterior e incomprensible de tan profundas lecciones. Es ésta una parte de ti, la mejor, la que de igual manera y verdaderamente se nutre de ellas. Y eso tiene un mayor valor que si tú, con tu inteligencia, estuvieses capacitada para analizar y entender cada una de las palabras; pero entonces este análisis vendría a ser un frío estudio de la mente y no pan y fuego del espíritu.

Muchos son los sabios, mas pocos los que a la sabiduría le asocian la justicia. Y esto ¿por qué? Porque *saben* quién es Dios pero no quieren hacer que baje este conocimiento del cerebro al corazón, al espíritu, y así son doctos pero no justos ni se cambian de criaturas humanas a espirituales. Son grandes en orgullo mas no en obediencia. Atrevidos en juzgar pero mezquinos en amar. Muchas son las palabras que fluyen de sus labios, mas éstas bajan en lugar de subir porque son *palabras* y no flechas de amor lanzadas hacia el Cielo. La oración... ¡oh!, te quiero traer un ejemplo de lo que es la oración verdadera.

Imagínate una mujer que porta en el seno a su hijo. El corazón del que está por nacer no es uno con el de la madre; distantes, separados ambos por órganos y membranas, diríase que son independientes. Con todo, a cada latido del corazón de la madre se corresponde otro del corazón del hijo, ya que es una misma sangre la que circula por sus venas. Así pues, esto mismo acontece en la oración cuando ésta es “oración” de verdad. Es un acompañar los propios latidos de amor de la criatura con los latidos de amor de su Dios, cual si una misma sangre de amor imprimiera el movimiento a los dos corazones distantes sincronizándolos en sus latido. Mas si el niño nace, toma entonces una pulsación independiente porque, a la sazón, se halla *separado* de la madre, fuera de ella.

Así, cuando el creyente se separa y sale de Dios, sus latidos ya no están sincronizados con los de Dios. El niño sale por ley natural que es buena. El creyente, en cambio, sale por elección voluntaria que no es buena. Nunca salgas tú del seno amoroso del Amor.

Volvamos a considerar esta manifestación del Espíritu Paráclito.

Te dije al principio que habremos de considerar Pentecostés en su preparación, forma y efectos. La preparación se puede dividir en tres tiempos que son: los remotos, los próximos y los inmediatos.

Preparación remota de Pentecostés es la que estaba en la Mente de Dios desde que decretó la venida del Verbo a la Tierra para redimir y dar la Religión santa y perfecta que toma su nombre de Cristo. Muy remota preparación, mas siempre presente y cada vez más viva conforme iban transcurriendo los tiempos acercándose al límite del tiempo del perdón. Informando el Amor los actos todos de Dios, no resulta errado asegurar que la preparación se inició en el principio de los tiempos.

Preparación próxima es aquélla que abarca el tiempo que va de la Anunciación a la Inmolación. E inmediata, la comprendida entre la Resurrección y Pentecostés.

Este es el motivo, pequeño Juan, de que Nuestro Señor Jesús, tan pronto finalizó el día de Pascua, te haya transportado inmediatamente al tiempo pre-pentecostal. Te trata, alma mía, como a uno de sus bienamados discípulos. A ellos, una vez resucitado de la muerte, continuó dándoles enseñanzas y se las dio, diría yo, casi como en un aparte de amor. El y ellos, ellos y el Señor, sin más predicación a las turbas ni milagros ruidosos a fin de no tener distracción de multitudes en torno a su postrer amaestramiento. Y así los condujo hasta el momento de su Ascensión, dejándoles con la orden de permanecer recogidos en oración a la espera del Paráclito y *bajo la dirección* de María Santísima.

También contigo hace lo propio y te lleva en el áura de Pentecostés tan pronto se apaga el último tañido de las campanas de Pascua. Ni son excesivos cincuenta días para prepararse a recibir al Espíritu, ese Fuego que no consume sino lo que es inútil, pero que, si ha de ser acogido como santificador y operador, necesita contar con un espíritu preparado como un cenáculo, silencioso, aislado y perfumado de obediencia y oración.

Entonces Pentecostés abre sus siete ríos y presta luz y virilidad espiritual, alimenta al alma con sus dones y la vuelve apta para acoger los frutos septiformes de los que el Espíritu echa la semilla que la buena voluntad del alma lleva a su madurez. No puede ciertamente ser acogido donde no hay sitio para su abundancia, dignidad para su Naturaleza y donde le resultaría inútil amaestrar porque el ruido del mundo conturba y prevalece, donde la obediencia está en decadencia y la oración es muy poca, donde hay otros sabores que no son los de la flor de harina ni de la miel de roca — como dice la Misa de mañana, o sea, las cosas simples y suaves, verdaderamente nutritivas, como son las cosas que vienen de Dios y que El, por su bondad, regala a sus hijos— sino lo que hay son los sabores picantes y pervertidos del mundo, de la carne y del demonio.

María, alma mía, hasta ahora la mortificación que te ha oprimido te ha mantenido en condiciones de humildad y de adhesión a Dios, por cuyo motivo el Espíritu te amó y se comunicó a ti con gracia grande. Fortifica ahora tu corazón para que el humo de las alabanzas no lo extravíe y haga de ti un címbalo que tañe pero sin luminosas palabras de Sabiduría.

Fortifica tu corazón. “Fortifica” te digo. Te dije: “No temas” cuando los hombres te presenten batalla y te encuentres sola con tu Dios y con tu ángel. Ahora te digo: “Fortifícate a ti misma” Hazte inasequible a las alabanzas como lo fuiste a los reproches. No tú sino El es el digno de alabanza.

Levanta y fija tu corazón en El y cualquier homenaje que se te tribute transfíereselo a Aquél que es digno de él. Fuiste y eres el conducto que lleva la Palabra de Dios a los hombres. Sé igualmente el conducto que lleva las alabanzas de los hombres al Autor del prodigio. Conducto que, si ha de ser útil, tiene que ser humilde. Conducto que, para ser santo, tiene que ser justo. Superaste siempre las batallas del dolor y los dolores te han hecho ser cada vez más de Dios. Aprende a superar las batallas de la propia satisfacción. Sé justa, humilde y fiel.

A Dios las gracias, María mía; démoselas a Dios al término de esta singular explicación que es lo que el Señor quería que yo te dijese. ¡A Dios las gracias! ¡Aleluya!».

¹ Aquí hay una palabra que en el manuscrito autógrafo resulta indescifrable.

16 de junio
Santa Misa del primer domingo después de Pentecostés
y fiesta de la Santísima Trinidad

Dice Azarías:

«Tengo orden de explicarte las dos Santas Misas de este glorioso domingo. Contemplemos, pues, juntos estas dos Santas Misas.

Hemos ya contemplado y honrado al Padre que resplandece en las obras del Hijo Redentor que fue tal porque Dios-Padre lo permitió por un acto de su inmensa bondad. Hemos ya contemplado y honrado también al Hijo en el ápice de su perfección de Hombre-Dios que muere, resucita y vuelve a subir al Padre tras haber dado a todo cumplimiento. Y, por último, hemos ya contemplado y honrado al Espíritu Santo desde el inicio de sus obras hasta su perfecta y completa epifanía pentecostal.

Hoy contemplamos y adoramos reunidas a las Tres adorables Personas a fin de iniciar con este acto la preparación para comprender fructuosamente la llegada del Verbo a la Tierra y sus santas palabras.

No da hoy comienzo el año litúrgico. Eso ya lo sabes y lo sé. Comienza con el Adviento. Mas como para preparar la venida del Señor mediaron siglos de preparación en los que fueron maestros de dicha preparación los patriarcas y profetas, así quiero yo ahora que tú vayas considerando los numerosos domingos que van de Pentecostés al Adviento como preparación para el comienzo del año litúrgico.

Hay domingos de Sabiduría. En verdad el Espíritu Santo los invade a todos y hace en ellos de Maestro para preparar a los hombres a la Venida del Mesías, de modo que cuando El llegue a ser conmemorado como Infante, lo sea con un amor robusto y activo, y no tan sólo con un amor superficial y sensiblero, como tampoco con un afecto del todo inútil hacia el Niño.

En el Niño está ya el futuro Redentor que morirá cubierto de llagas sobre la Cruz tras haberse fatigado en la evangelización y sufrido mortificaciones y molestias. Conociendo a Cristo tal cual realmente es, se llega a comprender la Navidad en su auténtica realidad.

Dios es eternidad y, por lo tanto, continuidad. No se dan fracturas en sus obras. Cada una genera a la otra, como los Tres proceden el Uno del Otro. La Trinidad ha impreso su sello y semejanza en todos sus actos. Por tal motivo son éstos a la vez uniformes y multiformes, mas nunca partidos o interrumpidos. Cadena infinita, eterna e inextinguible de amor, ya que cuanto Dios obra es amor, procediendo por años y siglos sin interrupción. Así también el año litúrgico es una cadena de la que una parte genera a la otra sin que haya término, por cuanto cada una tiene su razón de ser en la preparación de la otra.

Glorifiquemos al Señor por este magnífico sucederse de sus tiempos reflejado en el corto espacio del año litúrgico y avancemos en su conocimiento tras el obligado homenaje a la Trinidad perfecta.

El santo patriarca exclama, y la liturgia hace suyas las palabras de este justo: “Benedicid al Dios del Cielo y tributadle alabanzas delante de los vivientes porque usó con vosotros de misericordia”. La frase inicial se cambia a ésta en la especificación litúrgica: “Santísima Trinidad e indivisible Unidad” y más adelante en especificaciones de las Tres

Personas para remachar el dogma sublime nunca bastante contemplado, meditado ni amado de la Unidad y Trinidad de Dios. Ahora bien, la invitación es ésta en esencia: “Proclamad con valentía aun frente a los enemigos de Dios y ante aquéllos que, si bien no le combaten, son fríos y apáticos hacia la Divinidad o la tienen por un mito, fruto de la necesidad que siente el hombre de creer en algo, que Dios existe y que, porque existe, es operativo y todo misericordia en sus obras”.

Esta predicación humilde y santa no hay creyente al que no se le conceda. No hay ignorancia, por profunda que sea, que impida a un verdadero creyente predicar a Dios y su misericordia. No son tan sólo las palabras doctas ni las obras grandiosas con las que se predica a Dios.

Es —y penetra más profundamente aún en quien no conoce *ni* quiere conocer a Dios— es la fe sencilla, inquebrantable y serena hasta en el dolor; es profesando con obras de paz, de esperanza, de caridad y de resignación como se predica que Dios es misericordioso y que de El no puede provenir sino bien.

¡Cuántas personas, carentes de toda ciencia, que se encuentran aisladas por la enfermedad, que son pobres y se ven desoladas en la miseria física y monetaria, nos superan en poder de convicción a todos los predicadores, y esto por la paz que se desprende de sus obras y palabras y por éstas sus sencillas expresiones pronunciadas como corolario de sus palabras y en contra de las insinuaciones de quienes conocen mal a Dios: “Si Dios quiere que yo esté así es justo sin duda. Que se haga su Voluntad. Es cierto que El quiere mi bien, de ello no tengo la menor duda. En El tengo puesta toda mi esperanza. Como me libró del pecado por el sacrificio de Jesús así también me dará todas las gracias que de verdad necesito y alabo su Providencia!”.

Y por más que el creyente, oprimido por las cruces, gima en el fondo de su corazón: “¿Pero hasta cuándo? ¿Siempre me has de tener olvidado? ¿Cuándo volverás a mí tu rostro?”, no es en modo alguno con ira sino que este lamento sube a Dios pero con el amoroso afecto del hijo al Padre, igual que lo hizo Jesús en sus horas más amargas. Este grito no entraña reproche sino esperanza. No es rebelión por la tardanza sino espera, espera serena con la certeza de que llegará el momento en que cesará el dolor y la fe será premiada.

Oigamos las dos oraciones. ¿Qué es lo que se nos ofrece para adorar y obtener? La verdadera fe.

La fe, para ser verdadera, *ha de ser intrépida*. Heróicamente intrépida contra todas las cosas que se confabulan para escarnecerla, obstaculizarla y abatirla. El mundo y la carne, además de Satanás, vienen a ser los enemigos de la fe contra los que es preciso mostrarse heróicamente intrépidos.

La bondad del Señor es tal que concede la gloria del martirio, no sólo a los verdaderos y auténticos mártires que murieron al derramar su sangre por la Fe, sino también a aquéllos que, contra todo y contra todos, saben permanecer fieles, íntegramente fieles, al Señor.

¡Cuántos combates se desatan contra la Fe! ¡De cuántas astutas maniobras se vale Satanás para desprestigiarla, ridiculizarla y presentarla como imposible de admitir! Mas aquí es precisamente donde se aprecia la justicia de las tres virtudes teologales. La Fe, sostenida por la Esperanza y, sobre todo, por la Caridad, no se derrumba por motivo alguno y vence. *La fe es un conocimiento derivado del amor*. Cuanto el amor es más fuerte, tanto más fuerte es la fe, porque el amor *hace conocer a Dios*.

He aquí, pues, cuán verdaderas son las palabras de la Oración de la Santa Misa en honor de la Santísima Trinidad: “¡Oh Dios que concediste a tus siervos conocer, mediante la profesión de la verdadera fe, la gloria de la Eterna Trinidad y de adorar la Unidad en el poder de su majestad...!”.

Es un misterio la Unidad y Trinidad de Dios. Nadie, por santo que sea, lo puede penetrar. Ni aún aquéllos a quienes les fue revelado en parte – ya que todo no puede serle dicho al que todavía es mortal – pueden decir haberlo conocido. Es un misterio tan deslumbrador que el hombre no puede fijar su mirada en él para conocerlo íntegramente. Es superior a todo otro misterio. Incomprensible misterio, por ser el Sublimísimo misterio. Sólo por eso la fe heroica, sostenida por un fuerte amor, puede llevar, si no al interior, sí al menos a los umbrales del mismo concediéndosele escuchar, diré así, el murmullo divino de la Trina Unidad oculta tras el muro cegador de su Fuego. Cuanto más fuerte es el amor – y te recuerdo que al grado de amor al que llega la criatura corresponde un proporcionado grado de amor de Dios multiplicado por su poder, porque Dios desea con amor darse a quien le busca sin medida, El, que se da con su misericordia y providencia aún a los hijos que no le buscan – tanto más fuerte es el conocimiento, ya que la distancia se reduce más al estar el alma más unida al Dios *que se abaja* – porque ella no puede subir hasta la abismal alteza en que la Trinidad arde – al Dios *que se concede* para ser conocido lo más posible, ardiendo en deseos de ser *totalmente* conocido y *totalmente* poseído por el hijo cuando, a su fe, a su amor y a su heroísmo les sea dado el premio del Paraíso.

Esto que te digo es prólogo ajustado a las palabras de la otra oración de este primer domingo después de Pentecostés. “Nada puede sin Ti la humana debilidad”. Mas ¿cuándo jamás es débil el hombre que vive teniendo a Dios en sí? ¿Con su Trinidad en el corazón? ¿Con su conocimiento de Dios, con su amor a Dios y con su amor de Dios a él, criatura, para hacerle fuerte y capaz de obrar lo que Dios quiere y de estar tranquilo con la esperanza y seguro con la fe? No, no puede. Porque la unión delimita la debilidad y la *fusión la anula*. No es ya la criatura sino Dios que vive en el hombre el que opera.

Tú sabes cómo se mantiene la unión. Que no haya nada que pueda relajar la intimidad de tu amor a Dios. Nada. Ni las alegrías ni las penas. Ni siquiera *estas* penas que tu conocimiento de Dios te dice que no son queridas por Dios ni aprobadas por El que es Amor y Bondad.

Alma mía, como una paloma fatigada y herida, estás en la concavidad que es para ti nido. Estás en Dios. No hables ni te muevas, estate fija. Esto sólo. Nada más puedes hacer, oprimida como estás por el dolor que te proporcionan los hombres, desfallecida por su anticaridad y absorbida por Dios que se te muestra para consolarte y decirte: “Yo soy todo para tí”. Mas no son precisas palabras para comunicarte con Quien te ama. Tu amor, con su latido fiel, es el que habla, y es suficiente.

Olvídate del mundo y aíslate en tu silencio amoroso. Calla, pues que toda palabra resulta inútil, estéril y pernicioso. Mantente en tu justicia y en tu obediencia. Nadie hay más grande que Dios. Cumple, pues, sus mandatos y nada más.

Oyele a Pablo cómo te habla, alma herida por la humanidad que te rodea. Pablo, la “voz” excelsa, te asegura que los inescrutables caminos de Dios y sus juicios, incomprensibles para los hombres, son justos, buenos y ricos en sabiduría y ciencia divinas. No yerra El sino aquéllos que se tienen por más que Dios y, aunque no con las palabras, sí con las obras, hacen ver que son capaces de aconsejar a Dios. Y así hablan, al tiempo que el ojo de Dios va midiendo, no piensan que todo es prueba, no temen ser castigados por

haber faltado a la prueba ni tiemblan por haber hecho patente que han faltado al amor: *se han amado y no han amado* a Dios ni a la criatura. Porque amor es obediencia y aquí no hay obediencia. Porque amor son actos y aquí no hay actos. En una palabra: lo que no hay es caridad.

La caridad es activa. Activa en hacer resplandecer las glorias y misericordias de Dios, en defender a los inocentes y en superar el miedo a los hombres. Cómo, ¿temen a los hombres y a Dios no? ¿Y temen no recibir ayuda de Dios si cumplen el querer de Dios? ¿Por qué temen esto sino porque no tienen caridad?

¿No se acuerdan de lo que dice Juan?: “Si uno dice: Yo amo a Dios y odia al hermano, es un embustero”. Porque quien no ama al que ve y conoce y le consta de su inocencia y de sus actos, ¿cómo ha de poder amar a Dios al que no conoce? ¿No se acuerdan ya del mandamiento? Está dicho: El que ama a Dios debe amar también a su propio hermano. ¿Dónde está entonces su amor?

Te repito la orden del Cuarto Domingo después de Pascua. ¿Si no admiten las palabras del Señor, cómo van a poder jamás admitir las tuyas? Calla por tanto. Enciértrate en Dios. El curará tu alma herida. El te hablará en el silencio. Aíslate. Vive en Dios y de Dios. Deja que se cumpla el castigo y no juzgues. No juzgues. Dios les juzga ya. Como dice el Evangelio, imita al Maestro para ser semejante a El. Imítale en el amor y en la humildad.

Ven, ven, pobre alma para la que Satanás encontró el modo de herirla por medio de quien, más que ningún otro, te debía proteger¹. Ven. El Señor es tu fuerza y tu protección y El está sobre ti con su Trino Poder. Ven. Alégrate tan sólo en El porque verdaderamente los enemigos de los hermanos son los siervos de Satanás, que es Dolor, mientras que Dios es Gozo y no conviene fiarse de quien es malvado dolor.

Alégrate en Dios, tu Maestro y Salvador. Alegría toda espiritual y, por tanto, santa del todo. Y, de insistir, díles a ellos esto tan sólo: “Porque habéis llamado ‘peso del Señor’ a lo que era don, yo me retiro como se me ha dicho. Pero recordad que, como dice en Jeremías, vosotros sois el peso que cargáis sobre los siervos de Dios haciendo pesada su acción y por eso Aquél que no se engaña os arrojará fuera. Recordad que ‘peso’ son vuestras palabras con las que cambiáis el sentido a la palabras y a los decretos del Dios viviente. Y recordad que la paz llegó ya para mí puesto que estoy sintiendo el rumor de los pasos del mensajero de la buena nueva, de Aquél que anuncia la paz y la lleva consigo” (Nahum, cap. 1, v. 15).

Entra en Su paz. Entra cada vez más. No temas. No tiembles. El silencio no es por ti. El silencio para ti no es desamor ni castigo. Para ti, víctima que te consumes, es *piedad* y castigo para ellos.

Alma mía, el Señor está contigo y la Madre te cubre con su manto lo mismo que yo con mis alas».

¹ Tal vez se refiera al procedimiento por el que se le privó del sostén y consuelo que para ella suponía su guía espiritual, P. Migliorini.

20/6/46
Corpus Christi

Se me anuncia Azarías con uno de esos dulcísimos e irrepitibles cantos angélicos que quedan en mi alma como lo más ultraterreno que yo jamás haya gustado. La luz y el canto del Paraíso son algo indescriptible, tanto en la belleza como en sus efectos.

Un tanto calmada ya en mi tormento tras las palabras que Jesús me dirigió anteayer, este canto acaba sumiéndome en la completa paz gozosa, solemne y a la vez alegre que es mi elemento desde que soy el instrumento de mi adorado Jesús.

Y, al tiempo que escribo, escucho este canto, pura melodía, que no es palabra sino únicamente sonido de una dulzura creciente hasta llegar a la beatitud. ¡Oh, es imposible expresarlo! Escucho... y en esta ocasión comprendo más cosas que en meses de meditación mía.

Sé que, pasado este instante, no podré en manera alguna explicar lo que he captado. ¡Es por demás sublime! Mas el fruto de lo que he comprendido quedará permanente en mi alma...

Este canto me hace comprender lo que es la Eucaristía para el Cielo y sus habitantes... Este canto me ilustra acerca del deseo ardiente en los ángeles de poseer este Pan...

¡Oh...!

Habla Azarías:

«Ven, elévate, porque esta explicación, más que meditación, será contemplación y adoración, a la vez que identificación con nuestro pensamiento angélico que difiere mucho de las acostumbradas explicaciones de este misterio. Y la diferencia se advierte ya desde el Introito. Escucha.

Se dice que la flor del trigo y la miel con que el Introito hace referencia a las dulzuras eucarísticas, se expresan en recuerdo del Maná: el pan llovido del cielo a modo de rocío, semejante a la semilla de cilandro y de sabor a flor de harina con miel, un símbolo de la Eucaristía que se le dio al pueblo hebreo.

Mas yo, ángel, quiero que sepas tú lo que nosotros pensamos al contemplar al Hijo y a la Madre: al Hijo, hecho Pan, y a la Madre, feliz, de la que vosotros, al alimentaros de El, os alimentáis igualmente de Ella. Porque, ¡oh!, verdaderamente es así, ya que vosotros, ¿de qué os nutrís sino del Pan que es el Hijo de María, formado Hombre por Ella, Purísima y dulcísima, con lo mejor de Sí Misma: con su sangre virginal, con su leche de Madre Virgen y con su amor de Esposa Virgen?

Sí. Dios os nutre con la pura flor del trigo. La espiga intacta nacida en tierra escogida, en el Huerto cerrado de Dios, madurada con el calor del Sol-Dios, se ha hecho harina, flor de harina para daros el Pan-Jesús.

Se ha hecho flor de harina. ¡No es éste un modo de hablar! Por vuestro amor, por el amor de los hombres se inmoló, se redujo a polvo entre las muelas de la obediencia y del dolor. Ella, la Intacta, a la que ni las nupcias ni el Parto ni la Muerte pudieron herir, violar ni reducir a polvo como a todo mortal. Sólo el amor, sólo él la puso en la muela donde la Corredentora llegó a cambiarse de espiga en flor de trigo...

Ya lo afirmó el Hijo: "Si el grano no muere no llegará a ser espiga". ¿Qué mortal, fuera de María, la que *no* habría de morir, supo morir a sí misma y a sus afectos para daros el Pan de Vida? La que no conoció la muerte gustó las muertes *todas* de las renunciaciones para daros el fruto ópimo del Salvador y del Redentor.

Y después, como Madre, hízolo crecer para vosotros con lo mejor de Sí: con su Leche virginal y, por lo mismo, también con su sangre que imprimía movimiento al Corazón que latía sólo por Dios, con su sangre hecha amor maternal. Lo hizo crecer para vosotros con su calor, con sus cuidados, con toda la miel extraída de la roca intacta, elevada contra el Cielo y besada por el Sol-Dios. Y, por fin, os lo dio a comer ensaboreado, no sólo con la miel de su amor, sí que también con la sal de su llanto.

¡Oh Santa, Santa Madre y Nutriz del Género Humano! ¡Granero escogido! ¡Jardín colmado de flores y de doradas abejas! ¡Huerto cerrado y fuente de suavidad!

Verdaderamente Jesús es el Pan verdadero, mas también lo es María, como asimismo es la que de la Palabra hizo un Hombre para darlo a los hombres en redención y nutrimento. Sabiduría, Vida y Fortaleza es este Pan, mas también Pureza, Gracia y Humildad. Porque si es Jesús este Pan, lo es igualmente María que hizo a Jesús con la flor de su cuerpo y la miel de su Corazón. Pan que recuerda la Pasión divina, Pan que recuerda el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesucristo; mas Pan que, para ayudaros a ser dignos de gozar de la Redención que es la consumación del Cordero sobre el Altar de la Cruz, debe ciertamente recordaros a la Deípara que formó aquel Pan en su Seno.

Ahora bien, ¿qué fiel es aquél que ultraja a su Señor? ¿Cuál el súbdito que ofende a su Rey? ¿Cuál ese discípulo que se burla de su Maestro? Y ¿cuál, por último, aquel hijo que ofende a su Madre? Es el fiel, el súbdito, el discípulo y el hijo pecador, duro de corazón y merecedor de castigo. Es el que por sí mismo acarrea su condena, o las condenas más bien, porque en el tiempo es la pérdida del favor de Jesús y de María y en la eternidad es la pérdida de la posesión de Dios.

Con todo, muchos, olvidando la advertencia de Pablo, se acercan a la Mesa Santa sin "probarse a sí mismos" y comen de aquel Pan y beben de aquella Sangre con el alma impura, y así el Pan y la Sangre, que son Redención, se truecan en condenación al ser recibidos sacrílegamente por el pecador.

No es para esto para lo que El, el Divino, hízose Hombre y se dio, sino para que el hombre llegue a ser dios. No se hizo Pan para daros muerte sino Vida. Loco de amor, tras haberos salvado y redimido, quiso vivir en vosotros, crucifixores, y haceros dioses, porque el amor sublime tiene estas sublimes paradojas. Siendo Dios, hízose Hombre y los hombres le dieron muerte y El, sin embargo, de los hombres quiso hacer dioses. Y dioses logra haceros con la Eucaristía que, bien recibida, os transustancia en El, como dice Pablo: "No vivo yo sino que es Cristo el que vive en mí".

Vosotros que habéis de morir – perpetuos moribundos, ya que la culpa original mantiene siempre activas en vosotros las toxinas mortales y a cada instante podéis perecer a pesar de la Gracia que el Redentor os consiguió con su Inmolación y con los Sacramentos por El creados y vivificados con sus méritos – podéis combatir a la Muerte con la Vida, esto es, con la Eucaristía.

Ya lo dijo El: "Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá la Vida eterna". Y más: "Para eso vine Yo: para que tengan la Vida y la tengan sobreabundante... Para esto doy mi vida...".

Mas ¡ay de aquéllos que conscientemente convierten el Pan del Cielo en su condenación y en tóxico letal al usar el Sacramento más sublime de una manera sacrilega! Y ¡ay también de quienes limitan su poder transformador recibéndolo con indiferencia, tíbiamente, sin verdadera voluntad de transformarse en Dios y, con su ayuda, llegar a hacerse cada vez más dignos de recibirlo!

Vida eucarística es vida de fusión. La Comunión no termina cuando salís de la Iglesia o se consumen en vosotros las Especies. Ella *"pervive"*, no ya materialmente, sino con sus frutos, con sus ardores, con la cohabitación, o más bien, con la inhabitación de Cristo en vosotros y con vuestra fructificación en Cristo porque "el sarmiento que sigue unido a la vid lleva fruto" y "Aquéllos que permanecen en Mí y Yo en ellos, esos tales llevan fruto en abundancia".

Vida eucarística es vida de amor. Y por ser la Eucaristía memorial, manantial y horno de amor; y, al poner el alma cuanto está de su parte, ayudada cada vez más por la gracia del Sacramento, lo transmite al que la recibe — porque es innegable que allí donde hay buena voluntad, por más que la criatura sea débil e informe, se comprueba que la Eucaristía confiere aumento de formación, robustecimiento de la voluntad, transformación del sentimiento: de tibio en ardiente del deseo; de débil en fuerte y de la obediencia al precepto de comulgar en las Festividades, a hacerlo diariamente—.

La Eucaristía tiene presente a Cristo en todas sus operaciones. *En su Encarnación:* la Eucaristía es una perpetua Encarnación de Cristo. *En su vida oculta:* el Tabernáculo es una prolongación de la casa de Nazaret. *En su vida de menestral:* Jesús-Eucaristía es el artesano incansable que labora las almas. *En su misión de Sacerdote al lado del que muere o del que sufre:* como lo estuvo junto al lecho de José moribundo y con todos aquellos que acudían a El para ser consolados, lo mismo que está ahora ahí Jesús para consolar, fortificar y preguntar, igual que a los dos de Emaús: "¿Por qué estáis tristes?" y quedarse con vosotros, como Amigo y Cireneo, mientras "se va haciendo de noche y declina el día" y llega a su final el camino de la Cruz y la extrema inmolación.

El está ahí como cuando evangelizaba a las turbas y decía: "Tengo pena de esta gente. Démosle pan a fin de que no desfallezcan por el camino" y, como entonces, os evangeliza en las virtudes de la caridad, de la humildad, de la paciencia y de la mansedumbre. Cordero, más que nunca Cordero que no abre su boca ante quienes le golpean, El, en su silencio exterior, os habla con el torrente de los destellos divinos que se desprenden de la Hostia Santa en la que su Divinidad se aniquila y os dice: "Imitadme en la generosidad, en la mansedumbre y en la misericordia". Y, como desde la noche del Jueves hasta la hora de Nona, os enseña a ser redentores...

María, llegué a decirte una vez que Jesucristo *es "el compendio del amor de los Tres"*. Pues bien, ahora te digo que la Eucaristía *"es el compendio del amor de Jesús en el que ya está el compendio del Amor Trino Perfecto"*. Esto te lo dice todo.

Jesús-Eucaristía os enseña a hablar y a callar, a obrar y a contemplar, a sufrir y a humillaros y, sobre todo, a amar, amar, amar.

El Espíritu Santo proporciona luces para comprender, mas el Verbo Encarnado hecho Eucaristía, suministra los fuegos para hablar y convertir *mediante la caridad que es la que abate las herejías y sana los corazones haciéndoles doctos de Dios y guiándolos a El*, e infunde los ardores para ser mártires. De los labios de toda persona eucarística fluye la Sabiduría porque vida eucarística es asimismo vida de Sabiduría y de su corazón brota el heroísmo ya que la Eucaristía comunica a Cristo que es el Héroe santísimo y perfectí-

simo. Vida eucarística es también vida apostólica porque Jesús, al estar dentro de vosotros, y El jamás se separa, os cambia en apóstoles, siendo el grado de apóstol más o menos potente según sea el grado de vida eucarística alcanzado.

Y, por fin, vida eucarística es vida deificada por la Carne, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesús que baja a hacer su morada en vosotros.

Llamáis "*sagrados*" a los vasos eucarísticos, sagrados a los tabernáculos y sagrado cuanto se halla en contacto con el Santísimo Sacramento. Y esto es tan sólo un *contener* o ser *tocado*, acción, por tanto, puramente exterior. Con todo, imprime un carácter sagrado al objeto que tiene la suerte de contener o de tocar a la Eucaristía porque la Sagrada Hostia es el Cuerpo del Señor Jesús.

Pues entonces, ¿qué vendrá a ser *vuestro* cuerpo a cuyo interior desciende el Cuerpo Santísimo que se anula en las Especies, absorbidas, como cualquier otro alimento humano, por los jugos que lo transforman en sangre vuestra? ¿Ya lo entendéis? En sangre vuestra. Vuestra sangre, tratándose de vosotros que os alimentáis de la Sagrada Eucaristía, contiene, y no metafóricamente, lo que fue Especie del Cuerpo Santísimo, así como vuestro espíritu recibe la gracia que emana de este Cuerpo completo dotado de Carne, Sangre y Alma, como el de cualquier otro hombre y además, al ser Cuerpo del Verbo Divino, de Divinidad.

Si pues vuestro cuerpo debiera de ser santo como templo que es del Espíritu Santo que desciende y alienta en vosotros, ¿a qué perfección tendría que llegar para ser digno tabernáculo del Dios que viene a habitaros — más: a fundirse con vosotros, a hacerse *vosotros*— y, dado que el Mayor no puede ser absorbido por el menor: a absorberos, a *hacer que vosotros lleguéis a ser El*, esto es, dioses lo mismo que El es Dios?

Yo os lo digo: deberíais imitar con el mayor ahínco a la Virgen con la que el Verbo de tal modo se unió que se hizo Carne de su carne y Sangre de su sangre y recibió vida de Ella obedeciendo a los movimientos del corazón materno y a las leyes vitales maternas para formarse y llegar a ser Jesús.

El Cristo concebido obedeció a la Madre. Mas la Madre ¿a qué grado de superabundante pureza no se elevó a Sí misma, Ella, la Toda Pura, para colocar en torno a la Divinidad un Santo de los Santos más escogido aún que aquél que resplandeció sobre el Moria! María hizo de Sí tabernáculo celestial, un trono celeste en el que Dios viviese lo más posible en un Cielo antes de sufrir los contactos del mundo.

Igual deben hacer los amantes de Jesús: Ser rinconcitos celestes para que la Eucaristía pueda vivir en ellos como en un palpitante y adorante Cielo, resguardada de los hedores y abominaciones del mundo.

Y sabed alabar en este pequeño Cielo, en vuestro pequeño Cielo en el que, si es tal, nada realmente falta porque en la Eucaristía se hallan presentes los Tres, indivisibles por más que sean Tres, formando la sublime Unidad que tiene por nombre Trinidad, de la que no está ausente la caridad de María y de los Santos siempre adorantes donde se encuentra el Señor, como tampoco están ausentes los coros angélicos con sus himnos que te transportan al Cielo. Sabed alabar, no con palabras sino con amor. No temáis excederos en las alabanzas a Jesús-Eucaristía, pues es merecedor de toda alabanza porque su milagro de poder y de amor rebasa toda humana alabanza.

No te comento, alma mía, la perfecta secuencia del grande y santo Tomás. Sencilla y profunda, como todo lo que proviene de Dios, ella se hace entender por sí sola. Esto únicamente te digo: que Tomás, el enamorado de la Eucaristía que constituía su Luz y

su Maestra, para comprender y hacer comprensibles las verdades teológicas, no hacía, al tiempo de componerla sino *escuchar lo que, con voz luminosa, salía de su espíritu*. Por lo que Tomás de Aquino era entonces una “voz” que transmitía cuanto el Amado Divino decía colmando de gozo a su adorador.

Ahora bien, siempre es así, alma mía. Cuando El os habla, lo hace para vuestro contento. Cuando uno que es “*nada*” dice lo que a duras penas pueden expresar los ángeles, es porque El habla o encarga a un ciudadano del Cielo que os hable para vuestra instrucción y la de vuestros hermanos. Es el Buen Pastor que os conduce a los pastos floridos de verdad y sabiduría. Es el Amor que os sacia y da las palabras. Se da a Sí mismo en Palabra y en Alimento.

¡Oh, exultemos! Yo, ángel, no hago sino exultar de júbilo al verte nutrida con el Pan del Cielo y con la Divina Palabra. Me acerco y oigo la Palabra. Me acerco y percibo la fragancia del Pan paradisiaco. ¿Has calificado de sublime mi música inicial? No, sino ésta. Esta Voz de mi Señor y tuyo que te habla, ésta es la música, ¡oh mortales todos!, que sólo una gracia especial hace que se la pueda oír sin morir de gozo. Esta Palabra es la que a nosotros, los ángeles, nos mueve a contar con alegría inmensa... Y si ésta se da es para ser dada y, al igual del Pan Eucarístico, esta Palabra es Pan, pan sapiencial que, bajo especies diversas, que son apariencias y no sustancias, esconden cosas sublimes. En efecto, tanto los dictados como las visiones son formas (especies); mas la sustancia es el Verbo que enseña. Se da siempre igual que la Eucaristía y produce frutos diversos según que la reciban los que son o dejan de ser buenos. Y es justo que así sea puesto que el Verbo es Eucaristía y Eucaristía es asimismo el Verbo bajo forma distinta pero con idéntica santidad divina. Al ser, pues, una misma cosa, son iguales los dones y frutos que produce: Vida, Sabiduría, Santidad y Gracia.

Puede decirse que la Palabra es Comunión, como también Pan. Que la primera es Comunión de Dios-Espíritu al espíritu e inteligencia del hombre, y que la otra es Comunión de Dios Carne y Sangre al hombre todo para transformarlo en Dios mediante una operación de gracia santa y de infinito amor.

Lo mismo que de la Comunión del Pan Angélico, te digo también de la Palabra: jamás la recibas indignamente a fin de que no sea para ti “muerte”, antes con espíritu recto, humilde, obediente y rebosante de amor, sáciate de Ella y de la Eucaristía en el tiempo para así encontrarte pingüe de ellas en la eternidad. Porque estos Alimentos, que del Cielo descienden, se ayudan y complementan entre sí proporcionando la cumplida y eterna Vida según la promesa del Verbo Jesús: “El que guarda mis palabras no verá la muerte eterna” y “El que come de este Pan vivirá eternamente”.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!».

Tres resonantes aleluyas¹ y después, de nuevo, el inexpresable canto que anula todo dolor, toda inquietud y todo afán, sumergiéndome en el áura de los Cielos...

¹ Palabra hebrea que quiere decir: Alabad al Señor.

23/6/46
Octava del Corpus Christi
Santa Misa dentro de la Octava del Corpus Christi

Dice Azarías:

«En el tiempo pasado, en el presente, en el futuro y en el tiempo eterno, el Señor te atrajo ampliamente y te salvó porque te amó, y te salva y te salvará porque te quiere. Esto tú lo debes reconocer y no temer. Siempre lo reconociste incluso cuando tu amor aún era muy imperfecto y sufría los embates de la juventud y de las pruebas y penas de la misma. También ahora lo debes reconocer, y siempre, hasta cuando llegues a estar con El.

Los actos de los demás no deben interponerse cual tupidos velos entre El y tú de modo que ya no llegues a reconocer su Rostro, su Voz, su amor, su paz ni su verdad. Yo no diré ni una sola palabra de las que rompen la paz y la confianza de un corazón con su modo de obrar que desconsuela a las almas haciéndolas titubeantes. Con todo, te lo digo a ti: sus actos, por más que te hieran, no deben vencerte con miedos ni dudas acerca de la verdad de la Voz y de su procedencia.

El Señor, pobre alma, ha cuidado de ti y tú lo has reconocido, porque no es posible equivocarse entre Dios y Satanás, entre voces celestiales e infernales si quien las oye tiene presente, no lo meloso de las palabras sino los efectos que producen. Satanás puede remedar a Dios en el lenguaje, mas, en modo alguno comunicar esa gracia y esa paz que acompañan siempre a las palabras divinas o de espíritus de luz. No pueden producir gracia ni santidad porque sus palabras van siempre mezcladas con insinuaciones que un alma en gracia jamás puede aceptar. Y no pueden producir sensación de paz porque el alma en gracia se sobresalta de horror con las voces infernales y, por más que el individuo no cuente con otros signos para reconocer cuál es el espíritu que le habla, bástale este escalofrío del alma para proporcionar al hombre la señal de que es la Tiniebla la que en ese momento se manifiesta. Satanás puede engañar a los pecadores entontecidos por el pecado, a los distraídos e irreflexivos y a los curiosos que, por querer saber demasiado, acuden imprudentemente a todas las fuentes. Mas al que no puede engañar es a un espíritu recto que está unido con Dios. Todo lo más que puede es turbarle acercándose a él o llevándolo mediante una acción propia o valiéndose tal vez de infelices que, sabiendo raras veces lo que hacen y más fácilmente ignorándolo, son, en un momento dado, los instrumentos de que se vale Satanás para causar dolor y espanto a los instrumentos de Dios. Pero entonces interviene Dios sacándoos fuera del todo y os salva sumergiándoos en su océano de paz y de amor, como lo ha hecho contigo porque te ama.

Hoy se celebra también la vigilia del Nacimiento del Bautista y el Introito de esa Santa Misa canta: “No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada...”. Yo te digo a mi vez: “No temas, María, porque tu oración ha sido escuchada”. Jesús escucha las oraciones de quienes le aman y ha intervenido para no dejarte perecer en un mar de desconsuelo. Mas hablando, no a ti sola sino a todas las almas, digo que el Señor siempre ama y pone completamente a salvo a quienes a El se confían sin temor.

Venced el miedo que paraliza el amor, la confianza y la oración. Venced ese miedo que está denotando en vosotros ignorancia de Dios y de su poder y también una fe deficiente en Dios. La fe buena y verdadera es humilde y lo acepta todo, porque dice: “Si Dios lo dice y me lo hace decir es señal de que es cosa verdadera”. Mas esta fe total nun-

ca va acompañada de miedo, desconfianza, duda, o lo que es peor, de una obstinada e íntima persuasión de que Dios *no* puede esa determinada cosa. Dios todo lo puede, todo debéis esperar que Dios pueda y todo debéis creer que Dios pueda.

No matéis el amor con la duda o la negación. Eso, jamás. No rompáis la cadena del amor que os une a Dios con la frase de los que dudan y de los que quieren juzgar a Dios con arreglo a su medida, con la frase de Zacarías así castigada: “¿Cómo va a ser posible esto si...?”. Zacarías quedó con su interrogante sellado en los labios hasta que, de nuevo, supo creer y alabar al Señor reconociéndole capaz de obrar cualquier prodigio.

Jamás seáis merecedoras, almas queridas, del castigo de la mudez espiritual por vuestras desconfianzas con el Omnipotente. Y pedid ser mantenidas en este espíritu de fe absoluta en el Señor Dios vuestro y de temor, unido al amor del Señor Bendito según lo recuerdan las Oraciones de las Santas Misas de hoy.

Parad mentes en la hermosa fe del Bautista hacia Aquél a quien tan sólo conocía por lo que de Él decían los profetas. Nada daba a entender al Mesías en aquel humilde viandante que llegaba a las orillas del Jordán. Mas la fe, cuando es absoluta, cuando se halla impregnada de una profunda caridad, confiere presciencia y posibilidad de ver y entender a Dios por más que se oculte bajo las apariencias de una vida común. Y Juan reconoció al Divino Mesías en el hombre galileo y, como el santo temor de Dios había hecho de él un santo, así también el amor santísimo hizo de él un profeta.

El temor de Dios que preserva de las culpas dota de vista segura al espíritu del hombre, y el espíritu que “ve” no puede dejar de creer en Dios y en sus Palabras y, de esta suerte, salvarse de la muerte espiritual. Juan, el Precursor, predicaba el temor de Dios para descombrar los caminos al Cristo que venía a salvar a su pueblo. Jesús, el Salvador, predicó el amor por los caminos de la salvación.

El temor precede siempre al amor; y, diré así, la incubación del amor es la metamorfosis del sentimiento en un grado más elevado. El temor es todavía del hombre mientras que el amor es ya del espíritu. El hombre que teme a Dios se halla, a no dudar, en el buen camino siempre que su temor de Dios sea justo, es decir, que no sea un ignorante e irracional miedo de Dios; mas, con todo, es siempre un camino trillado por quienes aún no han desplegado las alas para volar a un conocimiento más alto de lo que es Dios, esto es: Misericordia y Amor. El hombre que teme sigue sintiéndose el “castigado” por la Culpa antigua y las suyas actuales. En cambio el hombre que ama se siente el “perdonado” por los méritos de Cristo y revestido con ellos, de modo que el Padre ya no le ve como súbdito sino como hijo. El temor es bueno para tener sofrenada y de las riendas a la materia; mas el amor es óptimo para dotar de calor de santidad al espíritu.

Con sólo el temor, el culpable se arrepiente; mas su arrepentimiento es todavía mudo y oscuro _al estar sofocado, cual llama bajo el celemín, por el temor al Dios Juez. El culpable que, al temor añade el amor, suspira y su alma se encuentra ya en una luz que le ayuda a hablar al Padre y a ver su estado espiritual porque, no ya las culpas graves, sí que también las veniales e imperfecciones se le presentan cual pobre capa de hierba bajo árboles altísimos y, a su vista, puede, no sólo talar los árboles, mas también arrancar sus brotes, limpiando así el terreno para sembrar en él las virtudes gratas a Dios.

Por tanto, el culpable cuya fortaleza estriba en el amor, no sólo posee el arrepentimiento perfecto —porque se arrepiente no ya por temor al castigo antes por la congoja de haber causado dolor a su Dios amado— sino que en el mismo amor tiene su absolución primera. Y, en verdad, pocas veces aquél que ama con todo lo que es llega a las cul-

pas mortales. Sólo un asalto imprevisto y feroz de Satanás y de la carne podrán abatirle momentáneamente. Mas, en general, el amor preserva de caer y cuanto es más fuerte tanto más débil será el pecar, lo mismo en número que en gravedad, hasta ir reduciéndose el pecar, quedando por último en imperfecciones apenas aparentes en aquellos que alcanzaron el completo en el amor y, por ende, la santidad.

El apóstol Juan, el bendito y amoroso Juan, os da en la epístola la medida de lo que puede la caridad y las cumbres que alcanza. Y, en contraposición, os hace ver el abismo en el que se precipita quien no tiene la caridad: "Nosotros sabemos haber sido transportados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos".

¡De la muerte a la vida! María, ¡qué frase tan lapidaria! El hombre, si no ama, ha muerto, es un muerto. Y si ama, el hombre, tras haber estado muerto, resucita y adquiere la vida. Cómo, ¿esto es un milagro? Los pobres, los verdaderos pobres del mundo, es decir, aquéllos que no conocen a Dios, no pueden comprender esta verdad y se ríen de ella como palabra de locos. Mas el que cree, el que realmente cree, la comprende.

Dios es Caridad. Por eso el que ama está en Dios. ¿Quién es el que da o devuelve la vida? Dios. Sea que traiga al hombre del barro y lo vivifique con el aliento divino espirando sobre la forma de creta, sea que coopere a la precreación de los hombres creando un alma para el embrión animal que fue concebido en un seno, el alma: la vida del hombre que no es un bruto y que, sin esta vida de su existencia, no estaría ni materialmente vivo porque a él, para estarlo, no le basta con tener, como los animales, la respiración en las narices sino que debe poseer esta alhaja espiritual, esta vena espiritual que le mantiene unido al Seno Santísimo de su Criador y nutrido por El que es Espíritu, Luz, Sabiduría y Amor. Y sea, por fin, que a aquél a quien entregó ya su alma, El se la vuelva a infundir resucitándolo, es siempre el "Quiero" divino el que hace vivir a la criatura.

Mas la criatura tiene una vida en la vida: su alma. Y ésta que, al ser inmortal, no muere por la muerte física, puede muy bien morir si, como antes he dicho, se separa del Seno de su Señor. El odio, cualquiera que sea su forma y testimonio, es el cuchillo que corta la ligadura con el Señor y el alma, una vez separada de Dios, muere.

Por eso únicamente la caridad es la que de los muertos hace vivos. Porque sin caridad estáis muertos. Y muertos estaban muchos, y más antes de que la Caridad hecha Carne viniese a enseñar el Amor como Salud.

Por eso puede muy bien decir el apóstol Juan que los verdaderos cristianos saben haber sido trasladados de la muerte a la vida por la Caridad que tiene su mandamiento de amar a los hermanos hasta el holocausto, dando así ejemplo del amor perfecto. El mandamiento del amor, que los buenos acogen, es como el soplo de vida inspirado a la creta para hacer de ella a Adán, o el fiat que se repite en cada infusión de alma en un germen de hombre y, sobre todo, como el grito del Resucitador: "¡Yo te lo digo: levántate!" y el "¡Lázaro, ven afuera!" a los resucitados de Palestina.

Dios, que vuelve a entrar con el amor, devuelve la vida a los muertos mediante el amor. Mas el que no ama continúa en la muerte, esto es, en el pecado, porque el pecado, en todas sus formas, es odio. El hijo que no respeta a sus padres y les oprime con exigencias y egoísmos, el que daña a su prójimo con la violencia, el hurto, la calumnia y el adulterio, es un homicida. No es preciso matar para ser homicida. Lo es igualmente el que hace morir de vergüenza o de dolor, lo mismo que quien lleva las almas a la desesperación con actos que les arrebatan la paz, la fe, el honor, la estima y el medio de trabajar, de vivir y de procurar la vida a sus familiares, como también el que con su ferocidad sanguinaria o sutiles persecuciones morales lleva a hacer desesperar de Dios y a morir odián-

dole, son homicidas de sus hermanos y es como si trataran de matar a Dios en una nueva Crucifixión, porque Dios está en vuestros hermanos y vuestros hermanos en Dios del que son hijos, y el homicida de sus hermanos, aquél que, material, moral o espiritualmente odia a sus hermanos, no hiere a éstos tan sólo sino que, a través de ellos, hiere también a Dios y, como todos los deicidas, está muerto.

En el Reino de Dios no entran los muertos. El Reino de Dios se inicia en el espíritu del hombre sobre la Tierra mediante la unión con Dios y se completa en el Cielo con su plena posesión. Aquí, en la Tierra: Dios en vosotros; y en el Cielo: vosotros en Dios. Mas Dios no entra en la putrefacción de muerte, y la putrefacción de muerte no entra en el Cielo. En la Jerusalén eterna, como no habrá templos “porque su templo es el Señor en el que todos estaremos”; como no habrá necesidad de sol ni de luna porque su esplendor es Dios y su luminaria el Cordero; como no habrá puertas por no ser necesarias para Ella ni Tiniebla para odiarla; así tampoco habrá en Ella nada impuro y corrompido, nada muerto sino que tan sólo estarán quienes hayan escrito sus nombres en el libro de la Vida, o sea, en la Caridad que es Vida. “En esto conocimos la caridad de Dios: en que dio su vida por nosotros”.

Esta es la medida del amor perfecto: la inmolación. Jesús-Amor os la dio con El mismo, muerto en un patíbulo tras haberos dado doctrina y milagros, o sea, todavía amor; mas no perfecto amor, puesto que la perfección del amor está en el sacrificio. El mismo, a las puertas de su Pasión, cuando ya podía decir que había concluido de predicar y tenía que estar desengañado viendo que al río de palabras pronunciadas correspondía tan sólo un arroyuelo insignificante de convertidos, exclamó: “Cuando sea levantado de la tierra lo atraeré todo a Mí”. Por eso sabía Cristo que únicamente la inmolación habría de vencer los obstáculos de Satanás y de la carne y que las palabras, de germinar, lo harían bajo la lluvia de su Sangre.

La inmolación. La generosidad. Generosidad material en las obras de misericordia corporal. Generosidad moral en las obras de misericordia espiritual. Supergenerosidad, al ser ésta espiritual, sabiendo morir de amor para dar vida a los espíritus de los hermanos muertos en su espíritu, comunicándoles la caridad de que se hallan faltos. El ejemplo es la más santa y activa de las lecciones y la acción es la única cosa verdadera. Por eso, sabed amar, no sólo de palabra sino “con las obras y de verdad” y la caridad de Dios estará en vosotros.

¿Y tú, alma mía? Para ti, aquí tienes la epístola de la Santa Misa de la vigilia de San Juan Bautista. El Señor te habló hace ya muchos meses de este fragmento de Jeremías¹. Mas no te vendrá mal que vuelvas a leer cuanto la Divinidad lleva a cabo para preparar sus “voces” y así llegues a persuadirte de que tú eres lo que eres porque Dios quiere que lo seas — y es voluntad de Dios, palabra de Dios lo que en ti sucede y resuena —.

“Antes de formarte en el seno de tu madre te conocí”.

¡Cierto, alma mía! Dios no ignora a sus criaturas; respeta su libertad de acción; sabe por qué vías han de pasar para santificarse o para condenarse; ve lo que les ha de suceder a causa del mal o del bien que hagan; conoce de antemano quién se ha de inmolar ocultamente para disputar un alma a Satanás y al sentido de la criatura que posee a aquella alma, y coopera con sus luces, inspiraciones y los méritos de Jesús para luchar contra Satanás y el sentido a fin de salvar a un hijo suyo para el Cielo.

Y Dios, movido de sus deseos paternos, no querría sino que todos los hombres fuesen santos. Pero el Mal está en lucha contra el Bien y si tal vez la batalla hace que aumenten los méritos del vencedor, es también cierto que la batalla deja a muchos débiles ten-

didos muertos sobre el fango...

Dios, aún antes de que tú fueses, te conoció. Conoció a la pequeña María, a la pequeña "voz", toda ardimiento dentro de su pequeñez y por esto te amó. Las operaciones de gracia obradas en ti las conocerás todas cuando estés en el Cielo. Mas créele a tu ángel: como los latidos del corazón impulsan la sangre en las venas del pecho transformándola en leche para la madre amorosa, nutriz de su recién nacido, y del pezón la vierte en la boca del niño y éste se nutre de ella y crece sin advertir siquiera que su vida y crecimiento se deben a aquel líquido tibio y dulce, así también, sin tú saberlo, el Padre Santísimo vertió sus operaciones en ti y te formó en lo que ahora eres. Y más aún: como el lactante sonríe instintivamente al pecho que le nutre sin saber a punto fijo lo que del mismo le viene y tiende a él sus manecitas y su boca ávida, así tú, instintivamente, has tendido a El sin querer otra cosa. Acción recíproca de amor que permitió a Dios formarte y a ti formarte de igual manera, puesto que el éxito del Querer de Dios depende siempre de dos elementos que se integran: Su amor y el amor de la criatura, fundidos en un sólo amor y deseo de hacer lo que es bueno.

"Yo no sé hablar", dijo Jeremías. Y tú dijiste y dices: "Yo no soy digna. ¿Por qué a mí? ¿Es posible que Tú escojas la nada?".

Y el Señor a Jeremías y a ti: "No digas así por qué, pues cualquier comisión que te encomiende tú la harás y dirás lo que Yo estoy contigo para librarte".

¡Oh, cómo se complace el Señor de las nadas humildes y obedientes! No temas, alma mía, tu "nulidad" no sería capaz sino de amar; pero «el Señor extendió su mano, tocó a su "víctima" y te dijo: "He aquí que Yo pongo mis palabras en tu boca para el bien de tus hermanos".

"Cuando sea levantado atraeré todo a Mí", dijo el Redentor.

Tú pediste y obtuviste la cruz y,alzada en ella, esperaste poder, con tu sacrificio, atraer a muchos al Señor. Y el Señor no se limitó a darte esta calamita tan sólo sino que te dio asimismo la otra: su Palabra, a fin de atraer a los hermanos a Dios.

Continúa en la cruz hasta el fin y atrac a los hermanos a Dios, sufriendo, recibiendo las palabras, muriendo y dando a cada instante por amor y con amor, con un amor al que temor alguno vence: "Porque el amor total es más fuerte que la muerte y al que las aguas no pueden extinguir ni los ríos anegar". Que al tuyo no le sacudan las apatías de los hombres ni el odio de Satanás.

Permanece en el sitio al que el Señor te trajo, esto es, en su amor, y no temas porque El, antes de que tú le invoques, obra, librando a tu alma del que te persigue.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

¹ Alusión a: Jeremías 1, 4-10. Este fragmento se habrá de tener presente hasta el final del actual comentario a la Santa Misa.

30/6/46

**Domingo dentro de la Octava del Sagrado Corazón
y Conmemoración de San Pablo**

Dice Azarías:

«La confianza no debe anular la humildad, ni el reconocimiento de vuestras debilidades la confianza en la bondad del Señor. Un alma que tuviera una de las dos cosas pero se hallase a falta de la otra, sería imperfecta y defectuosa su marcha por las vías de la perfección.

Ayer, al hablar el Señor, yo callé. Mas, de haber podido hablar, te habría hecho considerar que Pedro es un ejemplar perfecto del alma que tiene debidamente equilibrada su santidad entre la confianza que anula el temor y la humildad que mantiene el alma en las condiciones que son necesarias para servir al Señor y recibir ayuda de El.

Pedro pecó como hombre y como apóstol. Mas sus pecados como hombre, antes de su elección al apostolado, no fueron óbice para acceder a él, antes por ellos precisamente se robusteció su humildad habiéndose patente su confianza en la Justicia Divina que lo eligió para apóstol.

Uno de los escollos del alma es muchas veces la falsa humildad o la débil confianza. La falsa humildad llega a haceros negar los prodigios de Dios en vosotros. Y ¿para qué? Para oír cómo os dicen: “¡Oh, no! Tú eres merecedor de esto porque eres bueno y eres digno”, y así de los demás. La confianza débil, ésta sí que os lleva a dudar de Dios, de su poder y a juzgar sus actos. No tengáis ninguna de estas dos cosas imperfectas.

Sed humildes, pero con la verdadera humildad, con aquélla que, ante todo, media en las relaciones entre vosotros y Dios y que Le confiesa humildemente los propios extravíos, presentando siempre a vuestros ojos lo que sois y *lo que fuisteis* para que así nunca lleguéis a autoproclamaros santos ni a pensar que Dios se vea obligado a beneficiaros por ello. La verdadera humildad, la de los verdaderos santos, reconoce siempre que los méritos de la criatura son siempre como átomos respecto de la magnitud de los dones que el Padre concede a la criatura. Y de este reconocimiento se deriva un aumento de amor y, por ende, de unión con Dios.

La verdadera confianza se abandona al Señor. Sabe lo que es: una nada. Pero está seguro de que Dios es justo en sus actos. Por eso le sirve sin juzgar si el instrumento es imperfecto en su cometido. Se abandona, se pone en las manos de Dios y dice: “Haz de mí lo que quieras”. Este acto es el que obtuvo al Salvador para la Tierra.

María, en la soledad de su casa, se sobresaltó, no por el milagro que se le anunciaba, “sino por la forma del saludo” que empleó el fúlgido Anunciador. Mas cuando Gabriel húbole explicado por qué el Señor estaba con Ella y por qué era la Bendita entre todas las mujeres, cuando supo que había de ser la Virgen que diese a luz al Hombre y cuando le fue revelado cómo sus intactas entrañas habían de poder llevar un fruto sin que obra de hombre depositase la semilla, es entonces cuando Ella, la verdadera Humilde y la verdadera Confiada, dice: “He aquí la esclava de Dios. Hágase en mí según su Palabra”. Y el Verbo dejó el Cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo, o sea, del Amor, y habitó entre vosotros, padeció y murió en la Cruz, siendo el hombre redimido. Y todo por el humilde y confiado “hágase” de María Beatísima.

¿Tánto es lo que os sentís “nada”, “miseria” y “fealdad”; tánto lo que os acordáis de haber sido “pecado” y haber causado “dolor” a Dios? Y ¿es por eso que vuestra confianza no osa distenderse? ¡Oh, no!

Ahí tenéis a Pablo, el antiguo Saulo, injusto perseguidor de Cristo en sus siervos, que dice: “Sé muy bien en quién puse mi confianza y estoy seguro de que El es tan poderoso como para conservar mi depósito...”. Oye cómo Pablo se tranquiliza, tanto en lo que se refiere a sí como al hombre pasado, al apóstol presente, a la doctrina que la muerte ya no le dejará difundir y, en fin, a todo. El sabe en quién puso su confianza y no teme por nada. Como Dios le sacó de la ciénaga del pecado, como le guió por las sendas del apostolado, así recogerá de las manos del apóstol muerto el tesoro en ellas depositado para consignarlo a otros que lo propaguen, continuando la labor seccionada por la muerte.

El tesoro de Dios no perece y Dios no defrauda las buenas voluntades. No temas. Como dice el Gradual de la Santa Misa dentro de la Octava del Sagrado Corazón, arroja sobre el Señor tus ansiedades porque cuando un hijo “grita al Señor, El escucha su voz”, El que sabe la verdad de las acciones de los hombres, no siendo precisas largas oraciones para expresarle lo que necesita ni para aturdirle a fin de que no se dé cuenta; El, que “escruta y conoce y, sea que uno se siente o se levante, ya lo sabe”; El, que todo lo puede y lo mismo que de Simón hizo un Apóstol, así del fariseo celoso y enemigo del Cristianismo hizo al Apóstol y esto porque, lo mismo en uno como en otro, “la gracia de Dios no fue vana en ellos sino que permaneció siempre” activa y transformante.

Ahora bien, yo quiero explicarte las Epístolas de las dos Santas Misas. Pedro canta el poder de la humildad: “Humillaos bajo la poderosa mano de Dios a fin de que El os exalte en el tiempo de la visitación”.

Pedro sabía por experiencia cómo el honor de haber sido tocado por la mano de Dios y señalado como siervo suyo puede inducir al hombre a soberbia y cómo la soberbia, adormeciendo la vigilancia del alma, puede permitir al Tentador inducir al hombre a pecar. El habíalo probado. Se creyó seguro de sí mismo. Era el Cabeza de los Apóstoles. Por eso Dios le había reconocido por el mejor. Aquella noche, pues, se sentía como un soldado dentro de una segura fortaleza: tenía a Jesús-Eucaristía en su pecho. Podía, por tanto, aflojar la vigilancia, complacerse en sí mismo, ceder un tantico a la humanidad y, dejando a Jesús en su pecho, luchar por su cuenta. He aquí un ejemplo de confianza errada. Dios lo puede todo; mas el hombre no debe abandonarse a lo que puede Dios, como si el poder de Dios en favor del hombre haya de ser una obligación para Dios. También el hombre debe laborar por sí y unir su trabajo al de Dios. De esta mutua ayuda y de esta cooperación nace la operación santa y perfecta.

Pedro, aquella noche, se olvidó de cooperar con Dios y “se durmió” por tres veces. ¡Qué simbólico sueño y qué simbólico número! Tres son las concupiscencias y tres los sueños del Apóstol que cedió a la humanidad y que, por eso, habíase abandonado, como uno que duerme, al Salteador en acecho. Y, lo mismo que Sansón que, tras haberse adormecido sobre el seno de la Tentación, perdió la unión con Dios, así también Pedro fue un cimbel sin fuerzas en las manos de Satanás que le llevó hasta mentir, renegar y huir con vileza.

Pedro sabía, pues, el mal que un pensamiento de complacencia siembra y que después nace y crece con formas cada vez más pecaminosas, y dice: "Humillaos bajo la mano de Dios". Lo cual quiere decir: que el don de Dios no resulte ruina para vosotros sino que, por el contrario, mediante la humildad que conserva el don y la unión con Dios, El, el Señor, os exalte en el tiempo de la visitación.

El tiempo de la visitación es el de la venida de Dios para premiar o castigar en el último día. Otras visitaciones son: las manifestaciones de Dios en vosotros mediante consejos, inspiraciones o misiones. Mas la visitación de que habla Pedro es el Juicio final. Toda visitación de Dios es exaltación porque es elevación de la criatura a El. Y si la criatura hace mal uso de ella, lo mismo que de estos dones inapreciables, le causará pena y dolor. Mas lo puede remediar con actos de reparación hasta tanto dure la vida, mientras que la última venida ya no admite reparación ni modificación, pues es exaltación o condenación eterna del hombre. Procurad, por tanto, vivir de modo que Dios os pueda exaltar en el tiempo de la visitación.

"Y, puesto que El cuida de vosotros, echad sobre El todas vuestras ansiedades".

Dios es Padre. ¿Cuál es el hijo que, sabiendo que su padre le ama, cuando le ocurre cualquier cosa, no va a donde su padre para confiarle sus afanes y recibir de él ayuda, consejo y consuelo? Haced, pues, por esta paternidad mucho más grande y perfecta que esa otra relativa y siempre imperfecta según la carne, lo que hacéis en las ocasiones del dolor de la vida mientras vuestro padre según la carne está a vuestro lado. ¿Qué os fuerza a llorar cuando la muerte os arrebatara al padre? El saber que ya no contáis con su amor solícito en torno vuestro. El mundo entonces se os antoja un desierto al no estar aquél que cuidaba de vosotros.

Mas Dios siempre está y Dios siempre es Padre. Vosotros todos que os sentís intranquilos, no lloréis de aquí en adelante, puesto que tenéis quien desea calmar vuestras ansiedades: Dios. Sedle siempre hijos y El siempre será para vosotros Padre. Para ser hijos suyos es preciso ser "sobrios y vigilar porque el diablo, vuestro enemigo, gira en torno vuestro como león rugiente buscando a quién devorar: resistidle, fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos dispersos por el mundo sufren penas idénticas a las vuestras".

¡Oh, qué bien conocía Pedro los imprevistos ataques del Adversario! Como sabía también que hay que ser sobrios en todo para así estar vigilantes y rechazarlo. La sobriedad no se circunscribe tan sólo a la comida y a la bebida. Abarca igualmente la sobriedad intelectual y espiritual, ambas necesarias por igual para librarse de Satanás. Por más que uno no beba ni coma como un glotón, si después satisface inmoderadamente su hambre y su sed de ciencia yendo en busca de todas las fuentes para saciarse de triunfos y de alabanzas humanas; por más que uno no haga excesos en la mesa ni en otras satisfacciones de naturaleza corporal, si después, en el terreno espiritual, hace degenerar la caridad en sentimentalismo, la piedad en quietismo e, incluso, busca el estremecimiento emotivo de un misticismo estéril porque conmueve los sentidos sin renovar de forma progresiva y continuada el espíritu en el bien y se embriaga de estas exterioridades que va apilando unas sobre otras para alabarse y recibir alabanza de los hombres, ese tal infringe la her-

mosa sobriedad que no es tan sólo del paladar ni del vientre sino, sobre todo, de la mente y del espíritu que se contraponen a la triple concupiscencia, causa de ruina para las almas.

Sed sobrios. Contentaos con el “pan de cada día”, esto es, con lo que Dios os da y no queráis más. El sabe lo que os basta. Querer y procurarse más es venenoso porque este “más” contiene alimento nocivo y sin bendecir.

Y no seáis egoístas diciendo que únicamente a vosotros os suceden cosas penosas, pues cada uno de los hombres lleva su cruz y no es ciertamente señal de predilección divina el carecer de ella o tenerla pequeña. Cuanto mejor formado se halla el espíritu, tanto más lo identifica Dios con el modelo: el Hombre-Dios, cuya pasión fue completa. Sabed sufrir, y sufrir con alegría, pensando en que vuestro sufrimiento, unido al de vuestros hermanos, se funde con el sufrimiento de Cristo para la salvación del mundo y la victoria contra Satanás. Sabed sufrir, pero con alegría, sabiendo que “con un poco que sufráis, el Dios de toda gracia os perfeccionará, confortará y confirmará, dándoos por último la gloria eterna en premio de vuestro sufrir unido a los méritos infinitos de Jesús Santísimo”.

Y después de haberse dirigido Pedro a todos los creyentes y, en particular, a quienes, por haber sido elegidos, deben corresponder con una dedicación absoluta, se presenta Pablo que parece hablar ex-profeso para vosotras, “voces”, e, incluso, que hable en nombre vuestro, respondiendo por vosotros al mundo de los incrédulos o de los titubeantes. “Os declaro que el Evangelio que yo predico no es humano, pues no lo he recibido ni aprendido de hombre alguno sino por revelación de Jesucristo”.

Y ¿qué otra cosa distinta podéis decir vosotros, portavoces del Señor? ¿Es vuestro lo que decís? ¿O acaso os fue dado por alguien que fuese maestro en la Tierra? No, sino que os viene del Verbo. Es Suyo. Vosotros lo recibís para darlo. No podéis gloriaros de ello ni rechazarlo. Porque si esto último hiciéreis, desagradaríais a Dios, el cual, por otra parte, podría repetir con vosotros el milagro de Damasco y aterraros para persuadirlos de que contra el querer de Dios no hay resistencia posible. ¡Cuántos de entre vosotros trataron de rehuir, llenos de pavor, este fulgor sobrenatural que se os venía encima como un rayo celeste! ¡Cuántos, antes de ser voces, casi, o sin casi, menospreciaron o negaron al sobrenatural que viene en busca de un “nada”, asegurando que “no podía ser”!

Y bien, ¿os percatáis ahora de que “puede ser”? Mas, puesto que tal vez os asalte la idea de haber pecado con este pensamiento y con la resistencia ofrecida, os digo que es mejor hallarse en esa situación que no desear con ansia ciertos dones, desearlos con tal ansia que os ponga en trance de caer en las redes de Satanás llegando a fomentarlos con la manía de cubrirlos con vestidos que sólo Dios puede prestar.

Y os digo que haríais mal en gloriaros de ellos, puesto que son dones gratuitos facilitados con fines divinos, no por lo que sois sino porque hay necesidad de vosotros. No es vuestro el poder. Nunca robéis a Dios la gloria que es suya, ya que presto seríais desenmascarados y castigados con el desprecio del mundo y el juicio de Dios.

¿Que algunos, como Pablo, creyendo obrar bien, han rechazado el don? ¿Lo han ca-

lificado de superstición al verlo en el corazón de otros? Examinen el porqué. ¿Con qué pensamiento lo han hecho? ¿Con el de negar que Dios todo lo puede? Si así es, han pecado. ¿Con el de que hay suficiente con lo que la Iglesia posee y que, por tanto, es inútil querer perfeccionar lo que ya es perfecto? Si es con este pensamiento, no han pecado porque lo que les movió fue un amor respetuoso y celoso “de la tradición de los padres”.

Mas cuando Dios llama, no ofrezcáis resistencia. Imitad a Pablo. Escuchad lo que dice: “...yo inmediatamente, sin prestar oídos a la carne ni a la sangre... me retiré... después... volví a Damasco...”, es decir, *obedecí al Señor*.

De cuando en cuando, pobres almas, un cúmulo de cosas os amedrenta y os acomete la idea de resistir por miedo a pecar desobedeciendo a la “tradición de los Padres”. ¡No, queridas almas, no! Escuchad: ¿quién es el más fuerte? Dios. ¿Quién os llama? Dios. Por tanto, sin parar mientes en esto o en aquello, obedeced a Aquél que está sobre todos y caminad seguros. Pensad que estais marcados con la señal de Dios. El lo sabe. Marchad seguros. Los miedos son de origen satánico para haceros desobedecer a Dios y para arrebatarle a Dios un instrumento. Y las insinuaciones del mundo son un sonido sin valor alguno que se apaga tras haber sonado. Dejadlas sonar. Recogéos en Dios y servidle a El sólo.

La gracia del Señor sea siempre con vosotros.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

7 julio 1946
Domingo 4.º después de Pentecostés

Dice Azarías:

«Esta explicación, alma mía, es toda para ti; sí, para ti por entero a fin de que te sirva de consuelo y de alimento sapiencial en sustitución del Pan que para ti, realmente, debiera ser “cotidiano”, alma querida que *todo* lo diste, imitando a Cristo, por el amor de los hermanos y que, en tu cautividad de segregada por el Amor que inmola, no contabas sino con este Sol.

Se dice en los salmos: “Dichoso aquél que comprende al pobre y al indigente” y la pobreza en todas sus formas. Porque pobre e indigente no es sólo aquél a quien le falta el pan material y el dinero. Pobre, en sentido mucho más profundo, es también aquél que, por un querer crucifixo de Dios, no puede saciar su hambre ni con el pan que Jesús, por boca de Isaías, promete y ofrece a los pobres, a aquéllos que carecen de dinero, con estas palabras: “Los que tenéis sed, venid a las aguas; y vosotros, que no tenéis dinero, venid a comprar y a comer, venid a comprar sin dinero”. Palabras que en el Evangelio de Juan aparecen amplificadas más poderosamente con la Palabra de Jesús: “Tratad de procuraros, no el pan que perece sino el que dura para la vida eterna y que el Hijo del Hombre proporcionará... Mi Padre os dará el verdadero pan del Cielo... Yo soy el Pan de Vida. Quien cree en Mí ya no tendrá más hambre; quien cree en Mí ya no tendrá más sed... Todo lo que el Padre me da vendrá a Mí y Yo no desearé al que viene a Mí porque bajé del Cielo para hacer la voluntad de mi Padre. Y la Voluntad del Padre es que Yo no pierda ni uno solo de los que El me dio... Yo soy el Pan vivo bajado del Cielo... El Pan que Yo daré es mi Carne entregada para la vida del mundo”. Y también: “Quien

tenga sed, que venga a Mí y beba”.

La palabra de Dios es bien clara. El quiere que su Pan se dé, y en abundancia, a todos aquellos que lo desean y, en especial, a quienes son portadores de una cruz, a fin de que se fortifiquen con el Pan de los fuertes.

La caridad, que muchos confunden con la limosna, no se circunscribe a la imposibilidad en que uno puede verse de ir, hablar y defenderse para poder procurarse alimento y protección. Por el contrario la caridad, la *verdadera* caridad inteligente y consciente — y tal es porque, al ser verdadera, goza de la perfección de las cosas divinas— marcha solícita precisamente allí donde, por un cúmulo de circunstancias, existe imposibilidad de ir, hablar y procurarse alimento y protección. La caridad abarca las necesidades tanto materiales como espirituales de los pobres, de esta categoría especial de pobres que se encuentran imposibilitados de ir a donde se compra “sin dinero” el Pan bajado del Cielo. Es ésta la caridad más excelsa puesto que se llevar Dios a la criatura que siente apetencia de El e introducir en la criatura al Consolador, al Maestro, al Amigo, a Aquél que grita con voz incansable: “Todos vosotros que sufrís, venid a Mí”.

El que esto no comprende, no sabe de pobreza, de pobres ni de indigentes, como tampoco conoce las almas de los hermanos al no conocer a Dios. Y no le conoce porque ni tiene ni está en la caridad, y el que no está ni tiene la caridad no está en Dios.

¿Y entonces? ¿Qué harás, pobre alma, si quien no se compadece de tu miseria deja de socorrerte? ¿Te has de ver “sola” porque ellos te abandonan?!. ¿Te sentirás por esto desolada? ¿Habrás de dudar de que Dios te ama y te salva? Nada de esto sino que, por el contrario, debes alegrarte a ejemplo de Cristo, el cual, tras la Hora tremenda del Getsemaní en la que Satanás movió como una máquina de guerra toda la incredulidad del mundo y de los mundanos para abatir al Fuerte, resurgió con la certeza de su misión al ver que el Señor le consumía entre padecimientos cargándole con todo el peso de la expiación y abandonándole al odio de sus enemigos para después hacerle triunfar de la Muerte y del Pecado. Entonces, muriendo clavado, golpeado, vilipendiado y maldecido, dijo Cristo en su Corazón moribundo: “Yo soy el Rey y Redentor. ¡Satanás!, en vano has pretendido hacerme dudar. Esta es la señal de que cuento con la Gracia del Señor y su beneplácito y de que *conseguiré todo: que todo se ha concitado contra Mí*. Las contradicciones de Satanás y del mundo contra quien no es del mundo es la señal más cierta de que el así perseguido está en Ti, ¡oh Padre mío!”.

Sí, María, la contradicción de una buena obra y la persecución contra un alma inocente es el signo probatorio más seguro, jamás fallido, de que aquella obra *procede de Dios* y de que esa alma está al servicio de Dios.

Créelo, créelo como si fuese una verdad de fe; lo puedes creer porque un ángel jamás miente; que cuando uno se ve perseguido sin motivo alguno y obstaculizada una obra buena, es porque Satanás los odia y el odio de Satanás va siempre dirigido contra lo que está con Dios.

Alégrate, pues, de verte perseguida y contradicha porque esto es señal de que estás con Dios y que tu Obra tiene su origen en Dios. Y repítele a tu ánimo abatido las palabras del Introito: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de qué, pues, habré de temer? El Señor protege mi vida, ¿quién podrá, por tanto, hacerme temblar?”.

¡Oh María! Eleva los ojos de tu espíritu para contemplar a los ciudadanos del Cielo. Esos ciudadanos, antes de ser espíritus bienaventurados en la contemplación de Dios, fueron hombres sobre la Tierra. Y bien, ¿qué ves sobre ellos? Las señales por las que con-